

MUNEZ DE ARCE



POESIAS  
COMPLETAS

UNIVERSITY  
OF  
ARIZONA

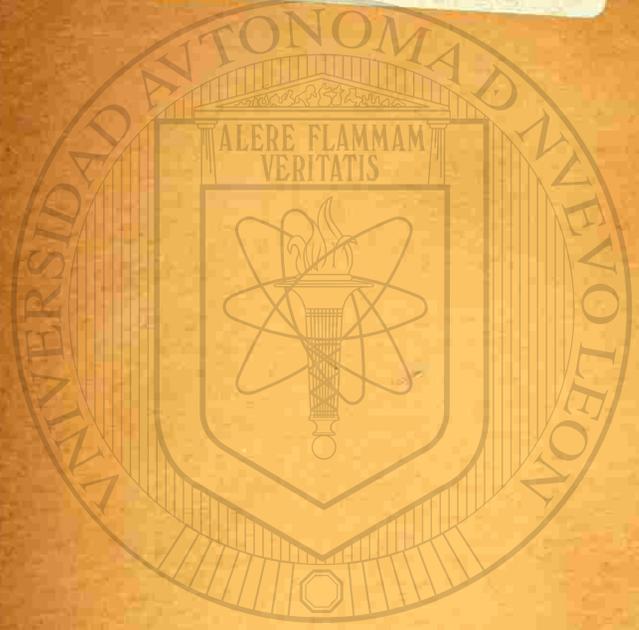
W. W. R. M.  
O. O. M.  
A. R. C.

PQ6550  
A17  
1864





86-1



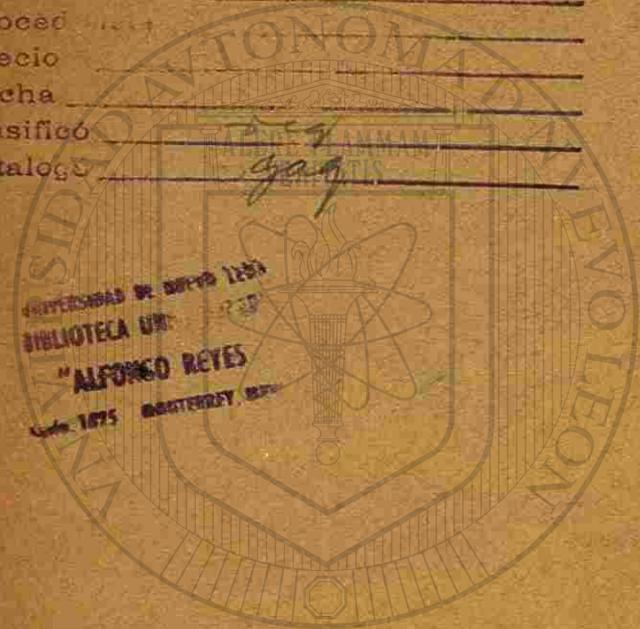
POESÍAS COMPLETAS  
DE  
NUÑEZ DE ARCE

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Núm. Clas. 861  
Núm. Autor N9724  
Núm. A 32212  
Proced. gag  
Precio \_\_\_\_\_  
Fecha \_\_\_\_\_  
Clasificac. \_\_\_\_\_  
Catalogo \_\_\_\_\_



POESÍAS COMPLETAS  
DE  
**NUÑEZ DE ARCE**

CUARTA EDICIÓN

aumentada, corregida

ilustrada por grandes láminas foto-grabadas



113046

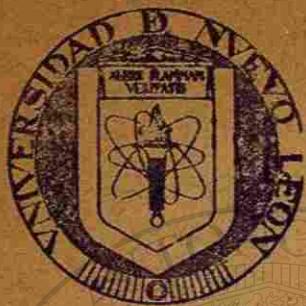
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE PUBLICACIONES

IMPRESA NACIONAL  
SEVILLA

[c. 1864]

32212



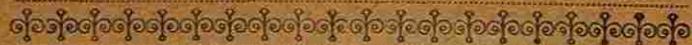
Q. 6550  
A17  
1864

BIBLIOTECA



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



## PARTE PRIMERA

### POESIAS

#### ¡TREINTA AÑOS!

¡Treinta años! Quién me diría  
que tuviese al cabo de ellos,  
si no blancos mis cabellos  
el alma apagada y fría?  
Un día tras otro día  
mi existencia han consumido,  
y hoy asombrado, aturdido,  
mi memoria se derrama  
por el ancho panorama  
de los años que he vivido

Y aparecen ante mi  
fugitivas y ligeras  
las venturosas quimeras  
que desvanecerse vi;  
la inocencia que perdí,  
y aquel vago sentimiento  
que animó mi pensamiento  
cuando eran mis alegrías  
las mágicas armonías  
del mar, del bosque y del viento.

Han sido para mi daño  
 en la vida que disfruto  
 un siglo cada minuto,  
 una eternidad cada año.  
 El dolor y el desengaño  
 forman parte de mi mismo,  
 y el torpe materialismo  
 de esta edad indiferente  
 cubre de sombras mi frente  
 y abre á mis piés un abismo.

Sacude el mar su melena  
 de crespas olas rugiendo,  
 y con pavoroso estruendo  
 los aires asorda y llena.  
 Pero una playa de arena  
 su audaz cólera contiene....  
 ¡Ay! ¿Quién habrá que refrene  
 el tormentoso oceano  
 que en el pensamiento humano  
 ni fondo ni orillas tiene?

¡La razón!.. Tanto se encumbra  
 tan locamente camina,  
 que ya no es luz que ilumina  
 sino hoguera que deslumbra.  
 Al horror nos acostumbra,  
 siembra de ruinas el suelo,  
 y en su inextinguible anhelo  
 álzase hasta Dios atea  
 con la sacrilega idea  
 de derribarle del cielo.

He visto troncos volcados,  
 instituciones caídas,  
 y tras recias sacudidas  
 pueblos y reyes cansados  
 Propios y ajenos cuidados  
 muévenme continúa guerra,  
 y mi espíritu se aterra  
 cuando perdida la calma,  
 siento rugir en el alma  
 la tempestad de la tierra.

Cuando pienso en lo que fui  
 hondas heridas renuevo,  
 y me parece que llevo  
 la muerte dentro de mí.  
 No veo lo que antes ví,  
 no siento lo que he sentido,  
 no responde ni un latido  
 del corazón si á él acudo,  
 llamo al cielo y esta mudo,  
 busco mi fe y la he perdido.

Infeliz generación  
 que vas, con loco ardimiento,  
 nutriendo tu entendimiento  
 á expensas del corazón.  
 Díme, ¿no es cierto que son  
 vivas tu penas y ardientes?  
 ¿No es verdad que te arrepientes,  
 presa de terrores graves,  
 de los misterios que sabes  
 y de las dudas que sientes?

¡Yo sí! Feliz si lograra,  
 después de mis desengaños,  
 lanzar hácia atrás los años  
 que el destino me depara.  
 Pero, ¡hay! el tiempo no pára,  
 ni tuerce su curso el río,  
 ni vuelve al nido vacío  
 el ave muerta en la selva,  
 ¡ni quiere el cielo que vuelva  
 la esperanza al pecho mío!

4 Agosto 1864.

## LA DUDA.

A MI QUERIDO AMIGO EL DISTINGUIDO POETA

DON ANTONIO HURTADO

Desde esta soledad en donde vivo,  
y en la cual de los hombres olvidado  
ni cartas ni periódicos recibo;  
donde reposo en apacible calma,  
lejos, lejos del mundo que ha gastado  
con la del cuerpo la salud del alma;  
antes de que el torrente desbordado  
de la ambición, con impetu violento  
me arrebatase otra vez; desde la orilla  
donde yace encallada mi barquilla,  
libre ya de las ondas y del viento,  
como recuerdo de amistad te escribo

¡Ay! Aunque salvo del peligro, siento  
la inquietud angustiosa del cautivo,  
que rompiendo su férrea ligadura  
traspasa fatigado á la ventura  
montes, llanos y selvas, fugitivo.  
El rumor apagado que levantan  
las hojas secas que á su paso mueve,  
las avecillas que en el árbol cantan,  
el aire que en las ramas se cimbrea  
con movimiento reposado y leve,  
el río que entre guijas serpentea,  
la luz del día, la callada sombra  
de la serena noche, el eco, el ruido,  
la misma soledad ¡todo le asombral  
Y cuando ya de caminar rendido  
sobre la yerta piedra se reclina  
y le sorprende el sueño y le domina,  
oye en torno de sí, medio dormido,  
vago y siniestro són. Despierta, calla,  
y fija su atención despavorido;  
la oscuridad le ofusca, se incorpora  
y el rumor le persigue.—¡Es el latido  
de su azorado corazón que estalla!—

Y entonces ¡ay! desesperado llora.  
Porque es la libertad don tan querido,  
que en el humano espíritu batalla,  
más que el placer de conseguirla, el miedo  
de volverla á perder.

Yo que no puedo  
recordar sin espanto la agonía,  
la dura y azarosa incertidumbre  
en que mi triste corazón gemía  
sometido á penosa servidumbre,  
cuando, arista á merced del torbellino,  
sin elección ni voluntad seguía  
los secretos impulsos del destino,  
y en ese pavoroso desconcierto  
de la social contienda, consumía  
la paz del alma, la esperanza mía,  
hoy que la tempestad arrojó al puerto  
mi navecilla rota y quebrantada,  
temo ¡infeliz de mí! que otra oleada  
la vuelva al mar donde mi calma ha muerto.

Para vencer su furia desatada  
¿qué soy yo? ¿qué es el hombre? Sombra leve,  
partícula de polvo en el desierto.  
Cuando el *simoun* de la pasión le mueve,  
busca el átomo al átomo, y la arena  
es nube, es huracán, es cataclismo.  
Gigante mole los espacios llena,  
bajo su peso el mundo se conmueve,  
oscurece la luz, llega al abismo  
y al sumo Dios que la formó se atreve.  
Vértigo arrollador todo lo arrasa;  
pero después que el torbellino pasa  
y se apacigua y duerme la tormenta,  
¿qué queda? Polvo misero y liviano  
que el ala frágil del insecto aventa,  
que se pierde en la palma de la mano.  
¡Oh grata soledad, yo te bendigo,  
tú que al naufrago, al triste, al pobre grano  
de desligada arena das abrigo!

Muchas veces, Antonio, devorado  
por ese afán oculto que no sabe  
la mente descifrar, me he preguntado,  
—cuestión á un tiempo inoportuna y grave—

¿qué busco? ¿a dónde voy? ¿por qué he nacido  
 en esta Edad sin fe?—Yo soy un ave  
 que llegó sola y sin amor al nido.  
 A este nido social en que vegeta,  
 mayor de edad, la ciega muchedumbre,  
 al infortunio y al error sujeta  
 entre miseria y sangre y podredumbre.  
 Contéplala, si puedes, tú que al cielo  
 con tus radiantes alas de poeta  
 tal vez quisiste remontar el vuelo,  
 y si éste el mundo que soñaste ha sido,  
 nunca el encanto de tu dicha acabe....  
 ¡Ah! pero tú también eras un ave  
 que llegó sola y sin amor al nido.

Desde la altura de mi siglo, tiendo  
 alguna vez con ánimo atrevido,  
 mi vista á lo pasado, y removiendo  
 los deshechos escombros de la historia,  
 en el febril anhelo que me agita  
 sus ruinas vuelvo á alzar en mi memoria  
 Y al través de las capas seculares  
 que el aluvión del tiempo deposita  
 sobre columnas, pórticos y altares;  
 del polvo inanimado con que cubre  
 la loca vanidad del polvo vivo,  
 que arrebatada á su paso fugitivo,  
 como el viento las hojas en Octubre;  
 mudo de admiración y de respeto  
 busco la antigüedad—roto esqueleto  
 que entre la densa lobreguez asoma—  
 y ofrecen á mi absorta fantasía  
 sus dioses Grecia, sus guerreros Roma,  
 sus mártires la fe cristiana y pia,  
 el patriotismo su grandeza austera,  
 sus monstruos la insaciable tiranía,  
 sus vengadores la virtud severa.  
 Y llevado en las alas del deseo  
 que anima mi ilusión, á veces creo  
 volver á aquella Edad.—En la espesura  
 del bosque, en el murmullo de la fuente,  
 en el claro lucero que fulgura,  
 en el escollo de la mar rugiente,  
 en la espuma, en el átomo, en la nada  
 Apolo centellea, alza su frente

de luminoso lauro coronada.  
 Por él la luna que entre sombras gira,  
 la luz que en rayos de color se parte,  
 la ola que bulle, el viento que suspira,  
 todo es Dios, todo es himno, todo es arte.  
 ¡Ay! ¿No es verdad que en tus eternas horas  
 de desaliento y decepción, recuerdas  
 esa dorada Edad, y que te inspira  
 el coro de sus musas voladoras,  
 que murmuran y gimen en las cuerdas  
 de la ya rota y olvidada lira?  
 Aunque las llames, no vendrán: ¡han muerto!  
 la voz del interés grosera y ruda  
 anuncia que el Parnaso está desierto  
 y la naturaleza triste y muda.

Que en este siglo de sarcasmo y duda  
 sólo una musa vive. Musa ciega,  
 implacable, brutal. ¡Demonio acaso  
 que con los hombres y los dioses juega!  
 La Musa del análisis, que armada  
 del árido escarpelo, a cada paso  
 nos precipita en el oscuro abismo  
 ó nos asoma al borde de la nada.  
 ¿No la ves? ¿No la sientes en ti misma?  
 ¿Quién no lleva esa víbera enroscada  
 dentro del corazón? ¡Ay! cuando llena  
 de noble ardor la juventud florida  
 quiere surcar la atmósfera serena,  
 quiere aspirar las auras de la vida  
 esa Musa fatal y tentadora  
 en el libro, en la cátedra, en la escena  
 se apodera del alma y la devora.  
 ¡Si á veces imagino que envenena  
 la leche maternal! En nuestros lares,  
 en el retiro, en el regazo tierno  
 del amor, hasta al pie de los altares  
 nos persigue ese aborto del infierno.

¡Cuántas noches de horror, conmigo á solas,  
 ha sacudido con su soplo ardiente  
 los tristes pensamientos de mi mente  
 como sacude el huracán las olas!  
 ¡Cuántas, ay, revolcándome en el lecho,  
 he golpeado con furor mi frente,

he desgarrado sin piedad mi pecho,  
y entre visiones lúgubres y extrañas,  
su diente de reptil, áspero y frío,  
he sentido clavar en mis entrañas!  
¡Noches de soledad, noches de hastío  
en que, lleno de angustia y sobresalto,  
se agitaba mi sér en el vacío  
de fe, de luz, y de esperanza falto!  
¿Y quién mantiene viva la esperanza  
si donde quiera que la vista alcanza  
ve escombros nada más? Por entre ruinas  
la humanidad desorientada avanza;  
hechos, leyes, costumbres y doctrinas  
como edificio envejecido y roto  
desplomándose van; sordo y profundo  
no sé qué irresistible terremoto  
moral, conmueve en su cimiento el mundo.

Ruedan los tronos, ruedan los altares;  
reyes, naciones, génius y colosos  
pasan como las ondas de los mares  
empujadas por vientos borrascosos.  
Todo tiembla en redor, todo vacila.  
Hasta la misma religión sagrada  
es moribunda lámpara que oscila  
sobre el sepulcro de la edad pasada.  
Y cual turbia corriente alborotada,  
libre del ancho cauce que la encierra,  
la duda audaz, la asoladora duda  
como una inundación cubre la tierra.  
—¿Es que el manto de Dios ya no la escuda!—  
No la defiende el varonil denuedo  
de la fe inexpugnable y de las leyes,  
y el dios de los incrédulos, el miedo,  
rige á su voluntad pueblos y reyes,  
El los rumores bélicos propala,  
él organiza innúmeras legiones  
que buscan la ocasión, no la justicia.  
Mas ¿qué podrán hacer? No se apuntala  
con lanzas, bayonetas ni cañones,  
el templo secular que se desquicia.  
En medio de este caos, como un arcano  
impenetrable, pavoroso, oscuro,  
yérguese altivo el pensamiento humano  
de su grandeza y majestad seguro.

Y semejante al árbol carcomido  
por incansable y destructor gusano,  
que cuando tiene el corazón roído,  
desenvuelve su copa más lozano,  
al través del social desasosiego  
cruza la tierra en su corcel de fuego,  
hasta los cielos atrevido sube,  
pone en la luz su vencedora mano,  
el rayo arranca á la irritada nube  
y horada con su acento el oceano.  
¡Mas, ay, del árbol que frondoso crece  
sostenido no más por su corteza;  
Tal vez la brisa que las flores mece  
derribará en el polvo su grandeza.

—¡Tal vez! ¿Lo sabes tú? ¿Quién el misterio  
logra profundizar? Esta sombría  
turbación, esta lóbrega tristeza  
que invade sin cesar nuestro hemisferio,  
¿es acaso el crepúsculo del día  
que se extingue, ó la aurora del que empieza?  
¿Es ¡ay! renacimiento ó agonía?  
Lo ignoras como yo. ¡Nadie lo sabe!  
Sólo sé que la dulce poesía  
va enmudeciendo, y cuando calla el ave,  
es que su oscuridad la noche envía  
Oigo el desacordado clamoreo  
que alza doquier la muchedumbre inquieta,  
sin freno, sin antorcha que la guíe;  
ando entre ruinas, y espantado veo  
cómo al sordo compás de la piqueta  
la embrutecida indiferencia rie.

—También en Roma, torpe y descreída,  
la copa llena de espumoso y rico  
licor, gozábese desprevenida,  
hasta que de improviso por la herida  
que abrió en su cuello el hacha de Alarico  
escapósele el vino con la vida.—  
Todo el cercano cataclismo advierte,  
pero en esta ansiedad que nos devora  
ninguno habrá que á descifrar acierte.  
la gran transformación que se elabora.

¿Y qué más da? Resurrección ó muerte,  
vespertino crepúsculo ó aurora,

los que siguen llorando su camino  
 por medio de esta confusión horrenda,  
 con inseguro paso y rumbo incierto,  
 ¿dónde levantarán su débil tienda  
 que no la arranque el rauda torbellino  
 ni la envuelva la arena del desierto?  
 En otro tiempo el ánimo doliente,  
 atormentado por la duda humana,  
 postrábase sumiso y penitente  
 en el regazo de la fe cristiana,  
 y allí, bajo la bóveda sombría  
 del templo, el corazón desesperado  
 se humillaba en el polvo y renacía.  
 Cristo en la cruz del Gólgota clavado  
 extendía sus brazos, compasivo,  
 al dolor sublimado en la plegaria,  
 y para el pobre y triste fugitivo  
 del mundo, era la celda solitaria  
 puerto de salvación, sepulcro vivo,  
 anulación del cuerpo voluntaria.

[Ay! En aquella paz santa y profunda  
 todo era austero, reposado, grave.  
 La elevación de la gigante nave,  
 la luz entrecortada y moribunda,  
 la sencilla oración de un pueblo inmenso  
 uniéndose á los cánticos del coro,  
 la armonía del órgano sonoro,  
 las blancas nubes de quemado incienso,  
 el frío y duro pavimento, fosa  
 común, perpétuamente renovada,  
 de la cual cada tumba, cada losa  
 es doble puerta que limita y cierra  
 por debajo el silencio de la nada,  
 por encima el tumulto de la tierra;  
 aquella majestad, aquel olvido  
 del siglo, aquel recuerdo de la muerte,  
 parecían decir con infinita  
 dulzura al corazón desfallecido,  
 al espíritu ciego, al alma inerte:  
*Ego sum via, et veritas et vita* (1)  
 Aquí en su pequenez el hombre es fuerte.—  
 Mas ¿dónde iremos ya? Torpes y oscuros

(1) JOH. XIV, 6.

planes hallaron en el claustro abrigo,  
 y Dios airado desató el castigo  
 y con el rayo derribo sus muros  
 ¿Dónde posar la fatigada frente?  
 ¿Dónde volver los afligidos ojos,  
 cuando ha dejado el corazón creyente  
 prendidos en los ásperos abrojos  
 su fe piadosa y su interés mundano?  
 ¿Dónde?

¡En ti, soledad! Yo te bendigo,  
 porque al naufrago, al triste, al pobre grano  
 de desligada arena das abrigo.

San Gervasio de Casolas (Barcelona), 20 de Abril de 1868.

## EN EL MONASTERIO DE PIEDRA.

(ARAGÓN)

Venga el ateo y fije sus miradas  
 en las raudas cascadas  
 que caen con el estrépito del trueno  
 en ese bosque que oscurece el día,  
 de rústica armonía  
 y de perfumes y de sombra lleno;  
 en la gruta titánica que arredra  
 con sus monstruos de piedra,  
 su oculto lago y despeñado río:  
 que ante tantas grandezas el ateo  
 dirá asombrado:—¡Creo,  
 creo en tu excelsa majestad, Dios miol  
 Arpa es la creación, que en la tranquila  
 inmensidad oscila  
 con ritmo eterno y cántico sonoro.  
 Y no hay murmullo, ni rumor, ni acento  
 en tierra, mar y viento,  
 que del himno inmortal no forme coro.  
 El insecto entre el césped escondido,  
 el pájaro en su nido,  
 el trueno en las entrañas de la nube,  
 hasta la flor que en los sepulcros brota,  
 todo exala su nota  
 que en acordado són al cielo sube.

Nunca del hombre la soberbia ciega  
que á enloquecerle llega.  
podrá alcanzar, en su insaciable anhelo,  
ese poder augusto y soberano  
que entrena el Oceano  
y hace girar los astros en el cielo.

En vano, golpeándose la frente  
se agitará impotente  
en su orgullo satánico y maldito;  
siempre, desesperado Prometeo,  
le acosará el deseo,  
¡ay! que, como el dolor, es infinito.

Julio de 1872.

### A DARWIN.

#### I.

¡Gloria al genio inmortal! Gloria al profundo  
Darwin, que de este mundo  
penetra el hondo y pavoroso arcano!  
¡Que, removiendo lo pasado incierto,  
sagaz ha descubierto  
el abolengo del linaje humano!

#### II.

Puede el necio exclamar en su locura.  
— ¡Yo soy de Dios hechura! —  
y con tan alto origen darse tono.  
¿Quién, que estime su crédito y su nombre  
no sabe que es el hombre  
la natural transformación del mono?

#### III.

Con meditada calma y paso á paso,  
cual reclamaba el caso,  
llegó á tal perfección un mono viejo:  
y la vivaz materia por sí sola  
le suprimió la cola,  
le ensanchó el cráneo y le afeitó el pellejo.

#### IV.

Esa invisible fuerza creadora,  
siempre viva y sonora,  
música, verbo, pensamiento alado;  
ese trémulo acento en que la idea  
palpita y centellea  
como el soplo de Dios en lo creado;

#### V.

(hablo de Dios, porque lo exige el metro  
más tu perdón impeiro  
¡oh formidable secta darwiniana!)  
Ese sonido, como el sol fecundo,  
que vibra en todo el mundo  
y resplandece en la palabra humana;

#### VI.

esa voz, llena de poder y encanto,  
ese misterio santo,  
lazo de amor, espíritu de vida,  
ha sido el grito de la bestia hirsuta,  
en la cóncava gruta  
de los ásperos bosques escondida.

#### VII.

¡Ay! Si es verdad lo que la ciencia enseña,  
¿por qué se agita y sueña  
el hombre, de su paz fiero enemigo?  
¿A qué aspira? ¿Qué anhela? ¿Qué es en suma,  
el genio que le abruma?  
¿Fuerza ó debilidad? ¿Premio ó castigo?

#### VIII.

Honor, virtud, ardientes devaneos,  
imposibles deseos,  
loca ambición, estéril esperanza,  
horrible tempestad que eternamente  
perturbas nuestra mente,  
con acentos de amor ó de venganza

## IX.

conciencia del deber que nos oprimes,  
 ilusiones sublimes  
 que á más alta región tendéis el vuelo:  
 ¿qué sois? ¿A dónde vais? ¿Por qué os sentimos?  
 ¿Por qué crimen perdimos  
 la inocencia brutal de nuestro abuelo?

## X.

Ajeno á todo inexcrutable arcano,  
 nuestro Adán cuadrumano  
 en las selvas perdido y en los montes,  
 de fijo no estudiaba ni entendía  
 esta filosofía  
 que abre al dolor tan vastos horizontes.

## XI.

Independiente y libre en la espesura,  
 no sufrió la amargura  
 que nos quema y devora las entrañas.  
 Dábanle el bosque entretejidas frondas,  
 el río claras ondas,  
 aire sutil y puro las montañas;

## XII.

la tierra, á su elección, como en tributo  
 dulce y sabroso fruto,  
 música el viento susurrante y vago;  
 su luz fecunda el sol esplendoroso,  
 la noche su reposo,  
 y limpio espejo el cristalino lago.

## XIII.

En su pelliza natural envuelto,  
 gozaba alegre y suelto  
 de su querida libertad salvaje.  
 Aún no grabada figurines Francia,  
 y en su rústica estancia  
 lo que la vida le duraba el traje.

## XIV.

Desconoció la púrpura y la seda,  
 no inventó la moneda  
 para adorarla envilecido y ciego.  
 Ni se dejó coger, como un idiota,  
 por una infame sota  
 en la red del amor ó en la del juego.

## XV.

No turbaron su paz ni su apetito  
 este anhelo infinito,  
 esta pena tan honda como aguda.  
 ¡Ay! ni á pedazos le arrancó del alma  
 su candorosa calma,  
 el demonio implacable de la duda.

## XVI.

Y en esas lentas y nocturnas horas,  
 negras, abrumadoras,  
 en que la angustia nos desgarrá el pecho,  
 con tu mirada impenetrable y triste,  
 nunca te apareciste  
 ¡oh desesperación! junto á su lecho.

## XVII.

No buscó los laureles del poeta,  
 ni en su ambición inquieta  
 alzó sobre cadáveres un trono.  
 No le acosó remordimiento alguno.  
 No fué rey, ni tribuno,  
 ni siquiera elector!... ¡Dichoso mono!

## XVIII.

En la copa de un árbol suspendido  
 y con la cola asido,  
 extraño á los halagos de la fama,  
 sin pensar en la tierra ni en el cielo,  
 nuestro inocente abuelo  
 la vida se pasó de rama en rama.

## XIX.

Tal vez enardecida y juguetona,  
alguna virgen mona  
prendióle astuta en sus amantes lazos,  
y más fiel que su nieta pervertida,  
ni le amargó la vida,  
ni le hirió el corazón con sus abrazos.

## XX.

Y allí, bajo la bóveda azulada,  
en la verde enramada,  
á la sonora margen de los ríos,  
adormecidos con los trinos suaves  
de las canoras aves,  
ocultas en los árboles sombríos;

## XXI.

allí, donde la gran Naturaleza  
descubre la belleza  
de su seno inmortal, siempre fecundo,  
en deliquios ardientes y amorosos,  
los dos tiernos esposos  
engendraron al árbitro del mundo.

## XXII.

¡Al árbitro del mundo!... ¡Qué sarcasmo!  
Perdido el entusiasmo,  
sin esperanza en Dios, sin fe en sí mismo,  
cuando le borre su divino emblema,  
esa ciencia blasfema,  
como la piedra rodará al abismo.

## XXIII.

Caerá de sus altares el Derecho  
por el turbión deshecho;  
la Libertad sucumbirá arrollada.  
Que cuando el alma humana se oscurece,  
sólo prospera y crece  
la fuerza audaz, de crímenes cargada.

## XXIV.

¡Ay, si al romper su religioso yugo,  
gusta el pueblo del jugo  
que en esa ciencia páfida se escondel  
¡Ay, si olvidando la celeste esfera,  
el hijo de la fiera  
sólo á su instinto natural respondel

## XXV.

¡Ay, si recuerda que en la selva umbría  
la bestia no tenía  
ni Dios, ni ley, ni patria, ni heredades!  
Entonces la revuelta muchedumbre  
quizás, Europa, alumbre  
con el voraz incendio tus ciudades.

## XXVI.

¡Batid gozosos la sangrientas manos,  
déspotas y tiranos!  
Ya entre el tumulto vuestra faz asoma.  
Que el hombre á la razón dobla su frente  
más sólo el hierro ardiente  
la hambrienta rabia de la fieras doma.  
24 de Diciembre de 1872.

## LAS ARPAS MUDAS.

La virgen poesía,  
huyendo de los hombres,  
se pierde en las profundas  
tinieblas de la noche.  
Las arpas enmudecen,  
y el eco no responde  
sino á los broncos gritos  
de cien revoluciones

¡Ay, cuando la tormenta  
cierne sus negras alas,  
la tímida avecilla  
se oculta y tiembla y calla!  
¿Qué valen sus gorjeos  
ante la voz airada  
del trueno, que retumba  
en valles y en montañas?

## XIX.

Tal vez enardecida y juguetona,  
alguna virgen mona  
prendióle astuta en sus amantes lazos,  
y más fiel que su nieta pervertida,  
ni le amargó la vida,  
ni le hirió el corazón con sus abrazos.

## XX.

Y allí, bajo la bóveda azulada,  
en la verde enramada,  
á la sonora margen de los ríos,  
adormecidos con los trinos suaves  
de las canoras aves,  
ocultas en los árboles sombríos;

## XXI.

allí, donde la gran Naturaleza  
descubre la belleza  
de su seno inmortal, siempre fecundo,  
en deliquios ardientes y amorosos,  
los dos tiernos esposos  
engendraron al árbitro del mundo.

## XXII.

¡Al árbitro del mundo!... ¡Qué sarcasmo!  
Perdido el entusiasmo,  
sin esperanza en Dios, sin fe en sí mismo,  
cuando le borre su divino emblema,  
esa ciencia blasfema,  
como la piedra rodará al abismo.

## XXIII.

Caerá de sus altares el Derecho  
por el turbión deshecho;  
la Libertad sucumbirá arrollada.  
Que cuando el alma humana se oscurece,  
sólo prospera y crece  
la fuerza audaz, de crímenes cargada.

## XXIV.

¡Ay, si al romper su religioso yugo,  
gusta el pueblo del jugo  
que en esa ciencia páfida se escondel  
¡Ay, si olvidando la celeste esfera,  
el hijo de la fiera  
sólo á su instinto natural respondel

## XXV.

¡Ay, si recuerda que en la selva umbría  
la bestia no tenía  
ni Dios, ni ley, ni patria, ni heredades!  
Entonces la revuelta muchedumbre  
quizás, Europa, alumbre  
con el voraz incendio tus ciudades.

## XXVI.

¡Batid gozosos la sangrientas manos,  
déspotas y tiranos!  
Ya entre el tumulto vuestra faz asoma.  
Que el hombre á la razón dobla su frente  
más sólo el hierro ardiente  
la hambrienta rabia de la fieras doma.  
24 de Diciembre de 1872.

## LAS ARPAS MUDAS.

La virgen poesía,  
huyendo de los hombres,  
se pierde en las profundas  
tinieblas de la noche.  
Las arpas enmudecen,  
y el eco no responde  
sino á los broncos gritos  
de cien revoluciones

¡Ay, cuando la tormenta  
cierne sus negras alas,  
la tímida avecilla  
se oculta y tiembla y calla!  
¿Qué valen sus gorjeos  
ante la voz airada  
del trueno, que retumba  
en valles y en montañas?

¡Qué cambio y que contraste!  
 Ayer llenaba el mundo  
 la inspiración sublime  
 de Schiller, Byron y Hugo.  
 Hoy sobre nuestras almas,  
 que envileció el tumulto,  
 parece qua gravita  
 la losa de un sepulcro.

Miraban nuestros padres  
 el despertar de un siglo:  
 nosotros á sus hondas  
 angustias asistimos.  
 En su entusiasmo ardiente  
 su cántico era un himno.  
 El nuestro, ¡oh desventural  
 el nuestro es un gemido.

Cuando despues de aquella  
 sangrienta sacudida,  
 que derribó en el polvo  
 la sociedad antigua,  
 con su potente mano  
 la santa poesía  
 logró sacar ileso  
 á Dios de entre las ruinas;

cuando en estéril roca,  
 entre el rumor confuso  
 del mar, agonizaba  
 en su aislamiento agosto  
 el águila altanera,  
 tan grande en su infortunio,  
 que de sus corvas garras  
 tuvo suspenso el mundo;

entonces, como el germen  
 oculto que despierta,  
 y rompe vigoroso  
 la cárcel que lo encierra,  
 sobre las viejas ruinas  
 brotaron por doquiera  
 la religión, la gloria,  
 la libertad, la ciencia.

¡Siempre el dolor fecunda  
 La tierra, nuestra madre,  
 sufre el agudo arado  
 que sus entrañas abre;  
 el mar tiene sus roncacas  
 y oscuras tempestades,  
 su duda el pensamiento,  
 la religión sus mártires.

Todo lo grande surge  
 de este combate eterno,  
 como la luz del choque  
 del pedernal y del hierro.  
 ¡Felices nuestros padres,  
 que entonces recogieron  
 la mies, antes regada  
 con llanto, sangre y cieno!

¿Es raro que el poeta  
 alzase himnos de gloria  
 al Dios que renacia  
 de entre sus aras rotas?  
 ¿Es raro que cantase  
 la alborozada Europa  
 al nuevo sol, naciendo  
 de la impalpable sombra

Pero hoy, ¿qué alegre canto  
 entonarán las musas?  
 La llama del incendio  
 nuestro camino alumbra,  
 La libertad seguida  
 de alborotadas turbas  
 arrastra por el fango  
 sus blancas vestiduras.

El entusiasmo espira  
 en lecho de dolores:  
 atónita y turbada  
 la fe su venda rompe,  
 y caen de sus altares,  
 bajo insensatos golpes,  
 la patria, la familia,  
 los reyes y los dioses.

¡Todo se anubla, todo  
choca, todo está herido:  
Pide estragado el arte  
su inspiración al vicio,  
y entre el alegre estruendo  
de infames regocijos,  
la sociedad oscila  
sobre el oscuro abismo.

¡Poetas! Hasta tanto  
que la borrasca pase,  
colguemos nuestras arpas  
de los llorosos sáuces,  
Tal vez cuando la tierra  
nuestros despojos guarde,  
el viento las sacuda  
y vibren, giman, canten.

Tal vez cuando del tiempo  
se amanse la corriente:  
nuestros felices hijos  
piadosos las descuelgen.  
¡Quién sabe! Aunque las densas  
tinieblas nos envuelven,  
no eres eterna oh noche!  
¡dolor, no duras siempre!

Junio, de 1873.

### A VOLTAIRE.

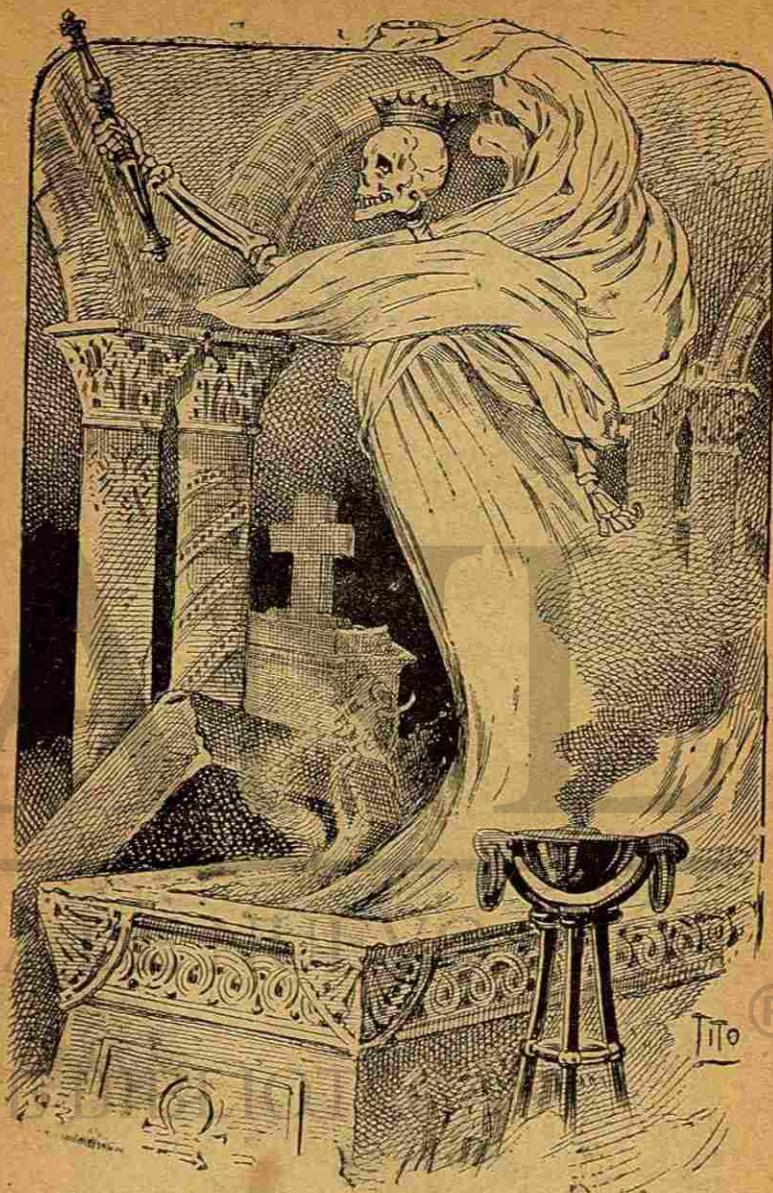
Eres ariete formidable: nada  
resiste á tu satánica ironía.  
Al través del sepulcro todavía  
resuena tu estridente carcajada.

Cayó bajo tu sátira acerada  
cuanto la humana estupidez creía,  
y hoy la razón no más sirve de guía  
á la prole de Adán regenerada.

Ya sólo influye en su inmortal destino  
la libre religión de las ideas;  
ya la fe miserable á tierra vino;

ya el Cristo se desploma; ya las teas  
alumbran los misterios del camino;  
ya venciste, Voltaire. ¡Maldito seas!

Julio de 1873.



—¡Volcad la loza que os cierra!  
Vastagos de imperial rama,  
varones que honraís la fama,  
antiguas y excelsas glorias  
de vuestras urnas mortuorias  
Salid, que el César os llama.—

NUÑEZ DE ARCE.

MISERERE

## MISERERE.

Es de noche: el monasterio  
que alzó Felipe Segundo  
para admiración del mundo  
y ostentación de su imperio,  
yace envuelto en el misterio  
y en las tinieblas sumido.  
De nuestro poder, ya hundido,  
último resto glorioso,  
parece que está el coloso  
al pié del monte, rendido.

El viento del Guadarrama  
deja sus antros oscuros,  
y estrellándose en los muros  
del templo, se agita y brama.  
Fugaz y rojiza llama  
surca el ancho firmamento,  
y á veces, como un lamento,  
resuena el lúgubre són  
con que llama á la oración  
la campana del convento.

La iglesia, triste y sombría,  
en honda calma reposa,  
tan helada y silenciosa  
como una tumba vacía.  
Colgada lámpara envía  
su incierta luz á lo lejos,  
y á sus trémulos reflejos  
llegan, huyen, se levantan  
esas mil sombras que espantan  
á los niños y á los viejos.

De pronto, claro y distinto,  
la regia cripta conmueve  
ruido extraño, que aunque leve,  
llena el mortuario recinto.  
Es que el César Carlos Quinto,  
con mano firme y segura  
entrebrea su sepultura,  
y haciendo una horrible mueca,  
su faz carcomida y seca  
asoma por la hendidura.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LIBRERIA  
J. S. J. S. J. S.  
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



Golpea su descarnada  
frente con tenaz empeño  
como quien sale de un sueño  
sin acordarse de nada.  
Recorre con su mirada  
aquel lugar solitario,  
alza el mármol funerario,  
y arrebatado y resuelto  
salta del sepulcro, envuelto  
en su andrajoso sudario.

—¡Hola!— grita en són de guerra  
con aquella voz concisa,  
que oyó en el siglo, sumisa  
y amedrentada la tierra.

—¡Volcad la losa que os cierra!  
Vástagos de imperial rama,  
varones que honrais la fama,  
antiguas y excelsas glorias,  
de vuestras urnas mortuorias  
salid, que el César os llama. —

Contestando á estos conjuros,  
un clamor confuso y hondo  
parece brotar del fondo  
de aquellos mármoles duros.  
Surgen vapores impuros  
de los sepulcros ya abiertos:  
la serie de reyes muertos  
después á salir empieza,  
el gesto despavorido  
de los que han envilecido  
la corona en su cabeza.

Grave, solemne, pausado,  
se alza Felipe Segundo,  
en su lucha con el mundo  
vencido, mas nó domado.  
Su hijo se despierta al lado,  
y detrás del rey devoto,  
aquel que humillado y roto  
vió desmoronarse á España,  
cual granítica montaña.  
A impulsos del terremoto.

Luégo al monarca enfermizo,  
de infausta y negra memoria,  
en cuya Edad, nuestra gloria  
como nieve se deshizo.  
Bajo el poder de su hechizo  
se estremece todavía.  
¡Ay, qué terrible armonía,  
qué oscuro enlace se nota  
entre aquel misero idiota  
y su exhausta monarquía!

Con terrífica sorpresa  
y en silencioso concierto,  
todos los reyes que han muerto  
van saliendo de su huesa.  
La ya apagada pavesa  
cobra los vitales sombríos  
aquellos yertos despejos,  
aquellas cuencas sin ojos,  
aquellos cráneos vacíos.

De los monarcas en pos,  
respondiendo al llamamiento,  
cual si llegara el momento  
del santo juicio de Dios,  
acuden de dos en dos  
por claustros y corredores,  
príncipes, grandes señores,  
prelados, frailes, guerreros,  
favoritos, consejeros,  
teólogos é inquisidores.

¡Qué es mirar cómo serpea  
por su semblante amarillo  
el fosforescente brillo  
que la podredumbre creal  
¡Qué espíritu no flaquea  
con mil terrores secretos,  
viendo aquellos esqueletos,  
que ante el César, que los nombra,  
se deslizan por la sombra  
mudos, absortos, inquietos!

¡Cuántas altas potestades,  
cuántas grandezas pasadas,

cuántas invictas espadas,  
cuántas firmes voluntades  
en aquellas soledades  
muestran sus restos livianos!  
¡Cuántos cráneos soberanos,  
que el genio habitara en vida,  
convertidos en guarida  
de miserables gusanos!

Desde el triste panteón  
en que se agolpa y hacina,  
hacia el tempo se encamina  
la fúnebre procesión.  
Marca con pausado són  
tras del rey que la congrega,  
y cuando á la iglesia llega,  
inunda la altiva nave,  
un resplandor tibio y suave,  
que ni deslumbrá ni ciega.

Guardando al regio decoro,  
como en los siglos pasados,  
reyes, príncipes, prelados  
toman asiento en el coro.  
Después en tropel sonoro  
por el templo se derrama,  
rindiendo culto á la fama  
con que llena las historias,  
aquel haz de muertas glorias,  
que el César convoca y llama.

Por mandato soberano  
de Carlos, que el cetro ostenta,  
llega al órgano y se sienta  
un viejo esqueleto humano.  
La seca y huesosa mano  
en el gran teclado imprime,  
y la música sublime  
que á inmensos raudales brota,  
parece que en cada nota  
reza y llora, canta y gime.

Uniendo al acorde santo  
su voz, los muertos despojos  
caen ante el ara de hinojos  
y á Dios elevan su canto.

Honda expresión del quebranto,  
aquel eco de la tumba  
crece, se dilata, zumba,  
y al paso che va creciendo,  
resuena con el estruendo  
de un mundo que se derrumba:

« Fuimos las ondas de un rio  
« caudaloso y desbordado.  
« Hoy la fuente se ha secado,  
« hoy el cauce está vacío.  
« Ya ¡oh Dios! nuestro poderío  
« se extingue, se apaga y muere  
« ¡Miserere!

« ¡Maldito, maldito sea  
« aquel portentoso invento  
« que dió vida al pensamiento  
« y alas de luz á la ideal  
« El verbo animado ondea  
« y como el rayo nos hiera.  
« ¡Miserere!

« ¡Maldito el hilo fecundo  
« que á los pueblos eslabona,  
« y busca, y cuenta, y pregona  
« las pulsaciones del mundo!  
« Ya en el silencio profundo  
« ninguna injusticia muere.  
« ¡Miserere!

« Ya no vive cada raza  
« en solitario destierro,  
« ya con vínculo de hierro  
« la humana especie se enlaza  
« Ya el aislamiento rechaza,  
« ya la libertad prefiere,  
« ¡Miserere!

« Rígido y brutal azote  
« con desacordado empuje  
« sobre las espaldas cruje  
« del rey y del sacerdote.  
« Ya nada existe que embote  
« el golpe ¡oh Dios! que nos hiera.  
« ¡Miserere!

« Mas ¡ay! que en su audacia loca,  
 « también el orgullo humano  
 « pone en los cielos su mano  
 « y á ti, Señor, te provoca.  
 « Mientras blasfemé su boca,  
 « ni paz ni ventura espere.  
 « ¡Miserere!

« No en la tormenta enemiga:  
 « no en el insondable abismo:  
 « el mundo lleva en sí mismo  
 « el rayo que le castiga.  
 « Sin compasión ni fatiga  
 « hoy nos mata: pero muere.  
 « ¡Miserere!

« Grande y caudaloso río,  
 « que corres precipitado,  
 « ve que el nuestro se ha secado  
 « y tiene el cauce vacío.  
 « ¡No prevalezca el impío,  
 « ni la iniquidad prospere!  
 « ¡Miserere! »

Súbito, con sordo ruido  
 cruje el órgano y estalla,  
 la luz se amortigua, y calla  
 el concurso dolorido.  
 Al disiparse el sonido  
 del grave y solemne canto  
 llega á su colmo el espanto  
 de las mudas calaveras,  
 y de sus órbitas huecas  
 descendiendo abundoso llanto.

A medida que decrece  
 la luz misteriosa y vaga,  
 todo murmullo se apaga  
 y el cuadro se desvanece  
 Con el alba que aparece  
 el cortejo se evapora,  
 y mientras la blanca aurora  
 esparce su lumbre escasa,  
 á lo lejos silba y pasa  
 la rauda locomotora.

25 de Junio de 1873.

## Á LA MUERTE DE DON ANTONIO RIOS ROSAS

¡Cayó como la piedra en la laguna  
 con rudo golpe en la insondable fosa!  
 Ya no levantará tormenta alguna  
 su elocuencia, vibrando en la tribuna,  
 como el rayo terrible y luminosa.

¡Triste destino de la gloria humana  
 tan costosa, tan misera y tan vanal  
 ¡Ayer grandeza, y entusiasmo, y ruido;  
 hoy tributo de lágrimas; mañana  
 hondo silencio, y soledad, y olvido!

En la infinita sed que nos aqueja,  
 ¿qué es nuestra vida? El sueño de un momento,  
 onda que pasa, sombra que se aleja,  
 ave tímida y muda que no deja  
 ni el rastro de sus alas en el viento.

¡Cuántas, cuántas memorias arrebatada  
 nuestra viviente y rauda catarata!  
 ¿Qué es el mártir? ¿Qué el genio? ¿Qué el tirano  
 en el torrente del linaje humano,  
 que al través de los tiempos se dilata?

La secular encina, siempre verde,  
 de sus marchitos frutos se despoja  
 sin que nadie, mirándola, recuerde  
 ni el seco ramo, ni la inútil hoja  
 que en su invisible crecimiento pierde.

¡Todo es misterio, vértigo y locura!  
 La vida frágil, el renombre incierto,  
 y la tremenda eternidad oscura...  
 Sólo podemos dar á los que han muerto,  
 con fe piadosa, honrada sepultura.

El la tendrá con lágrimas regada.  
 ¿Cómo olvidar tan pronto, patria mía,  
 la imperiosa atracción de su mirada,  
 su voz, su ardiente voz, rígida espada  
 que al chocar y al herir resplandecía?

A veces imagino que aún le veo  
erguirse reposado y pensativo,  
y á un tiempo mismo Tácito y Tirteo  
arrostrar el contrario clamoreo,  
cuanto más acosado más altivo.

Con fuerza potentísima y secreta  
brotaban de su espíritu fecundo  
el dardo agudo, la alusión discreta,  
la cólera inspirada del poeta  
y la sentencia del varón profundo.

En el peligro, enérgico y valiente,  
jamás cedió su varonil denuedo,  
ni se dejó arrastrar por la corriente;  
nunca dobló su poderosa frente  
ante los vanos ídolos del miedo.

Noble y robusto vástago de aquella  
viril generación, quel al mundo vino  
cuando, impulsado por su infausta estrella,  
marcó en España su iracunda huella  
el rayo de la guerra y del destino;

cuando de su letargo despertaba  
la nación de Lepanto y de Pavia,  
y en lid ardiente, inextinguible y brava  
mostró con su tesón que no quería  
vivir sin honra, ni morir esclava.

Nacida entre el tumulto y el fracaso  
de una lucha titánica y suprema,  
esa generación que hacía su ocaso  
dirige el triste y vacilante paso,  
es el himno triunfal de aquel poema.

Arrojada y resuelta cual ninguna,  
como engendada en tan heroico empeño,  
templóla en sus rigores la fortuna,  
la ronca tempestad meció su cuna  
y el eco del cañon le arrulló el sueño.

Siempre en la brecha y siempre enardecida,  
sin temor al destierro ni al verdugo,  
con estóico desprecio de la vida  
rompió, lidiando, el ominoso yugo  
que soportaba España envilecida.

De su entusiasta afán en los extremos  
amasó con la sangre de su venas  
la libertad que á su valor debemos.  
¡Hoy nosotros, sus hijos, no tenemos  
ni esperanza, ni fe, ni patria apenas!

El genio nacional, antes dormido  
en la profunda noche de olvido,  
llenó los aires con su voz sonora,  
como el alegre pájaro en el nido  
cuando le llama la rosada aurora.

¡Qué espontáneo y feliz renacimiento!  
¡Qué pléyada de artistas y escritores!  
En la luz, en las ondas, en el viento  
hallaba inspiración el pensamiento,  
gloria el soldado y el pintor colores,

¡Larra, Pacheco, Rivas, Espronceda,  
Olózaga, Donoso, Avellaneda,  
y cien nombres, orgullo de la historia,  
ya son polvo no más! ¡Ya su memoria  
sólo en el pueblo que ilustraron queda!

¡Su memoria mortal, que se derrumba  
al impulso del siglo! Eco postrero  
de su apagada voz, sordo retumba  
en el helado mármol de la tumba  
y se pierde en los ámbitos ligero.

Cuando, vertiendo silencioso llanto,  
vuelvo á mi Edad la vista atribulada,  
siento á la vez indignación y espanto.  
¡Cómo pensar, generación menguada,  
que en pocos lustros descendieras tantol

Nuestros padres con ánimo sereno  
hallaron en los campos de pelea  
algo fecundo, provechoso y bueno.  
Nosotros, sumergidos en el cieno,  
no encontramos un hombre ni una idea.

Su aliento generoso y esforzado,  
de Cádiz á las cumbres del Pirineo  
avivó el fuego del honor sagrado.  
Hoy la estéril república no tiene  
ni un cantor, ni un artista, ni un soldado.

Ni nos defienda ya, ni el golpe embota,  
partido en mil pedazos nuestro escudo.  
El vulgo, el necio, vulgo nos azota;  
yace el arte decrepito, está mudo  
el genio, el arpa destemplada y rota,

Alguien con torpe y mentiroso halago,  
en busca del aplauso apetecido,  
agitó el fondo del impuro lago,  
¡ay! y al vapor del fango removido  
sólo engendra la peste y el estrago.

Tú dormirás en paz ¡oh varón fuerte!  
con el sol de la patria que declina.  
Y es venturosa y envidiable suerte  
reposar en los brazos de la muerte,  
cuando todo es dolor, vergüenza y ruina.

Tú de este triste y borrascoso drama  
sacaste el puro corazón ileso.  
Otros, que el pueblo alborotado aclama,  
no durmirán tranquilos bajo el peso,  
bajo el terrible peso de su fama.

5 de Noviembre de 1873.

### A EMILIO CASTELLAR

¡Ya triunfó la república! Han vencido.  
Tras prolongada y miseria agonía  
lanzó á tus plantas el postrer gemido  
nuestra sacra y gloriosa monarquía.  
No vino á tierra como el cedro erguido  
qu el huracán y el rayo desafia:  
cayó como la mustia y débil hoja  
de que en Octubre el árbol se despoja.

¡Ay! ¿Esta sociedad que desespera,  
logrará acaso tiempos más felices,  
porque haya muerto, sin luchar siquiera,  
la tradición excelsa que maldices?  
¿Se desplomó quizás porque tuviera  
podrido el tronco y secas las raíces?  
¿Fue su impensada y rápida caída,  
torpe vengauza ó pena merecida?

Si al paso que se extingue y desvane  
como el último rayo vespertino,  
renace el orden y la paz fiorece,  
es que cumplió la ley de su destino.  
Pero si la tormenta se embravece,  
si nos arrolla el rauda torbellino,  
si no se aclara el porvenir incierto,  
entonces es que asesinada ha muerto.

Mientras el cielo mi conciencia guarde,  
jamás se apartará de mi memoria  
aquella triste y vergonzosa tarde,  
baldón eterno de la patria historia,  
en que un Senado imbécil ó cobarde  
vendió sin fruto y entregó sin gloria,  
cediendo á los estímulos del miedo  
el trono secular de Recaredo.

No nació la república, gloriosa,  
formidable y potente en lid reñida,  
ni cual del casto cáliz de la rosa  
la pura esencia en ondas esparcida.  
Brotó de aquella tarde ignominiosa  
como brota la sangre de la herida,  
y como en medio de mortales dudas  
nació de un beso la traición de Judas.

¡Oh! ¡Quién tuviese la robusta vena  
de aquel ilustre historiador romano,  
que en libros inmórtale encadena  
los fieros monstruos del linaje humano!  
Mi pluma entonces.... ¡pero no! La pena  
que envilece al león, honra al gusano;  
nunca la ruin bajeza ha merecido  
censura eterna, sino eterno olvido.

Tal vez ceñida de fulgentes galas  
forjóse tu ilusión que en pleno día  
la república, austera como Palas,  
del cerebro del pueblo surgiría.  
Tal vez pensaste que al tender sus alas  
paz y ventura y luz derramaría,  
siendo para tu fama ¡oh nuevo Orfeo!  
la honrada encarnación de tu deseo,

Si el llanto no te ciega, en torno mira:  
ya tu inspirada voz no la conmueve,  
ya su templanza se convierte en ira,  
ya revienta el volcán bajo la nieve.  
Ya ha arrebatado tu sonora lira  
la desgredada Musa de la plebe;  
ya suena en vez de tu rotunda estrofa,  
brutal insulto y sanguinaria mofa.

Ya con sordo fragor se precipita  
y mueve á Dios desesperada guerra,  
la santa cruz de los sepuleros quita,  
vuelca las aras y los templos cierra.  
Ya con furor satánico medita,  
no sólo echar á Cristo de la tierra,  
sino dejar en su insensato anhelo  
mudo y vacío y solitario el cielo.

¡Inútil presunción! Cuando mañana  
se agoste, como yerba, el poderio  
de esta generación soberbia y vana  
que lanza á Dios su inbécil desaffo;  
cuando de su grandeza soberana  
quede el polvo no más, árido y frío,  
¡tú, redentora cruz! ¡tú, santo leño,  
sobre las tumbas guardarás su sueño!

¡Valor, Emiliol! El pueblo se desborda  
y nuestra gloria secular destruye.  
¡Ya no existe el ejército! ¡Ya es horda  
la que fué hueste, y se desmanda y huye!  
La anarquía los ámbitos asorda,  
la honrada libertad se prostituye,  
y óyense los aullidos de la hiena  
en Alcoy, en Montilla, en Cartagena.

Tu voz, que siempre condenó la saña  
de la turba feroz, de nuevo estalle,  
y vibre como el trueno en la montaña  
y el bronce de los templos en el valle.  
La triste España, nuestra madre España  
se desangra entre el cieno de la calle;  
ebrio el desorden la denosta y hiere.  
Agonizando está. ¡Sálvala, ó muérel!

23 de Diciembre de 1873.

## TRISTEZAS.

Cuando recuerdo la piedad sincera  
con que en mi edad primera  
entraba en nuestras viejas catedrales,  
donde postrado ante la cruz de hinojos  
alzabo á Dios mis ojos,  
soñando en las venturas celestiales.

hoy que mi frente atónito golpeo  
y con febril deseo  
busco los restos de mi fe perdida,  
por hallarla otra vez, radiante y bella  
como en la edad aquella,  
¡desgraciado de mí! diera la vida.

¡Con qué profundo amor, niño inocente,  
prosternaba mi frente  
en las losas del templo sacrosanto!  
Llenábase mi joven fantasía  
de luz, de poesía,  
de mudo asombro, de terrible espanto

Aquellas altas bóvedas que al cielo  
levantaban mi anhelo;  
aquella majestad solemne y grave;  
aquel pausado canto, parecido  
á un doliente gemido,  
que retumbada en la espaciosa nave;

las marmóreas y austeras esculturas  
de antiguas sepulturas.  
aspiración del arte á lo infinito;  
la luz que por los vidrios de colores;  
sus tibios resplandores  
quebraba en los pilares de granito;

haces de donde en curva fugitiva,  
para formar la ojiva,  
cada ramal subiendo se separa,  
cual del rumor de multitud que ruega,  
cuando á los cielos llega,  
surge cada oración distinta y clara;

Si el llanto no te ciega, en torno mira:  
ya tu inspirada voz no la conmueve,  
ya su templanza se convierte en ira,  
ya revienta el volcán bajo la nieve.  
Ya ha arrebatado tu sonora lira  
la desgredada Musa de la plebe;  
ya suena en vez de tu rotunda estrofa,  
brutal insulto y sanguinaria mofa.

Ya con sordo fragor se precipita  
y mueve á Dios desesperada guerra,  
la santa cruz de los sepuleros quita,  
vuelca las aras y los templos cierra.  
Ya con furor satánico medita,  
no sólo echar á Cristo de la tierra,  
sino dejar en su insensato anhelo  
mudo y vacío y solitario el cielo.

¡Inútil presunción! Cuando mañana  
se agoste, como yerba, el poderio  
de esta generación soberbia y vana  
que lanza á Dios su inbécil desaffo;  
cuando de su grandeza soberana  
quede el polvo no más, árido y frío,  
¡tú, redentora cruz! ¡tú, santo leño,  
sobre las tumbas guardarás su sueño!

¡Valor, Emiliol! El pueblo se desborda  
y nuestra gloria secular destruye.  
¡Ya no existe el ejército! ¡Ya es horda  
la que fué hueste, y se desmanda y huye!  
La anarquía los ámbitos asorda,  
la honrada libertad se prostituye,  
y óyense los aullidos de la hiena  
en Alcoy, en Montilla, en Cartagena.

Tu voz, que siempre condenó la saña  
de la turba feroz, de nuevo estalle,  
y vibre como el trueno en la montaña  
y el bronce de los templos en el valle.  
La triste España, nuestra madre España  
se desangra entre el cieno de la calle;  
ebrio el desorden la denosta y hiere.  
Agonizando está. ¡Sálvala, ó muérel!

23 de Diciembre de 1873.

## TRISTEZAS.

Cuando recuerdo la piedad sincera  
con que en mi edad primera  
entraba en nuestras viejas catedrales,  
donde postrado ante la cruz de hinojos  
alzabo á Dios mis ojos,  
soñando en las venturas celestiales.

hoy que mi frente atónito golpeo  
y con febril deseo  
busco los restos de mi fe perdida,  
por hallarla otra vez, radiante y bella  
como en la edad aquella,  
¡desgraciado de mí! diera la vida.

¡Con qué profundo amor, niño inocente,  
prosternaba mi frente  
en las losas del templo sacrosanto!  
Llenábase mi joven fantasía  
de luz, de poesía,  
de mudo asombro, de terrible espanto

Aquellas altas bóvedas que al cielo  
levantaban mi anhelo;  
aquella majestad solemne y grave;  
aquel pausado canto, parecido  
á un doliente gemido,  
que retumbada en la espaciosa nave;

las marmóreas y austeras esculturas  
de antiguas sepulturas.  
aspiración del arte á lo infinito;  
la luz que por los vidrios de colores;  
sus tibios resplandores  
quebraba en los pilares de granito;

haces de donde en curva fugitiva,  
para formar la ojiva,  
cada ramal subiendo se separa,  
cual del rumor de multitud que ruega,  
cuando á los cielos llega,  
surge cada oración distinta y clara;

en el gótico altar inmoble y fijo  
 el santo Crucifijo,  
 que extiende sin vigor sus brazos yertos,  
 siempre en la sorda lucha de la vida,  
 tan áspera y reñida,  
 para el dolor y la humildad abiertos;

el místico clamor de la campana  
 que sobre el alma humana  
 de las caladas torres se despeña,  
 y anuncia y lleva en sus aladas notas  
 mill promesas ignotas  
 al triste corazón que sufre ó sueña;

todo elevaba mi ánimo intranquillo  
 á más sereno asilo;  
 religión, arte, soledad, misterio....  
 todo en el templo secular hacía  
 vibrar el alma mía,  
 como vibran las cuerdas de un salterio.

Y á esta voz interior que solo entiende  
 quien crédulo se enciende  
 en fervoroso y celestial cariño,  
 envuelta en sus flotantes vestiduras  
 voleba á las alturas  
 virgen sin mancha, mi oración de niño.

Su ráuda, viva y luminosa huella  
 como fugaz centella  
 traspasaba el espacio, y ante el puro  
 resplandor de sus alas de querube,  
 rasgábase la nube  
 que me ocultaba el inmortal seguro.

¡Oh anhelo de esta vida transitoria!  
 ¡Oh perdurable glorial  
 ¡Oh sed inextinguible del deseo!  
 ¡Oh cielo, que antes para mí tenías  
 fulgores y armonías,  
 y hoy tan oscuro y desolado veol

Ya no templas, mis íntimos pesares,  
 ya al pié de tus altares  
 como en mis años de candor no acudo.

Para llegar á tí perdí el camino,  
 y errante peregrino  
 entre tinieblas desespero y dudo.

Voy espantado sin saber por dónde;  
 grito, y nadie responde  
 á mi angustiada voz; alzo los ojos  
 y á penetrar la lobreguez no alcanzo;  
 medrosamente avanzo,  
 y me hieren el alma los abrojos.

Hijo del siglo, en vano me resisto  
 á su impiedad ¡oh Cristo!  
 Su grandeza satánica me oprime  
 Siglo de maravilla y do asombros,  
 levante sobre escombros  
 un Dios in esperanza, un Dios que gime

y ese Dios no eres tú! No tu serena  
 faz, de consuelos llena,  
 alumbra y guía nuestro incierto paso.  
 Es otro Dios incógnito y sombrío  
 su cielo es el Vacío,  
 sacerdote el Error, ley el Acaso.

¡Ay! No recuerda el ánimo suspenso  
 un siglo más inmenso,  
 más rebelde á tu voz, más atrevido;  
 entre nubes de fuego alza su frente.  
 como Luzbel, potente;  
 pero también, como Luzbel, caído.

A medida que marcha y que investiga,  
 es mayor su fatiga,  
 es su noche más honda y más oscura.  
 y pasma, al ver lo que padece y sabe,  
 cómo en su seno cabe  
 tanta grandeza y tanta desventura.

Como la nave sin timón y rota  
 que el ronco mar azota,  
 incendia el rayo y la borrasca mece  
 en piélago ignorado y proceloso,  
 nuestro siglo-coloso  
 con la luz que le abraza, resplandece.

¡Y está la playa mística tan lejos!..  
 á los tristes reflejos  
 del sol poniente se colora y brilla.  
 El huracán arrecia, el bajel arde,  
 y es tarde, es ¡ay! muy tarde  
 para alcanzar la sosegada orilla.

¿Qué es la ciencia sin fe? Corcel sin freno,  
 á todo yugo ajeno,  
 que al impulso del vértigo se entrega,  
 y al través de intrincadas espesuras,  
 desbocado y á oscuras  
 avanza sin cesar y nunca llega.

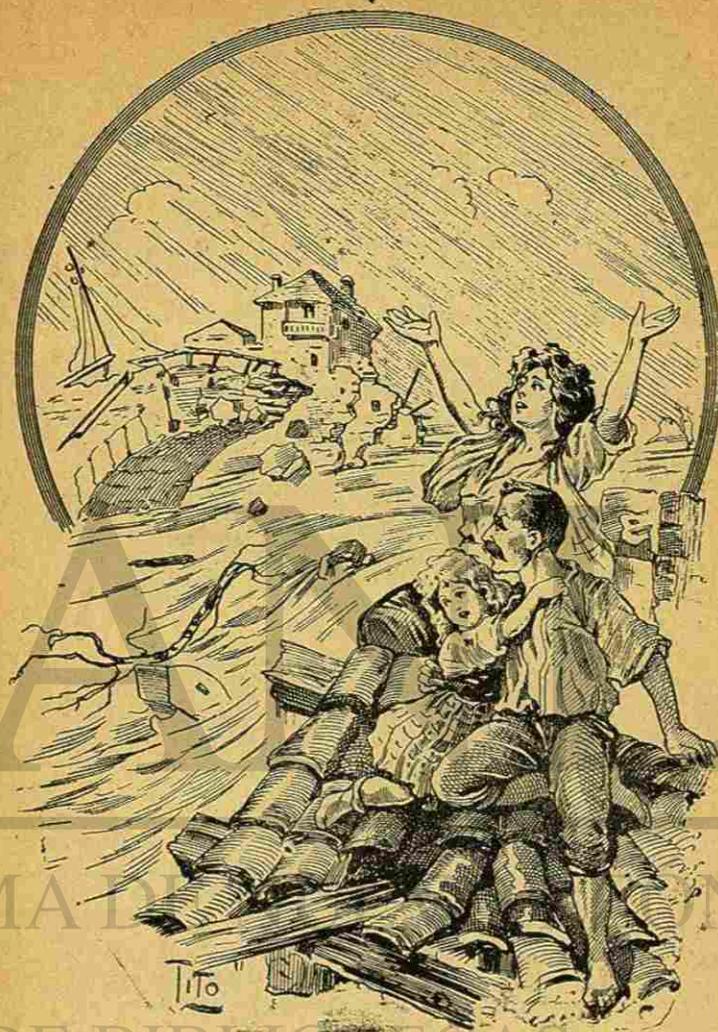
¡Llegar! ¿Adónde?.. El pensamiento humano  
 en vano lucha; en vano  
 su ley oculta y misteriosa infringe.  
 En la lumbre del sol sus alas quema,  
 y no aclara el problema,  
 ni penetra el enigma, de la Esfinge.

¡Sálvanos, Cristo, sálvanos, si es cierto  
 que tu poder no ha muerto!  
 Salva á esta sociedad desventurada,  
 que bajo el peso de su argullo mismo  
 rueda el profundo abismo,  
 acaso más enferma que culpada.

La ciencia audaz, cuando de tí se aleja  
 en nuestras almas deja  
 al germen de recónditos dolores,  
 como al tender el vuelo hácia la altura,  
 deja su larva impura  
 el insecto en el cáliz de las flores.

Si en esta confusión honda y sombría  
 es, Señor, todavía  
 raudal de vida tu palabra santa,  
 dí á nuestra fe desalentada, incierta:  
 — ¡Animate y despierta! —  
 como dijiste á Lázaro: — ¡Levánta! —

30 de Junio de 1874.



Arrolla cuanto encuentra en la llanura  
 con ímpetu feroz la onda revuelta:  
 el puente secular, la torre esbelta  
 el molino, la casa y la espesura.

## LA INUNDACIÓN

ANTES

Todo respira paz: la fértil vega,  
el cielo trasparente, el bosque umbrío  
y el viento que en las márgenes del río  
sus alas bate y con la ramas juega.

Abre sus cáuces el Segura, y riega  
los campos secos por tenaz estío,  
do redoblando su fecundo brío  
el ribereño á su labor se entrega.  
Al través de la copa embalsamada  
de los verdes naranjos, su dichosa  
casa, que dora el sol, cerca divisa.

¡Cuán feliz es! Alegran su jornada  
el dulce canto de la amante esposa  
y de sus hijos la inocente risa.

DESPUES.

¡Ay, todo inspira horror! La noche oscura  
tendió su manto, y en la sombra envuelta  
su audaz corriente alborotada y suelta,  
extiende hasta los montes el Segura.

Arrolla cuanto encuentra en la llanura  
con impetu feroz la onda revuelta:  
el puente secular, la torre esbelta,  
el molino, la casa y la espesura.

Hallando el valle á su soberbia estrecho,  
no respetó el torrente embravecido  
el templo augusto, ni la humilde choza,  
y el labrador, en lágrimas deshecho,  
sin amores, sin hijos y sin nido,  
sobre las ruinas de su hogar solloza.

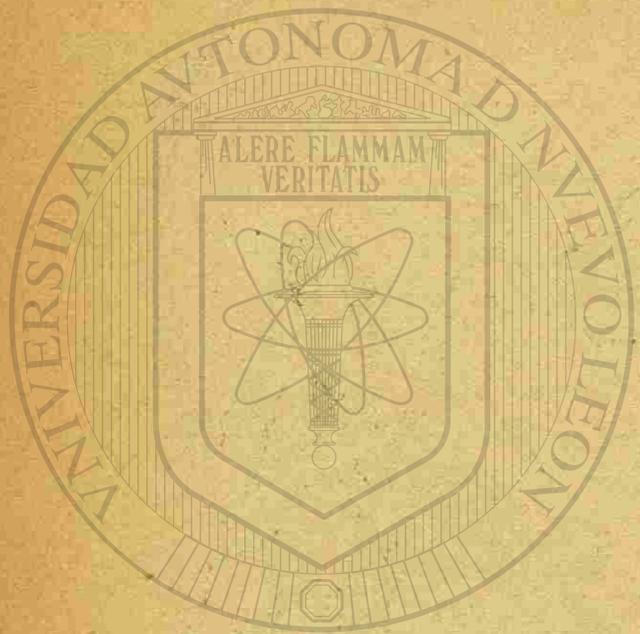
5 de Noviembre de 1879.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Lado 1495 MONTEPERI 1879

32212



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## À LA PATRIA

HIMNO CON MOTIVO DE LA PAZ.

Dorando la alta cumbre  
la ansiada aurora llega.  
y ante la viva lumbre  
que el ancho espacio anega  
cobarde se repliega  
la densa oscuridad.

Ya baña el horizonte  
la luz que Dios envía:  
ya mar, y valle, y monte  
colora el nuevo día.  
Ya todo es alegría.  
¡Poetas despertad!

La paz tiende su manto  
desde el Pirene á Gades;  
alza el himno santo  
en campos y en ciudades,  
y admire á las edades  
vuestro inmortal clamor.

Ascienda en ráudo vuelo  
la voz de la alabanza  
como cóndor que al cielo  
intrépido se lanza  
Cantad á la esperanza:  
yo cantaré al dolor.

No es que al deber ajeno  
desdeñe la ventura  
que de tu herido seno  
las penas templa y cura.  
Alma tan seca y dura  
no alienta ¡oh Patria! en mí.

Acaso al ver hollada  
tu majestad suprema,  
¿no fué mi lira espada?  
mi voz ¿no fué anatema?  
Aún mis mejillas quema  
llanto que vertí.

¿Soy el poeta, acaso,  
de las felices horas,  
que calla en el ocaso  
y canta en las auroras?  
¿No estalla, cuando lloras,  
mi ardiente indignación?

Pero hoy que conseguiste  
cobrar al bien perdido,  
y espléndida, aunque triste,  
la paz ha renacido,  
canto al dolor, que ha sido  
tu santa redención.

Enigma de la Historia  
y escándalo del mundo,  
de tu pasada gloria  
so el árbol infecundo,  
yacías en profundo  
letargo secular.

Del fanatismo esclava,  
en noche eterna y fría,  
tan sólo iluminaba  
tu misera agonía,  
la lámpara que ardía  
delante del altar.

Perdida en tu camino  
y á oscuras tu conciencia,  
el arte sin destino,  
sin libertad la ciencia,  
tu antigua omnipotencia  
no renació jamás.

Pirámide ostentosa  
alzada en el desierto,  
do incógnita reposa  
la vanidad de un muerto,  
¡oh patria! tu famosa  
grandeza era no más.

Llamando con su espada  
de súbito á tu puerta,  
gritó la inesperada  
catástrofe: — ¡Despierta! —  
y al águila su abierta  
garra en tu pecho hincó.

¡Oh asombro! Bajo el fiero  
dolor de la ancha herida  
tus músculos de acero  
cobraron nueva vida:  
rugista enfurecida,  
y el águila tembló.

Perdona si la austera  
verdad acato y digo:  
dolor que regenera  
es premio y no castigo.  
Confieso que contigo  
inexorable fué.

Cuando te vió á la falda  
del monte, soñolienta,  
tendió sobre tu espalda  
su azote y la tormenta:  
te exasperó la afrenta,  
y te pusiste en pié.

Ardieron tus hogares,  
y con mortal quebranto  
corrió la sangre á mares  
mezclada con tu llanto.  
¡Cuánto sufriste, y cuánto  
duró tu adversidad!

Pero pasó el torrente,  
el sol doró tus ruinas,  
y excelsa, refulgente,  
aunque ciñendo espinas,  
apareció en Oriente  
tu augusta libertad.

¡Ah! Desde entonces luchas  
con la traidora hiena,  
y su rugido escuchas  
impávida y serena.  
Tres veces en la arena  
domaste su furor.

Cuando tus ansias cesen,  
y en tiempos más felices  
honrados hijos besen  
tus santas cicatrices,  
verás como bendices  
los frutos del dolor.

El con potente mano  
labra, organiza y crea  
cuando en el yunque humano  
con hondo afán golpea  
para forjar la idea  
que es vida, es verbo, es luz.

Los que dichosos duermen  
no sueñan con el cielo:  
siempre el dolor fué germen  
de algún gigante anhelo,  
y Dios, bajando al suelo,  
lo consagró en la cruz.

18 de Marzo de 1876.

## ELEGÍA

Á LA MEMORIA DEL INSIGNE HISTORIADOR

Y POETA PORTUGUÉS

ALEJANDRO HERCULANO.

Si es cierto que la pena compartida  
llega á calmarse, porque el llanto ajeno  
es para el triste bálsamo de vida;

si es verdad ¡ay! que el afligido seno,  
cuando piedad encuentra y blando abrigo,  
más reposado late y más sereno;

permite ¡oh Portugal! que un pueblo amigo  
ante la humilde tumba de Herculano,  
mostrándote su amor, lllore contigo.

¡Ya no existe el poeta! Pero en vano  
querrá la muerte oscurecer la gloria  
del más insigne genio lusitano.

Él con su ciencia engrandeció la Historia,  
él exaltó la santa poesía,  
y él impondrá á los siglos su memoria.

Cantor de vigorosa fantasía,  
pulsó inspirado el *Arpa del Creyente*  
y amó la libertad. ¡Quién no ama el día!

¡Oh asombro! Bajo el fiero  
dolor de la ancha herida  
tus músculos de acero  
cobraron nueva vida:  
rugista enfurecida,  
y el águila tembló.

Perdona si la austera  
verdad acato y digo:  
dolor que regenera  
es premio y no castigo.  
Confieso que contigo  
inexorable fué.

Cuando te vió á la falda  
del monte, soñolienta,  
tendió sobre tu espalda  
su azote y la tormenta:  
te exasperó la afrenta,  
y te pusiste en pié.

Ardieron tus hogares,  
y con mortal quebranto  
corrió la sangre á mares  
mezclada con tu llanto.  
¡Cuánto sufriste, y cuánto  
duró tu adversidad!

Pero pasó el torrente,  
el sol doró tus ruinas,  
y excelsa, refulgente,  
aunque ciñendo espinas,  
apareció en Oriente  
tu augusta libertad.

¡Ah! Desde entonces luchas  
con la traidora hiena,  
y su rugido escuchas  
impávida y serena.  
Tres veces en la arena  
domaste su furor.

Cuando tus ansias cesen,  
y en tiempos más felices  
honrados hijos besen  
tus santas cicatrices,  
verás como bendices  
los frutos del dolor.

El con potente mano  
labra, organiza y crea  
cuando en el yunque humano  
con hondo afán golpea  
para forjar la idea  
que es vida, es verbo, es luz.

Los que dichosos duermen  
no sueñan con el cielo:  
siempre el dolor fué germen  
de algún gigante anhelo,  
y Dios, bajando al suelo,  
lo consagró en la cruz.

18 de Marzo de 1876.

## ELEGÍA

Á LA MEMORIA DEL INSIGNE HISTORIADOR

Y POETA PORTUGUÉS

ALEJANDRO HERCULANO.

Si es cierto que la pena compartida  
llega á calmarse, porque el llanto ajeno  
es para el triste bálsamo de vida;

si es verdad ¡ay! que el afligido seno,  
cuando piedad encuentra y blando abrigo,  
más reposado late y más sereno;

permite ¡oh Portugal! que un pueblo amigo  
ante la humilde tumba de Herculano,  
mostrándote su amor, lllore contigo.

¡Ya no existe el poeta! Pero en vano  
querrá la muerte oscurecer la gloria  
del más insigne genio lusitano.

Él con su ciencia engrandeció la Historia,  
él exaltó la santa poesía,  
y él impondrá á los siglos su memoria.

Cantor de vigorosa fantasía,  
pulsó inspirado el *Arpa del Creyente*  
y amó la libertad. ¡Quién no ama el día!

No dobló al yugo del temor su frente,  
ni la lisonja vil manchó su labio,  
ni abatió al débil, ni ensalzó el potente.

De la austera verdad en desagravio,  
se opuso á la invasión de la mentira  
con fe de artista y convicción de sabio.

Enérgico y tenaz, pero sin ira,  
combatió en pró de su fecunda idea  
con la voz, con la espada y con la lira.

Harto ya de luchar, buseó en la aldea  
la dulce calma, el apacible encanto  
que perdió en el fragor de la pelea,

y hoy en rústico y pobre camposanto  
sus restos guarda honrada sepultura,  
que el pueblo portugués riega con llanto.

¡Feliz el alma que al romper su oscura  
cárcel, de eterno lauro coronada,  
vuelve al seno de Dios intacta y pura!

Ejemplo sea á nuestra Edad menguada,  
en que más de un ingenio peregrino  
en el fango del mundo se degrada,

y contrariando su inmortal destino,  
como ramera sin pudor, ofrece  
al éxito brutal su estro divino.

¡Ah! grande podrá ser, más no merece.  
loa ni encomio el pensamiento humano  
que se humilla, y se arrastra, y se envilece,

¿Quién el águila audaz, que el soberano  
vuelo remonta, comparar podría  
con el reptil inmundado del pantano?

¡Oh religión del arte! ¡Oh Poesía!  
¡Comunión de las almas cuando llevas  
la paz, el bien y la razón por guía!

¡Cuando contra la infamia te sublevas,  
y con no usada majestad, el vuelo  
hasta el principio de la luz elevas!

Pliega tus alas en señal de duelo,  
y ante esa pobre tumba deposita  
tu más preciada flor: ¡la fe en el cielo!

Rinde esa flor, que nunca se marchita,  
¡ay: á quien solo, sí, mas no olvidado,  
duerme á la sombra de la cruz bendita.

A quien fué por tu númen exaltado,  
de rica inspiración raudal fecundo  
y tu apóstol al par que tu soldado.

Rompe el silencio lóbrego y profundo  
que cubre el polvo desligado y frío  
del que llevaba en su cerebro un mundo.

¡Ay! ya ese mundo estéril y sombrío  
no animarán los sueños de la vida:  
¡ya no le animarán! ¡Está vacío!

Mas bastan á su fama esclarecida  
las altas creaciones del poeta,  
do su gran alma nos dejó esculpida.

¡Cuán bien nos pinta la inquietud secreta  
del sacerdote que consigo mismo  
combate sin cesar como un atleta! (1)

¡que ama y lucha á la vez con heroísmo,  
y ve rodar sin gloria ni esperanza  
su patria y su virtud hácia el abismo!

Cuando esparciendo el odio y la matanza,  
la morisma feroz salva el Estrecho  
y cual torrente incontrastable avanza

ante el imperio gótico deshecho.  
la pasión insensata que le oprime,  
con sacrilegio ardor le abrasa el pecho.

Y llora, y tiembla, y se retuerce, y gime,  
y sólo á cos'a de la inútil vida,  
de sus perpetuos votos se redime.

¡Cayó en el campo del honor! La herida  
anticipó su fin; pera él levaba  
la muerte en sus etrañas escondida,

(1) La novela *Eurico el Prebistero*.

¡Ay! ¿En qué corazón, rugiente y brava,  
no estalla, en horas de incurable duelo,  
la rebelión de la materia esclava?

¿A quién, alguna vez, con hondo anhelo  
la sed de lo imposible no le acesa?  
¿Quién no ha soñado en escalar el cielo?

Surge después la imagen luminosa  
del arquitecto Alfonso, que en su extrema  
y ciega ancianidad, aún no reposa. (1)

Le designó la voluntad suprema  
para labrar maravilloso templo,  
y es forzoso que acabe su poema.

De su viril constancia ante el ejemplo,  
¡con cuánta angustia, de la Edad presente,  
la vergonzosa indecisión contemplo!

Incrédula, dudosa, indiferente,  
lidia sin fe, sin convicción se agita,  
y no acierto á explicarse lo que siente.

Ya con sordo fragor se precipita,  
como el alud del monte, ya asustada  
los hierros del esclavo solicita.

Signe rebelbe ó sierva su jornada,  
y más que al ruego, al látigo obedece  
¡ay! cuando nó vencida, fatigada.

Ante esa sociedad que desfallece,  
del inspirado artista la figura  
¡cuán axcelsa á mis ojos resplandece!

Lleno de genio, edificar procura  
alta y extensa bóveda, que sea  
terror y pasmo de la Edad futura.

Acariciando su arriesgada idea,  
cual padre cariñoso, con tranquila  
majestad se consagra á su tarea.

El pueblo se estremece y horripila  
al comprender su temerario empeño,  
y él mismo alguno vez duda y vacila.

(1) La narración histórica titulada *La Bóveda*.

— ¿No pudiera, en verdad, ser el diseño  
de la atrevida y portentosa nave,  
la irrealizable concepción de un sueño?

¿Acierta? ¿Se equivoca? ¿Quién lo sabe! —  
Todos son juicios, cálculos y asombros.  
Pero él decide, resignado y grave,

enterrar su vergüenza en los escombros,  
y si decreta Dios la infausta ruina,  
recibirla impertérrito en sus hombros.

¡Dichoso ciego á quien la fe ilumina!  
Su ardor redobla en la animosa empresa  
y la admirable fábrica termina.

Derribase, por fin, la selva espesa  
de cimbras y pilares, y el espanto  
es en todos mayor que la sorpresa.

Quedó desierto el templo sacrosanto,  
y el noble viejo en éxtasis divino,  
con sus ojos sin luz, mas no sin llanto,

solo, abstinento, orando de continuo,  
vivió esperando hasta el tercero día  
a catástrofe horrenda que no vino.

Y la imponente nave todavía,  
inmóvil cual granítica montaña,  
el furor de los siglos desafia.

¡Oh anciano ilustre, tu sublime hazaña,  
de la dura labor á que se entrega  
nuestra razón, el simbolismo entraña!

Aunque cansada del trabajo y ciega,  
obediente á las leyes que la rigen,  
sin cesar edifica, y no sosiega.

Dóciles á su voz desde su origen,  
los pueblos con ruidosa incertidumbre  
el monumento de su gloria erigen.

Teme á veces la ignara muchedumbre  
que la nave espaciosa venga al suelo,  
vencida por su inmensa pesadumbre;

más la razón serena y sin recelo  
sabé bien que en sus ejes de diamante  
segura está la bóveda del cielo.

No caerá, no, porque el varón constante  
deseche el miedo, y con afán profundo  
en alas de la ciencia se levante.

¡Ah! si hubiese cedido al infecundo  
pavor que nuestras almas encadena,  
Colón no hubiera descubierto un mundo.

La duda nuestros impetus refrena,  
abre anchuroso cauce al egoísmo,  
y sólo funda en movediza arena.

¡Pero, no es fácil resistir! Yo mismo,  
que deploro su mal, mis horas paso  
incierto entre los cielos y el abismo.

Herido á un tiempo por el brillo escaso  
de un muribundo sol, que lentamente  
va cayendo en las sombra del Ocaso,

y por la tibia aurora que en Oriente  
empieza á despuntar, también vacilo,  
y apenas sé dónde posar mi frente.

¡Ay! ¿Quién puede, con ánimo tranquilo,  
dar la triste y postrera despedida  
al dulce hogar que le sirvió de asilo?

¡Mas basta ya de indecisión! La vida  
se engrandece al calor de otras ideas  
que nos muestran la tierra prometida,

y en ciudades, y en campos, y en aldeas  
resuena el coro universal que canta  
á la naciente luz: — ¡Benedita seas!

Tu fulgor, que los orbes abrillanta,  
sólo á la negra noche, engendradora  
de monstruos y de crímenes, espanta.

¡Quién pudiera á los rayos de esa aurora  
los seres convocar que de Herculano  
forjó la fantasía soñadora!

Pero no abrigo el pensamiento vano  
de animar las figuras colosales  
que con diestro cincel labró su mano.

Las místicas angustias, las mortales  
ánias, los rencorosos extravíos,  
que él presenta patéticos y reales,

rebotarían de los versos míos,  
si en ellos contenerlos intentara,  
cual de sus cánceres los hinchados ríos.

Mas no tan sólo en la región que avara  
las ficciones y fábulas encierra,  
se abrió camino su razón proclara.

Como rayo de sol que se soterra  
por ocultos resquicios, é ilumina  
los reconditos senos de la tierra,

el negro cráter, la profunda mina  
y la gruta de abrojos resguardada  
que conoce no más fiero dañina,

así del vate la sagaz mirada  
penetró, fulgurando, en los oscuros  
y hondos abismos de la Edad pasada.

Y descifrando en los ciclópeos muros  
de tan lóbregos antros, los inciertos  
signos para allegar datos seguros,

buscaba en los sepulcros entreabiertos  
de los tiempos antiguos, la memoria  
casi perdida de los siglos muertos.

Si cuando, atormentado por la gloria,  
con animoso espíritu escribía  
del pueblo portugués la épica historia,

la fanática y torpe hipocrésia,  
medrosa de la luz, no hubiese roto  
su plume de oro, en que irradiaba el día;

si en medio del frenético alboroto  
de envidiosas calumnias, él no hubiera  
hecho de enmudecer solemne voto;

el monumento que con fe sincera  
quiso alzar á la patria su erudito  
y vasto ingenio, perdurable fuera.

Fuera como esas moles de granito  
en que pueblos gigantes que no existen,  
sus ya ignorados fastos han escrito.

¿Dó sus glosias están? ¿En qué consisten?  
¿Qué resta de ellos en el mundo? Nada:  
las pirámides sólo, que aún resisten.

Esa Histoira, entre tantas celebrada,  
del egregio Herculano obra maestra,  
¡ay! quedará por siempre inacabada.

Pero tan raras perfecciones muestra,  
que es, y será en los siglos venideros,  
gloria de Portugal... ¡y también nuestra!

¿Por ventura los débiles linderos  
que la discordia entre nosotros puso,  
han roto nuestros vínculos primeros?

Hermanos son el español y el luso,  
un mismo origen su destino enlaza,  
y Dios la misma cuna les dispuso.

Mas aunque fuesen de enemiga raza,  
la generosa tierra en que han crecido  
con maternal orgullo los abraza.

¿A quién importa el rumbo que han seguido?  
Dos águilas serán de opuesta zona,  
que en el mismo peñón hacen su nido.

Ese sol que les sirve de corona,  
con torrentes de luz sus campos baña.  
y sus frutos idénticos sazona.

Juntos pueblan los términos de España,  
y parten ambos con igual derecho  
el mar, el río, el llano y la montaña.

Quando algun invasor, hallando estrecho  
el mundo á su ambición, con ellos cierra,  
la misma espada les traspasa el pecho.

El mismo hogar defienden en la guerra,  
el mismo sentimiento los inspira,  
cúbrellos al morir la misma tierra,

y tan unidos la razón los mira,  
como los fuertes dedos de una mano  
y las cuerdas vibrantes de una lira.

¡Ay! cuando luchan con rencor tirano,  
pregunta Dios al vencedor impio:  
— ¡Caín, Caín, qué hiciste de tu hermano!

Juntos mostraron su indomable brío  
en lid reñida, infaticable y fiera,  
contra un poder despótico y sombrío.

Y juntos alzáran, cuando Dios quiera  
poner fin á su mútua desventura,  
una patria, una ley y una bandera.

Por eso ante la humilde sepultura  
que guarda al más insigne de tus hijos,  
España ¡oh Portugal! su llanto apura,

y en tí sus nobles pensamientos fijos,  
acude ansiosa á consolar tus penas;  
pero no á compartir tus regocijos.

Podrá el recelo ruin, si no le enfrenas,  
hacer que el odio entre nosotros cunda,  
y no luzcan jamás horas serenas;

podrá impedir nuestra unidad fecunda;  
mas no evitar que de mi patria el llanto  
con el que tú derrames se confunda.  
¡No lo conseguirá! ¡No puede tanto!

Diciembre de 1877.

## AL DOLOR.

## I.

Tú nos recoges al nacer, y en vano  
 es luchar contra ti. Nunca vencido,  
 la vida universal siempre ha gemido  
 sujeta al férreo yugo de tu mano.  
 ¡Ayl si en la inmensidad tu soberano  
 poder, sobreponiéndose al olvido,  
 el llanto condensase que ha vertido  
 desde su origen el linaje humano;  
 si la lóbrega nube reventara  
 y bajo su espantosa pesadumbre  
 en lluvia torrencial se desatara,  
 tocando el mundo en su postrero día,  
 el diluvio de lágrimas, la cumbre  
 de los más altos montes, cubriría.

## II.

¿Quién escapa de tí? ¿Quién tu castigo  
 evita? ¿Quién se esconde á tu mirada?  
 Desde que el hombre emprende su jornada  
 de la cuna al sepulcro, va contigo.  
 Mas no con torpe lengua te maldigo  
 ¡oh Dolor! cuya fuerza incontrastada,  
 como Dios sacó un mundo de la nada,  
 sacas del mal la luz que adoro y sigo.  
 Fuerte artista que labras tu escultura,  
 el bloque humano sin piedad golpeas  
 y el bien arrancas de su entraña dura.  
 Chispas de tu cincel son las ideas  
 con que iluminas nuestras noche oscura  
 cuando tus obras inmortales creas.



## PARTE SEGUNDA:

## POEMAS

RAIMUNDO LULIO

A UN AMIGO DE LA INFANCIA.

Acoge cariñoso,  
 Como sencilla ofrenda que tributo  
 A nuestro antiguo afecto,  
 Mis pobres cantos de *Raimundo Lulio*.  
 Esta doliente historia  
 Encierra un grave pensamiento, oscuro  
 Quizás, porque mi musa  
 Ni engrandecerle ni aclararlo supo.  
 De la átrevida Ciencia  
 Que huye de Dios, y en su rebelde orgullo  
 Con sus fulgores sólo  
 Quiere llenar los cielos y los mundos;  
 De esa Ciencia á que rinde  
 La vanidad del hombre ciego culto,  
 Y que persigue siempre  
 Con sacrilego afán y ardor impuro;  
 Por quien, obedeciendo  
 De su apetito al indomable impulso,  
 Mancha las sacras aras,  
 Y á Dios disputa su poder augusto:

## AL DOLOR.

## I.

Tú nos recoges al nacer, y en vano  
 es luchar contra ti. Nunca vencido,  
 la vida universal siempre ha gemido  
 sujeta al férreo yugo de tu mano.  
 ¡Ayl si en la inmensidad tu soberano  
 poder, sobreponiéndose al olvido,  
 el llanto condensase que ha vertido  
 desde su origen el linaje humano;  
 si la lóbrega nube reventara  
 y bajo su espantosa pesadumbre  
 en lluvia torrencial se desatara,  
 tocando el mundo en su postrero día,  
 el diluvio de lágrimas, la cumbre  
 de los más altos montes, cubriría.

## II.

¿Quién escapa de tí? ¿Quién tu castigo  
 evita? ¿Quién se esconde á tu mirada?  
 Desde que el hombre emprende su jornada  
 de la cuna al sepulcro, va contigo.  
 Mas no con torpe lengua te maldigo  
 ¡oh Dolor! cuya fuerza incontrastada,  
 como Dios sacó un mundo de la nada,  
 sacas del mal la luz que adoro y sigo.  
 Fuerte artista que labras tu escultura,  
 el bloque humano sin piedad golpeas  
 y el bien arrancas de su entraña dura.  
 Chispas de tu cincel son las ideas  
 con que iluminas nuestras noche oscura  
 cuando tus obras inmortales creas.



## PARTE SEGUNDA:

## POEMAS

RAIMUNDO LULIO

A UN AMIGO DE LA INFANCIA.

Acoge cariñoso,  
 Como sencilla ofrenda que tributo  
 A nuestro antiguo afecto,  
 Mis pobres cantos de *Raimundo Lulio*.  
 Esta doliente historia  
 Encierra un grave pensamiento, oscuro  
 Quizás, porque mi musa  
 Ni engrandecerle ni aclararlo supo.  
 De la átrevida Ciencia  
 Que huye de Dios, y en su rebelde orgullo  
 Con sus fulgores sólo  
 Quiere llenar los cielos y los mundos;  
 De esa Ciencia á que rinde  
 La vanidad del hombre ciego culto,  
 Y que persigue siempre  
 Con sacrilego afán y ardor impuro;  
 Por quien, obedeciendo  
 De su apetito al indomable impulso,  
 Mancha las sacras aras,  
 Y á Dios disputa su poder augusto:

En Blanca, en esa hermosa  
 Blanca, sueño y delirio de Raimundo  
 El símbolo terrible,  
 El triste emblema presentar procuro.  
 ¡Ay! cuando devorado  
 Por insaciable sed, loco y convulso  
 Piensa alcanzar el hombre  
 De su soberbia el anhelado fruto,  
 ¿Qué encuentra? Eterna duda,  
 Eterno hastío entre el placer oculto,  
 Y bajo regias galas  
 La horrible podredumbre del sepulcro.  
 Mas no porque condene  
 Esos, que errores de la Ciencia juzgo,  
 Para extirparlos pido  
 El auxilio sangriento del verdugo.  
 Impuestas por la fuerza,  
 O por la vil superstición del vulgo,  
 Odiosas me serían  
 La verdad y la fe que ansioso busco.  
 Hijo soy de mi siglo,  
 Y no puedo olvidar que por el triunfo  
 De la conciencia humana,  
 Desde mis años juveniles lucho.  
 Por bárbaro rechazo  
 De la brutal intolerancia el yugo,  
 Y quiero en campo abierto  
 Librementemente lidiar con el absurdo.

## CANTO I.

## PROFANACIÓN.

Como el radiante sol cuando declina,  
 La vida con sus últimos reflejos  
 Nuestros yertos recuerdos ilumina,

Y vemos todos, al llegar á viejos,  
 El muerto bien que la memoria guarda  
 Más rico de color cuanto más lejos.

Hoy que la edad me postra y acobarda,  
 Mi pasada ilusión cruza furtiva,  
 A través de los años más gallarda.

¡Oh visión misteriosa y fugitiva  
 Que remontaste apresurada el vuelo  
 Al centro de la luz eterna y viva!

¡Oh Blanca mía! ¡oh Blanca de Castelo  
 A mis ojos tan casta y luminosa  
 Como las mismas vírgenes del cielo!

Resplandecían en tu faz hermosa  
 El ampo de la nieve immaculada  
 Y el matiz perfumado de la rosa.

Y era tanto el poder de tu mirada,  
 Tan intensa su luz, que sus destellos  
 Penetraron en mí como una espada.

Coronaban tu frente los cabellos  
 Como rayos de sol entretejidos,  
 Para que el alma se prendiera en ellos

Y estaban mis potencias y sentidos  
 Suspensos del aliento de tu boca,  
 Tierno regazo de ósculos dormidos.

Te vi y te amé con la pasión más loca  
 Que puede contener el alma humana  
 Cuando en la altura de sus sueños toca.

¡Cuántas veces al pie de tu ventana,  
 Siempre cerrada para mí, llorando  
 Me sorprendió la luz de la mañana!

Jamás tu acento melodioso y blando  
 Dió forma á una promesa lisonjera,  
 Y entre el cariño y el temor luchando,

A un tiempo mismo generosa y fiera,  
 Parecían decir á mi deseo  
 Tus ojos: ¡Nunca! — y tu silencio: ¡Espera!

¡Ay, qué terrible incertidumbre! Creo  
 Que es menor la ansiedad, menor la duda  
 Con que el fallo mortal aguarda el reo.

Mas siempre, siempre en la contienda ruda  
 De mi invencible amor, sombra querida,  
 Te hallé á mi ruego impenetrable y muda.

¡Qué miserable vida fué mi vida!  
 Brotaban los sollozos de mi pecho  
 Como estalla la llama comprimida.

Y de noche, agitándome en el lecho,  
De día, persiguiéndote incesante  
Con la torpe insistencia del despecho,

Cuanto menos querido, más amante,  
Miraba trascurrir, ardiendo en ira,  
Como un siglo de angustias cada instante.

¡Qué solitario y tétrico supira  
El corazón que osado se levanta  
Y en su delirio á lo imposible aspiral

La esperanza del hombre es arpa santa:  
Pulsa la fe sus cuerdas, y sublime  
En medio del dolor, preludia y canta.

Mas si con mano bárbara le oprime  
El vil recelo, estéril y cobarbe,  
En medio del placer, se rompe y gime

Haciendo de mi amor público alarde,  
Por las calles de Palma te seguía  
Una tarde de Abril. ¡Qué hermosa tarde!

El sol su excelsa majestad hundía  
En el seno del mar, con sus fulgores  
Arrebolando el término del día,

Y llenaban el aire esos rumores  
Que despiertan, abriendo su capullo  
A los besos nel céfiro, las flores.

De las palomas el sentido arrullo,  
El sonoro bullir de las corrientes,  
Del viento y de las hojas el murmullo,

Todo inspiraba al corazón ardientes  
Y tenaces deseos; todo amaba,  
Auras y flores, pájaros y fuentes.

En árabe coreel, que levantaba  
Nubes de polvo al estampar su huella,  
Y el duro freno indómito tascaba,

En pos de tí, que pudorosa y bella.  
Recatabas la faz, con paso lento  
Iba yo á impulsos de mi negra estrella.

Súbito, arrebatado pensamiento  
Turbó mi juicio, y removió las heces  
De mi amargo pesar y mi tormento.

Recordé con furor tus esquivaces,  
Sentí en el corazón la mordedura  
De la sospecha ruin, una y mil veces,

Y descompuesto, ciego en mi locura,  
Al inquieto coreel piqué la espuela  
Para alcanzar por fuerza mi ventura.

Tú, como el ave que azorada vuela  
Lanzaste un grito de terror, el grito  
de la honrada virtud que se rebela.

Sin duda el hondo torcedor maldito  
Que excitaba mi afán y mis enojos  
Debiste ver en mi semblante escrito,

Porque cayendo atónita de hinojos,  
Rígida y sin color como una muerta  
Volviste á mí los epantados ojos.

La calle estaba, por tu mal, desierta,  
Y ya creía en mi febril anhelo  
El triunfo fácil y la dicha cierta,

Quando de pronto, alzándote del suelo,  
Hacia una iglesia gótica cercana  
Avanzaste veloz, clamando al cielo.

Muda de asombro y confusión la anciana  
Que te seguía, penetró contigo.  
En la augusta basilica cristiana,

Y yo ¡insensato! — con horror lo digo —  
Provocando de Dios el justo fallo  
Al bruto indócil apliqué el castigo;

Hizo sonar su endurecido callo  
En las losas del atrio, y de repente  
Dentro del templo me encontré á caballo.

Lo que entonces pasó, no habrá quien cuente:  
Sé que al verme llegar pálido y fiero  
Corrió sordo rumor entre la gente;

Que trastornado yo, pero altanero,  
En torno las miradas revolvía,  
Acariciando el puño de mi acero,

Y que con pompa abrumadora y fría  
Un helado cadáver en la cumbre  
Del enlutado túmulo yacía.

De los blandones la rojiza lumbre  
Reverberando en los bordados de oro;  
El pasmo de la absorta muchedumbre;

De la terrible música el sonoro  
Raudal, que con los rezos confundido,  
Inundaba la nave desde el coro;

El ronco *Miserere*, ese gemido  
De nuestra vanidad, que brilla apenas  
Para perderse en el eterno olvido;

Todo, mezclado con mis propias penas  
Condenaba mi intento temerario  
Y el calor apagaba de mis venas.

Me pareció que de su oscuro osario  
Alzábanse los muertos con estruendo,  
Envueltos en fúnebre sudario.

Helóseme la sangre, y revolviendo  
con impetu el raudal, gané la puerta,  
De mi conciencia amedrentada huyendo,  
Lívido el rostro y la mirada incierta.

## CANTO II.

## INSOMNIO.

Mi caballo, sintiendo el acicate  
Y no la brida, abandonada y suelta,  
Salió escapado con furioso embate

La atropellada multitud, envuelta  
En el espeso polvo del camino,  
Me apostrofaba enérgica y resuelta.

Pero yo, como el raudal torbellino  
Que á través de los bosques se abre paso,  
Avanzaba frénético y sin tino.

Falto de aliento, de vigor escaso,  
Iba como la seca y móvil hoja  
Al impulso del viento y del acaso.

Poco á poco el temor y la congoia  
Fueron cediendo; recobre el estribo,  
Con mano firme aseguré la floja.

Y descuidada rienda, erguime altivo,  
Y lentamente hácia el paterno techo  
Retrocedí causado y pensativo.

Arrojéme sin fuerzas en el lecho,  
Y con furor reconcentrado y rudo  
Herí mi frente, desgarré mi pecho.

Como si atara mi garganta un nudo  
Pugnaba por gritar y no podía,  
Porque el dolor que se desborda es mudo.

¡Noche de insomnio, noche de agonía,  
Que vives, ¡ay! en mi memoria impresa  
Con indelebles rasgos todavía!

¡Aún tiemblo de pavor! Al hacer presa  
La calentura en mí, formas extrañas  
Se destacaron de la sombra espesa.

Híbridos monstruos, fieras alimañas,  
Trasgos y espectros espantosos, hijos  
Del fuego abrasador de mis entrañas

Al par deslumbradores y prolijos  
Revolaban en torno de mi frente,  
Con sus ojos de luz, siempre en mi hijos.

Y en el círculo tú resplandeciente  
Como la estrella matutina, muda  
Como el pudor, como el amor ardiente,

Mostrándote á mi afán, medio desnuda  
Confuso el rostro, palpitante el seno  
Cual la virtud que desfallece y duda,

Con blando halago, de promesas lleno,  
Como nunca gozaron los mortales,  
Soltabas, ¡ay! á mi pasión el freno.

Yo, rompiendo los diáfanos cendales  
Que te envolvían, con hambrientos ojos,  
Devoraba tus formas virginales,

Y esclavo de mis lúbricos antojos,  
Vencido por el lánguido embeleso  
De tu húmeda pupila y labios rojos,

De mi amante ilusión en el exceso,  
Extático y dichoso hubiera dado  
Mi eternidad de gloria por un beso.

¡Por un beso no más! Desesperado,  
Atropellando la medrosa hueste  
De monstruos que giraban á mi lado,

Quise alcanzarte, aparición celeste,  
Y las manos tendí con desvarío  
Para rasgar tu inmaculada veste;

Pero hallé un esqueleto hórrido y frío  
Que al deshacerse en mis convulsos brazos  
Exclamaba llorando: ¡Ay, amor mío!

Y bajo la opresión de estos abrazos  
De muerte, de estos punzadores goces,  
Mi corazón saltaba hecho pedazos.

Y otra vez, dando incomprensibles voces,  
Volvían los abortos del mareo  
A perseguirme airados y veloces.

Y otra vez, ofreciéndote en trofeo  
A mi imposible amor, te descubría  
Más cerca y más radiante mi deseo...

¿Cuánto duró la fiebre? No sabría  
Decirlo: sé que sonrosada y bella  
Calmó mi ardor la claridad del día.

¡Ay! á juzgar por la profunda huella  
Que el dolor dejó en mí, duró las horas  
De mi edad juvenil la noche aquella

Huyeron las visiones tentadoras  
A la naciente luz, con mauso ruido  
Batió el sueño sus alas bienhechoras;

Y como el gladiador, que ya rendido,  
El prostrar golpe resignado espera,  
Cerré los ojos y perdí el sentido.

Ya el sol en la mitad de su carrera,  
Desparramaba sobre el ancho mundo  
Su fúlgida y dorada cabellera,

Cuando saliendo yo de mi profundo  
Letargo, alcéme triste y macilento  
Como vuelve á la vida el moribundo.

En medio de mi vago aturdimiento,  
Recordé tus ofensas, tan contrito  
Como espantado de mi loco intento,

Y buscando el perdón de mi delito  
Estos versos tracé, que de buen grado  
Hubiera con mis lágrimas escrito:

« ¡Oh Blanco! Cierto que la culpa mía  
Es grande: ni la oculto ni la niego.  
Pero vencido por mi humilde ruego  
Dios al mismo Luzbel perdonaría.

Injusta pena per demás sería  
La que impusieses, cuando ve el más ciego  
Que aviva tu desdén mi amante fuego  
Y es causa tu rigor de mi porfía.

¡Oh mi vida! ¡Oh mi luz! ¡Oh mi esperanza!  
Ahógame entre tus brazos, si á moverte  
Mi fervorosa súplica no alcanza

Que yo al morir bendeciré mi suerte,  
Pues será compasión y no venganza  
Darme en tu seno cándido la muerte ».

Berenguer de Pedralves, mi criado,  
Animoso y resuelto, halló camino  
De entrar en tu mansión, sin ser notado.

Encomendé mi carta á su buen tino,  
Y tal maña se dió, que en plazo breve,  
Con la respuesta inesperada vino.

Quien sienta y sufra como yo, quien pruebo  
La esquiva condición de un pecho ingrato  
Para el amor de endurecida nieve,

Ese quizás comprenda el arrebató  
Con que tu carta abrí, sin que acertara  
A entender su enigmático relato:

« Misera y desdichada criatura,  
Lamento vuestro error, y le perdono.  
Mas ¿quién me guardará de vuestro encono  
Si en la casa de Dios no estoy segura?

UNIVERSIDAD DE LEÓN  
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
 ALFONSO REYES  
 1977

Nada vale la efímera hermosura  
Con que, sin pretenderlo, os aprisiono.  
Dejad que se marchite en su abandono,  
Y alzad los ojos á mayor altura.

Pero si con mi ruego no os obligo,  
Rompiendo para siempre nuestros lazos,  
A separaros del amor terreno;

Si es para vos piedad y no castigo  
Hallar la muerte en mis crispados brazos,  
*Venid, que acaso dormirá en mi seno ».*

Era la cita misteriosa y rara;  
Mas cuando la pasión nos precipita,  
¿Quién en vanos escrúpulos repara?

— A un tiempo mismo — murmuré — me incita  
Y me desprecia. La razón no acierto;  
Pero ¿qué importa? Acudiré á la cita. —

Y cuando en mi amoroso desconcierto  
Esto decía, lúgubre y lejana  
En los aires vibró, doblando á muerto,  
La penetrante voz de una campana.

## CANTO III.

## LA CITA.

La negra noche su enlutado manto  
Por la serena atmósfera tendía  
Con inefable y misterioso encanto.

¡Cuánta tristeza y cuánta poesía  
En el herido corazón despierta  
Ese adiós melancólico del día!

La luz crepuscular pálida y yerta  
Que pasa, se amortigua y desvanece  
Como recuerdo de esperanza muerta;

La muda sombra que impalpable crece.  
Y á semejanza del dolor humano  
Todo lo apaga y todo lo oscurece;

Aquel silencio, de la muerte hermano,  
Que extingue los latidos de la vida  
En la selva, en la cumbre y en el llano:

Aquel suave silencio que convida  
Al sueño; aquella soledad suprema,  
A la paz del sepulcro parecida;

El fulgor de la luna, casto emblema  
De doméstico hogar puro y honrado,  
Que alumbraba y da calor, pero no quema;

El infinito espacio, tachonado  
De innumerables estrellas, que el camino  
Señalan de otra patria al desdichado,

Y son el jeroglífico divino  
Que en la bóveda inmensa Dios imprime  
Para enseñar al hombre su destino:

Todo es en tí patético y sublime,  
¡Oh noche augusta! para el alma inquieta  
Que duda y ama, que medita y gime.

Esperé, pues, con la ansiedad secreta  
Del que sueña en cercanas alegrías,  
A que la lobreguez fuese completa,

Y dando suelta á las pasiones mías  
Perdíme, entonces, de temor ajeno,  
Por calles solitarias y sombrías.

Insensible mi espíritu sereno  
A los siniestros cuentos y consejas  
Que inventa el vulgo, de aprensiones lleno,

Altivo, con la capa hasta las cejas  
Y la mano en el pomo de la espada,  
Palpitando de amor llegué, á tus rejas.

Tú aguardabas allí, triste, callada,  
Inmóvil, como estatua misteriosa  
En su lecho de piedra incorporada;

Y al verme, con palabra recelosa.  
Tenue como el suspiro comprimido  
Que el deshecho corazón rebosa,

— ¡Cuán desgraciada soy! ¡Habeis venido! —  
Dijiste, alzando la mirada al cielo  
Y arrancando del alma hondo gemido.

— ¿Tanto me aborreceis, que os causa duelo  
Mi presencia — exclamé — cuando en el mundo  
Cifro en vos, sólo en vos, todo mi anhelo? —

— Quizás os pese y lo lloreis, Raimundo —  
Respondiste con voz solemne y grave  
Como el último adiós del moribundo.

Llegué á tu puerta, rechinó la llave,  
Abrió y entré. Lo que en aquel momento  
Pasó dentro de mí, nadie lo sabe.

La rápida explosión de mi contento  
Tan ruda fué, que atónito y confuso  
Detuve el paso hasta cobrar aliento.

¡Con qué placer mi corazón iluso  
Vió entonces acortarse la distancia  
Que tu rigor entre nosotros puso!

Sobrecogido penetré en tu estancia  
En aquella mansión tranquila y pura  
Como los castos sueños de la infancia.

De una lámpara de oro la insegura  
Y vacilante luz, con noble empleo  
Alumbraba de lleno tu hermosura.

¡Ay! á despecho de la edad, aún veo  
Tu imagen melancólica y esbelta  
Como jamás la sospeché al deseo.

En niveo traje desceñido, envuelta,  
Por tu gallarda espalda descendía  
La cabellera destrenzada y suelta

Tu mirada, fijándose en la mía,  
Intensa como el rayo y penetrante  
La sangre de mi venas encendía.

Tímida, ruborosa y anhelante,  
Con la impresión de la inquietud y el miedo  
Retratada en tu angélico semblante,

Me viste aparecer, y con el dedo  
Mostrándome un sitio, por vez primera  
Tu labio me llamó, quedo, muy quedo.

Y al pronunciar mi nombre, tu voz era  
Como arrullo de tórtola que anida  
Y al tierno esposo enamorada espera.

De impaciencia y temor el alma henchida  
Obediente moví la débil planta.  
Y á tus piés me postré; luz de mi vida.

A tus piés me postré; pero con tanta  
Agitación, que demudado y frío  
Sentí ahogarse la voz en mi garganta:

Hasta que al fin como el hinchado río  
Que se desborda y precipita ciego,  
Estalló sordamente el amor mio.

Y estalló con sus cláusulas de fuego,  
Con su expresión incoherente y rota  
Por el halago, y la pasión, y el ruego;

Con ese dulce cántico que brota  
Al fecundo calor de una mirada.  
Y lleva una ilusión en cada nota;

Con esa breve frase entrecortada  
Que al morir en los labios, adivina  
El corazón de la mujer amada,

Música de las almas, peregrina,  
Que con suspiros trémulos empieza  
Y con vibrantes ósculos termina.

No sé lo que te dijo mi terneza  
Entonces; sé que al escuchar mi acento  
Doblaste blandamente la cabeza;

Sé que en tu irresistible arrobamiento,  
Más de una vez, á tu pesar, sin duda,  
Se confundió tu aliento con mi aliento;

Sé que en aquella prueba áspera y ruda,  
Tú, en amorosas lides inexperta,  
Debiste al cielo demandar ayuda;

Sé — y al profundizar mi herida abierta  
Aún abundantes lágrimas derramo —  
Que conmovida, fascinada, incierta,

Como pobre avecilla que al reclamo  
Acude presurosa, me dijiste  
En mi brazos cayendo: — ¡Te amo! ¡Te amo! —

¿Qué más pude escuchar? ¿Ni quién resiste  
Al grato influjo de la voz querida,  
A un tiempo mismo apasionada y triste?

Dentro de mí se engrandeció la vida,  
Y ante mis ojos fulgoró cercana  
La dicha ansiada y nunca conseguida.

Y te abracé con fuerza sobrehumana,  
Y mis labios ardientes dejé impresos  
¡Ay! en los tuyos de encendida grana.

Y sentí penetrar aquellos besos  
Que arrebataba á tu inocencia esquiva.  
Cual plomo derretido, hasta mis huesos.

Ya, redoblando mis esfuerzos, iba  
A vencer tu virtud lánguida y yerta  
Cuando de pronto, sacudiendo altiva

La noble frente, de rubor cubierta,  
Me rechazaste pálida y convulsa  
Exclamando: — ¡Jamás! ¡Primero muerta! —

Como es ciego el amor que nos impulsa,  
Tomé por la postrera llamarada  
Del pudor vacilante tu repulsa.

Y te busque otra vez, y acogojada  
Reprimiste otra vez mi atrevimiento,  
Diciéndome con voz ronca y ahogada:

— ¡Soy débil, perdonadme! En vano intento  
Sofocar mi pasión, que ya no puede  
Permanecer oculta. ¡Harto lo siento!

Dios no permite que en la sombra quede  
Comprimido este afán que me consume:  
El alma mía á sus impulsos cede

Y cual la violeta que presume  
De modesta y humilde, aunque se esconda  
Revela dónde está con su perfume,

Es inútil querer que no responda  
Al fuego inextinguible en que me abraso,  
Mi agitación desordenada y honda.

Sabedlo, pues; ¡pero olvidadme! ¿Acaso  
Debo pensar en el amor terreno,  
Yo, moribunda y triste ave de paso?

Esto soy, esto ansiáis, éste es el seno  
Dónde la muerte os pareciera hermosa.  
Ved lo que guarda. ¡Podredumbre y cieno! —

Y con mano alterada y temblorosa  
Descubriste tu pecho, carcomido  
Por repugnante llaga cancerosa.

— ¡Ay! — dijiste cayendo sin sentido  
Al contemplar mi horror: ¿Me amábais tanto  
Que á robarme la vida habeis venido? —

Yo, mudo de estupor, con el espanto  
Pintádose en mi faz desencajada,  
Pudiendo apenas reprimir el llanto,

Vi deshacerse en polvo, en humo, en nada  
Mis ensueños, mi gloria, mi alegría,  
El encanto del alma enamorada.

Y sentí, bajo el golpe que me hería,  
Vacío el corazón, vacío el mundo,  
Hasta la misma inmensidad vacía.

Trastornóse mi vida en un segundo,  
Y como aquel á quien del sueño arranca  
Dolor extraño, insólito, profundo,

Dando á mi exaltación salida franca,  
¡Blanca! — gemí desesperado, al verte  
Caer cual ave herida: — ¡Blanca, Blanca!

¡Oye mi ruego! ¡Unamos nuestra suerte!  
Mas, ay! que sólo al llamamiento mío  
Contestaba el silencio de la muerte.

En mi airado y frenético extravío,  
De Dios y de los hombres olvidado  
Cogí en mis brazos tu cadáver frío,

Le estreché con furor, y arrebatado  
Besé tu boca lívida, aún caliente,  
Como nido recién abandonado.

Y así hubiera seguido eternamente  
Abrazado á tus miseros despojos,  
Ajeno á todo, á todo indiferente,

Helado el corazón, turbios los ojos,  
Si no hubiera sentido de improviso  
Rumor de gente y ruido de cerrojos.

Piadoso el cielo con aquel aviso  
Quizás volverme la razón perdida  
Y poner fin á mis angustias quiso.

Otra vez, en señal de despedida,  
Posé mis labios en tu faz serena,  
Y en aquel beso te dejé mi vida.

Salí. La noche trasparente, llena  
De reposo, insultaba mi tormento  
Y parecía escarnecer mi pena.

Templó mi fiebre abrasadora el viento  
Bullicioso y sutil, y más tranquilo  
Dijo en la soledad mi pensamiento:

— ¡Mundo engañoso, adiós! Rompióse el hilo  
Que me ligaba á tí, y en su regazo  
La religión me prestará un asilo.

Unió la muerte con estrecho lazo  
Nuestras almas ¡oh Blanca de Castelo!  
Mi senda es fatigosa; pero el plazo  
Breve y seguro ¡Espérame en el cielo.

## IDILIO.

## I.

¡Oh recuerdos, y encantos, y alegrías  
De los pasados días!  
¡Oh gratos sueños de color de rosa!  
¡Oh dorada ilusión de alas abiertas,  
Que á la vida despiertas  
En nuestra breve primavera hermosa!

## II.

¡Volved, volved á mí! Tended el vuelo  
Y bajadme del cielo  
La imagen de mi amor, casto y bendito  
Lucid al sol las juveniles galas,  
Y vuestras leves alas  
Refresquen, ay! mi corazón marchito.

## III.

Era á principios del ardiente Julio.  
Harta de Marco Tulio,  
Ovidio y Plato, *Anquises y Medea*,  
Rompiendo su enojosa disciplina,  
La turba estudiantina  
Regresaba con júbilo á su aldea.

## IV.

¡Hace ya tanto tiempo! era yo mozo  
Negro y sedoso bozo  
Mi sonrosado labio sombreaba.  
Emprendí cuando todos mi camino  
Galopando sin tino.  
¡Mi bondadosa madre me esperaba!

## V.

¿Y nadie más? ¡Ay! sí. Mi compañera  
Alegre y hechicera  
En los mejores años de la vida;  
La inseparable amiga de mi infancia,  
Flor de inmortal fragancia  
Que llevo en mis recuerdos escondida.

Otra vez, en señal de despedida,  
Posé mis labios en tu faz serena,  
Y en aquel beso te dejé mi vida.

Salí. La noche trasparente, llena  
De reposo, insultaba mi tormento  
Y parecía escarnecer mi pena.

Templó mi fiebre abrasadora el viento  
Bullicioso y sutil, y más tranquilo  
Dijo en la soledad mi pensamiento:

— ¡Mundo engañoso, adiós! Rompióse el hilo  
Que me ligaba á tí, y en su regazo  
La religión me prestará un asilo.

Unió la muerte con estrecho lazo  
Nuestras almas ¡oh Blanca de Castelo!  
Mi senda es fatigosa; pero el plazo  
Breve y seguro ¡Espérame en el cielo.

## IDILIO.

## I.

¡Oh recuerdos, y encantos, y alegrías  
De los pasados días!  
¡Oh gratos sueños de color de rosa!  
¡Oh dorada ilusión de alas abiertas,  
Que á la vida despiertas  
En nuestra breve primavera hermosa!

## II.

¡Volved, volved á mí! Tended el vuelo  
Y bajadme del cielo  
La imagen de mi amor, casto y bendito  
Lucid al sol las juveniles galas,  
Y vuestras leves alas  
Refresquen, ay! mi corazón marchito.

## III.

Era á principios del ardiente Julio.  
Harta de Marco Tulio,  
Ovidio y Plato, *Anquises y Medea*,  
Rompiendo su enojosa disciplina,  
La turba estudiantina  
Regresaba con júbilo á su aldea.

## IV.

¡Hace ya tanto tiempo! era yo mozo  
Negro y sedoso bozo  
Mi sonrosado labio sombreaba.  
Emprendí cuando todos mi camino  
Galopando sin tino.  
¡Mi bondadosa madre me esperaba!

## V.

¿Y nadie más? ¡Ay! sí. Mi compañera  
Alegre y hechicera  
En los mejores años de la vida;  
La inseparable amiga de mi infancia,  
Flor de inmortal fragancia  
Que llevo en mis recuerdos escondida.

## VI.

Niña de corazón sencillo y puro,  
 En el rincón oscuro  
 De humilde pueblo se crió conmigo.  
 Encontróse al nacer huérfana y sola;  
 Pero mi hogar prestóla  
 Blando regazo y paternal abrigo.

## VII.

No alteró nuestra dicha sombra alguna:  
 En nuestra honrada cuna  
 Nos durmió un mismo beso, un mismo canto.  
 Juntos como dos pájaros crecimos,  
 Y juntos compartimos  
 La pena, el gozo, la inquietud y el llanto.

## VIII.

¡Cuán hondo surco en mi memoria labral  
 La primera palabra  
 Que balbució su labio fué mi nombre.  
 Yo la enseñé con fraternal cariño  
 Las plegarias del niño,  
 Que suele á veces olvidar el hombre.

## IX.

Desde el alba hasta el término del día  
 La gente nos veía  
 Vagar sin rumbo en infantil concierto.  
 Siempre andábamos juntos! Siempre unidos  
 Buscábamos los nidos  
 En los frondosos árboles del huerto.

## X.

¡Cuántas veces con sustos y congojas  
 Entre las verdes hojas  
 Crujir sentíamos la insegura rama,  
 Y antes de aprovecharnos del aviso,  
 Hallámos de improviso  
 Lecho impensado en la mullida grama!

## XI.

¡Cuántas veces corriendo descuidados  
 Por viñas y sembrados  
 Nos postró la fatiga del camino,

Y á la luz del crepúsculo, ya escasa,  
 Volvíamos á casa  
 En el carro de miés de algún vecino!

## XII.

Rápidas al pasar y halagadoras  
 Las no contadas horas  
 Nos hallaban tranquilos y risueños.  
 Hasta cuando la noche negra y fría  
 Piadosa nos rendía,  
 Juntos los dos jugábamos en sueños.

## XIII.

El tiempo deslizóse dulcemente  
 Como mansa corriente  
 Que cruza el hondo valle, limpia y clara.  
 Pero ya tuve edad, y como es uso,  
 Mi buen padre dispuso  
 Que mis graves estudios empezara.

## XIV.

¡Conservaré el recuerdo mientras viva!  
 Sin pena á dejar iba  
 Por vez primera los paternos lares:  
 Mi amante madre preparaba inquieta  
 La estudiantil maleta,  
 Y sin querer llorar, lloraba á mares.

## XV.

Mi padre enternecido, aunque severo,  
 Ensillaba el overo.  
 Que ya esperaba indócil á la puerta.  
 La hermosa niña, casi adolescente,  
 Inclínaba la frente,  
 Callada y sin color como una muerta.

## XVI.

En confusión ruidosa, pero grata,  
 La loca cabalgata  
 De otros muchachos, á buscarme vino.  
 Rayaba apenas la rosada aurora  
 — ¡Vamos, Juan, que ya es hora! —  
 Gritó la turba y prosiguió el camino.

## XVII.

Mi madre entonces con abrazo estrecho  
Me atrajo hácia su pecho,  
Devorándome á besos trastornada.  
Y mi padre decía, ahogado en llanto:  
— ¡Mujer, no es para tanto!  
¡Siempre has de ser así! Lloras por nada. —

## XVIII.

Puse fin á la triste despedida,  
Monté, tendí la brida  
Y seguí en pos del bullicioso bando.  
Aún escuché gritar: — ¡Que escribas, hijo! —  
La niña nada dijo,  
Mas se abrazó á mi madre sollozando.

## XIX.

¡Fué terrible y patético el momento!  
Yo, hasta entonces contento,  
Conmovido lloré, perdí la calma.  
La ansiada libertad me sonreía;  
Pero ¡ay de mí! sentía  
Que en aquel pobre hogar dejaba el alma.

## XX.

Pocos meses después, de amor henchido,  
Tornaba al patrio nido,  
Fija en su santa paz mi única idea.  
¡Oh ventural á los últimos reflejos  
Del sol, y ya no lejos.  
Alcancé á ver la torre de mi aldea.

## XXI.

Doblaba lentamente la campana;  
Ancha franja de grana  
Teñía el cielo de matices rojos;  
Sepultábase el sol en el ocaso...  
¡Ay! yo detuve el paso,  
Y el llanto del placer cegó mis ojos.

## XXII.

No tardé en reponerme, y ya sereno  
Solté á mi potro el freno  
Dejándole correr á su albedrío.

Volaba envuelto en nube polvorosa;  
Pero una voz gozosa  
Me contuvo diciendo: — ¡Ay, hijo mío! —

## XXIII.

Muy cerca del lugar, junto á la ermita  
De la Virgen bendita,  
Que sobre loma desigual descuella,  
Dándole gracias, por mi vuelta, al cielo,  
Con impaciente anhelo  
Me aguardaba mi madre, y también *ella!*

## XXIV.

Quedéme al verla extático y absorto.  
Roto había en tan corto  
Plazo el botón de rosa su clausura,  
Hiriéndome de pronto como un rayo,  
Aquella flor de Mayo  
En todo el esplendor de su hermosura.

## XXV.

Ella estaba encendida, yo confuso.  
Por fin mi madre puso  
Término á mi ansiedad apasionada:  
Observó nuestro tímido embarazo,  
Y con amante abrazo  
Nos oprimió á los dos enajenada.

## XXVI.

En la santa explosión de su alegría  
Sus besos repartía  
Entre nosotros, anhelante y loca;  
Y con afán mi corazón sediento  
Aspiraba el aliento  
De la púdica virgen en su boca.

## XXVII.

Mezquino y débil el lenguaje humano  
Pretendería en vano  
Pintar nuestra emoción intensa y viva  
No es posible decir lo que sentimos;  
Pero al lugar volvimos,  
Yo cabizbajo y ella pensativa.

## XXVIII.

Mas, ¡ay! mi encanto se deshizo en breve.  
 Duró lo que la nieve  
 Que no llega á cuajar en la llanura.  
 ¡Un instante no más! Sólo un instante  
 Animó su semblante  
 Fugitivo destello de ternura.

## XXIX.

No acertaba á explicarme su mudanza:  
 La ingenua confianza  
 De la edad infantil trocó en desvio,  
 Y los alegres juegos que animaron  
 Nuestra niñez, pasaron  
 Como pasan las ondas por un río.

## XXX.

Apuré la amargura hasta las heces:  
 A veces grave, á veces  
 Adusta, y pronta siempre en sus enojos,  
 Me hablaba sin razón con gesto esquivo,  
 Y sin ningún motivo  
 Se llenaban de lágrimas sus ojos.

## XXXI.

Desde el alba hasta el término del día  
 Ya nadie nos veía  
 Vagar sin rumbo en fraternal concierto.  
 Ya no andábamos juntos, ni ya unidos  
 Buscábamos los nidos  
 En los frondosos árboles del huerto.

## XXXII.

Ya no me acompañaba, y yo, alterado,  
 Pasaba por su lado,  
 Tranquilo en la apariencia y satisfecho.  
 Era oponer la indiferencia al dolor;  
 Mas al quedarme solo  
 Se me saltaba el corazón del pecho.

## XXXIII.

Entonces ¡ay de mí! pensando en *ella*  
 Dirigía mi huella  
 Hacia las ruinas del feudal castillo.

Que sobre estéril y ondulada mota  
 Alza su frente rota  
 Sin almenas, sin puente ni rastrillo.

## XXXIV.

Elévase fantástica y disforme  
 Aquella mole enorme  
 Que muestra de los siglos el estrago:  
 Crece en las hendiduras de la piedra  
 La trepadora hiedra  
 Y al pie del muro el triste jaramago.

## XXXV.

Sólo las bulliciosas golondrinas  
 Turban de aquellas ruinas  
 La paz solemne con sesgado vuelo,  
 Y alguna alondra al ascender inquieta,  
 Símbolo del poeta,  
 Que cuando canta se remonta al cielo.

## XXXVI.

En muda calma y soledad medrosa  
 Parece que reposa  
 Aquel gigante por la edad rendido.  
 Hasta un arroyo, que á sus plantas corre  
 Y la vetusta torre  
 Proyecta en su cristal, pasa sin ruido.

## XXXVII.

Para vencer mi insoportable tedio,  
 Y hallar algún remedio  
 A mis ansias prolijas y secretas,  
 Con brazo vigoroso y pié seguro  
 Subía por el muro  
 Buscando apoyo en sus profundas grietas.

## XXXVIII.

Agil, robusto, dueño de mí mismo,  
 A través del abismo,  
 Alzábame hasta el fin, no sin trabajo,  
 Para ver en confusa perspectiva  
 La inmensidad arriba  
 Y la tristeza del silencio abajo.

## XXXIX.

Las aves que en la torre se acogfan,  
Al acercarme huían,  
Y solo con mis penas en la altura,  
De codos en el ancho parapeto,  
Miraba con respeto  
El cielo azul y la feraz llanura.

## XL.

¡Cuántas veces mi espíritu errabundo,  
Apartado del mundo  
En aquel torreón del homenaje,  
Con íntima y tenaz melancolía  
Se engolfaba y hundía  
En la infinita calma del paisajel

## XLI.

Ni aislada roca, ni escarpado monte  
Del diáfano horizonte  
El indeciso término cortaban:  
Por todas partes se extendía el llano  
Hasta el confín lejano  
En que el cielo y la tierra se abrazaban.

## XLII.

¡Oh tierra en que nací, noble y sencilla!  
¡Oh campos de Castilla  
Donde corrió mi infancia! ¡Aire sereno!  
¡Fecundadora luz! ¡Pobre cultivol...  
¡Con qué placer tan vivo  
Se espaciaba mi vista en vuestro seno!

## XLIII.

Cual dilatado mar, la miés dorada  
A trechos esmaltada  
De ya escasas y mustias amapolas,  
Cediendo al soplo halagador del viento  
Acompasado y lento,  
A los rayos del sol mueve sus olas.

## XLIV.

Cuadrilla de atezados segadores,  
Sufriendo los rigores  
Del sol canicular, el trigo abate

Que cae agavillado en los inciertos  
Surcos, como los muertos  
En el revuelto campo de combate.

## XLV.

Corta y cambia de pronto la campiña  
Alguna hojosa viña  
Que en las umbrias y laderas crece  
Y entre las ondas de la miés madura,  
Cual isla de verdura,  
Con sus varios matices resplandece.

## XLVI.

Serpean y se enlazan por los prados,  
Barbechos y sembrados,  
Los arroyos, las lindes y caminos,  
Y donde apenas la mirada alcanzan,  
Cierran la lontananza  
Espesos bosques de perennes pinos.

## XLVII.

Por angostos atajos y veredas,  
Los carros de anchas ruedas  
Pesadamente y sin cesar transitan,  
Y sentados encima de los haces,  
Rapazas y rapaces  
Con incansable ardor cantan ó gritan.

## XLVIII.

Lleno de majestad y de reposo  
El Duero caudaloso  
A través de los campos se dilata:  
Refleja en su corriente el sol de estío,  
Y el sosegado río:  
Cinta parece de bruñida plata.

## XLIX.

Ya oculta de improviso una alameda  
Su marcha mansa y leda;  
Ya le obstruye la presa de un molino,  
Y como potro á quien el freno exalta,  
Párase, el dique salta  
Y sigue apresurado su camino.

## L.

En las tendidas vegas y en las lomas  
 Cual nidos de palomas,  
 Se agrupan en desorden las aldeas,  
 Y en la atmósfera azul pura y tranquila,  
 Ligeramente oscila  
 El humo de las negras chimeneas.

## LI.

En las cereanas éras reina el gozo.  
 Con íntimo alborozo  
 Contempla el dueño la creciente hacina,  
 Y mientras un zagal apura el jarro,  
 Otro descarga el carro  
 Que bajo el peso de la mies rechina.

## LII.

Otro en el trillo de aguzadas puntas,  
 Que poderosas juntas  
 Mueven en rueda, con afán trabaja,  
 Y cual premio debido á su fatiga  
 Desgránase la espiga,  
 Y salta rota la resaca paja.

## LIII.

Una pesada tarde en que el bochorno  
 Como el vapor de un horno  
 Caldeaba la tierra, embebecido  
 Y suspenso ante el vasto panorama,  
 Que al pie se desparrama  
 De la alta torre, me quede dormido.

## LIV.

Ignoro el tiempo que postrado estuve.  
 Caliginosa nube  
 Encapotó el espacio, antes sereno.  
 Dominábame el sueño blandamente,  
 Hasta que de repente  
 Me despertó sobresaltado un trueno.

## LV.

Era de noche ya. Con hondo espanto  
 Ví que el lóbrego manto  
 De las densas tinieblas me envolvía.

Recordé el sitio, calculé la altura,  
 E insólita pavura  
 Deshizo como sombra mi energía.

## LVI.

Quise medir la elevación del muro,  
 Y se perdió en lo oscuro  
 Del fondo impenetrable mi mirada.  
 Grité, volví á gritar: todo fué en vano.  
 Estaba mudo ed llano,  
 Muda la inmensa bóveda enlutada.

## LVII.

Mi invencible terror iba en aumento;  
 Convulso, sin aliento,  
 La señal de la cruz besé conrito.  
 En aquella ocasión volvíme loco,  
 Y empecé poco á poco  
 A bajar por la mole de granito.

## LVIII.

¡Un siglo para mí fué cada instante!  
 Bregaba jadeante,  
 Hincando con furor en la muralla  
 Manos y piés, tan ciego y trastornado  
 Como el pobre soldado  
 Que por primera vez entra en batalla.

## LIX.

Volaban junto á mí, tristes y graves,  
 Las temerosas aves  
 Que despertaba al descender yo mismo.  
 ¡Ya escuchaba el murmullo del arroyol...  
 Mas, ¡ay! perdí el apoyo,  
 Y oscilando quedé sobre el abismo.

## LX.

Me así al ramaje respirando apenas.  
 La sangre de mis venas  
 Corrió con ritmo acelerado y duro.  
 Desvanecido, horripilado, incierto,  
 Y de sudor cubierto,  
 Buscaba en vano con mis piés el muro

## LXI.

¡Aún el recuerdo abrumador me arredra!  
 Crujió la débil hiedra  
 Entre mi mano trémula y crispada.  
 Súbitamente atravesé el sombrío  
 Espacio, senti frío,  
 Luégo un dolor agudo, luégo... ¡nada!

## LXII.

Piadoso el cielo en mi socorro vino.  
 Recogióme un vecino  
 Al pié del muro, exánime y maltrecho.  
 Cuando volví de mi mortal letargo  
 Vertían llanto amargo  
 Las prendas de mi amor, junto á mi lecho.

## LXIII.

—¡Vível— mi padre alborozado dijo.  
 —¡Vível— con regocijo  
 Mi madre repitió, mirando al cielo.  
 Ella en silencio se enjugó los ojos.  
 Prostráronse de hinojos,  
 Y la santa oración levantó el vuelo.

## LXIV.

Penosa fué mi curación y lenta.  
 Tan recia y violenta  
 Sacudida sufrí, que estuve inerte,  
 Postrado y sin hablar noches y días,  
 Esperando las frías  
 Y espantosas caricias de la muerte.

## LXV.

¡Cuántas veces en horas de martirio,  
 Cuando tenaz delirio  
 Mi razón y mis miembros embargaba,  
 Cuando la abrasadora calentura  
 Mi soledad oscura  
 De visiones terríficas poblaba,

## LXVI.

Con la sedosa cabellera suelta  
 Forma gentil y esbelta  
 Parecióme entrever en mi extravío,

Que se acerbaba pálida, intranquila,  
 Clavando su pupila  
 Con honda angustia en el semblante miol

## LXVII.

¿Era ficción ó realidad? ¡Quién sabe!  
 ¿Sonaba cuando el suave  
 Calor sentía de furtivo beso  
 Que se posaba en mí, como se posa  
 La leve mariposa,  
 Sin que la débil flor se doble al peso?

## LXVIII.

¿Soñaba cuando triste ó satisfecha,  
 En lágrimas deshecha  
 O risueña y feliz, según mi estado,  
 Mirábala sumisa á mis menores  
 Caprichos y doleres,  
 Como un ángel de Dios siempre á mi lado?

## LXIX.

No sé, ni importa ya; verdad ó sueño,  
 ¿Que saca el pobre leño,  
 Despojo inútil de la mar bravía,  
 Sinó hacer más pesadas sus congojas,  
 Con recordar las hojas  
 Que le vistieron de verdor un día?

## LXX.

Al cabo pude abandonar el lecho;  
 Mas ¡ay! no sin despecho.  
 Porque á medida que la sangre ardiente  
 Daba á mis miembros el vigor perdido,  
 Mi dulce bien querido  
 Recobraba su aspecto indiferente

## LXXI.

Cierto día, en las horas de la siesta,  
 Cuando la luz molesta  
 Y un viento sin rumor todo lo arrasa,  
 Al pié tendido en la agostada alfombra,  
 De un árbel cuya sombra  
 El sol marchita, pero no traspasa,

## LXXII.

Dejaba en perezoso enervamiento  
 Vagar mi pensamiento,  
 Atormentado de traidora duda.  
*Ella, cerca de mi, dándome enojos,*  
 No apartaba los ojos  
 Del bastidor, ensimismada y muda.

## LXXIII.

—¿Qué causa su cariño me enajena?—  
 Con indecible pena  
 Me preguntaba yo.—¿Por qué me trata  
 Con tal rigor y tan esquivo ceño?—  
 De mí no era ya dueño,  
 Y exclamé sin pensar:—¡Ingrata, ingratal

## LXXIV.

Sin duda percibió mi ahogado grito.  
 Miróme de hito en hito  
 Breves instantes, levantóse incierta  
 Cual si hiciese un esfuerzo sobrehumano,  
 Y me tendió su mano,  
 Que á un tiempo estaba temblorosa y yerta.

## LXXV.

—¡Sufres!— me dijo con afán.—¿Qué tienes?  
 ¿Con tan fieros desdenes  
 Paga tu afecto la mujer que adoras?  
 Tu incurable aflicción me causa miedo.  
 ¡Ay de mí que no puedo  
 Sino llorar contigo cuando lloras.—

## LXXVI.

Fijéme en ella con sorpresa y pavor.  
 ¿No era unir el sarcasmo  
 A la traición? ¿Las burlas al desvío?  
 La indignación profunda que me ahogaba  
 Rompió al fin, como lava  
 Que se convierte en inflamado río.

## LXXVII.

—¡Goza, gózate!—dije—fementida,  
 En enconar la herida  
 Que con tu injusta indiferencia has hecho

¡Ojalá fuera fácil olvidartel  
 Que por dejar de amarte  
 Me arrancaría el corazón del pecho. —

## LXXVIII.

Yo la vi entonces fascinada y ciega  
 Llegar á mí, cual llega  
 La enamorada tórtola al reclamo.  
 Era débil su voz como un gemido,  
 Y mormuró á mi oído:  
 — ¿Es cierto? ¡No me engañes, que te amo!

## LXXIX.

Quebrante la pasión que me sofoca  
 La cárcel de mi boca.  
 ¡He llorado en silencio tantos días!  
 ¿No me roban tu amor otras mujeres?  
 ¿Es verdad que me quiere?  
 ¡Si me engañaras, Juan, me matarías!

## LXXX.

No sabes que esta bárbara sospecha  
 Como acerada flecha  
 Me ha trapasado el corazón. ¡Ay! ¡cuánto,  
 Cuánto he surrido!... — Hablábame gozosa,  
 Y en su mejilla hermosa  
 La risa se mezclaba con el llanto.

## LXXXI.

Yo la escuchaba extático... ¡Aún la veo!  
 ¡Aún en el alma creo  
 Que resuena su voz, su voz vibrante  
 Como el último acorde de una lira!  
 Aún me llama, aún suspira,  
 Apasionada siempre y siempre amante.

## LXXXII.

Desbordó mi cariño cual desborda  
 La mar rugiente y sorda.  
 Y con febril ardor de que me acuso  
 Quise estrecharla entre mis brazos, cuando  
 De súbito llegando,  
 Entre los dos mi madre se interpuso.

## LXXXIII.

Bajé la frente de vergüenza lleno.  
 En el materno seno  
 Corrió á ocultar su rostro la doncella.  
 Clavó mi madre en mi sus ojos graves,  
 Y dijo: — Cuando acabes,  
 Si la mereces, Juan, vuelve por ella. —

## LXXXIV.

Marché á estudiar con redoblado brío  
 Ni el ocio ni el hastío  
 Mitigaron un punto mi ardimiento  
 No tuve un solo instante de desmayo.  
 ¡El rayo, el puro rayo  
 De su amor me encendió el pensamiento!

## LXXXV.

¡Terminé al fin!... Mas triste y abatido  
 Regresé al patrio nido,  
 Como el que nada busca mi desea.  
 A los fugaces últimos reflejos  
 Del sol, y ya no lejos,  
 Alcancé á ver la torre de mi aldea.

## LXXXVI.

Doblada lentamente la campana.  
 Anche franja de grana  
 Teñía el cielo de matices rojos  
 Sepultábase el sol en el ocaso....  
 ¡Ay! yo detuve el paso,  
 Y el llanto del dolor cegó mis ojos.

## LXXXVII.

Muy cerca del lugar, junto á la ermita  
 De la Virgen bendita  
 A cuyos muros me llegué temblando,  
 Aguardábame sola y enlutada  
 Mi madre idolatrada,  
 Que se arrojó en mis brazos sollozando.

## LXXXVIII.

La estreché desolado y convulsivo.  
 — ¡Murió! ¿para qué vivo? —  
 Grité con ansia inacabable y fiera.  
 Mi madre dijo señalando al cielo:  
 — Dios calmará tu duelo.  
 ¡Es la vida tan corta!... ¡Ora y espera!

Mayo, 1877.

## MARUJA.

Cerca de un pueblo, en la frondosa orilla  
 de caudaloso río que dilata  
 por ancha vega su raudal de plata,  
 y en medio de la paz franca y sencilla  
 con que nos brinda la apartada aldea,  
 risueño albergue, entre el follaje oscuro  
 de corpulentos árboles, blanquea.

Alta y segura tapia le rodea,  
 que cierra y guarda como fuerte muro  
 el cultivado predio, en que derrama  
 prodigo Dios sus dones paternales.  
 Allí de los naranjos y perales  
 cruje y se dobla la robusta rama  
 bajo el peso del fruto; allí la higuera  
 crece en vigorosa poderío,  
 cuelga la hojosa vid en la colina  
 y el sauce melancólico se inclina  
 sobre las aguas del profundo río  
 Copudos olmos en abierta hilera  
 le dan templada sombra entrelazando  
 su verde y abundosa cabellera.  
 que el viento mueve con susurro blando,  
 y mientras que la joven primavera  
 reparte por doquier hojas y flores,  
 ocultos en los árboles del huerto  
 ofrecen los esquivos ruiseñores  
 el alma triste, arrobador concierto.

En el suave declive de una loma  
 se divisa al través de la espesura,  
 tan blanco, cual la cándida paloma  
 que en medio del vergel repliega el ala,  
 un palacio de esbelta arquitectura.  
 Por la pared el heliotropo escala  
 las altas rejas, esparciendo en torno  
 el aroma purísimo que exhala;  
 no lejos de la puerta de cristales  
 que al vestíbulo da, préstale adorno  
 rojos tiestos de plantas tropicales,  
 y cubriendo el dintel la ardiente cepa

## LXXXIII.

Bajé la frente de vergüenza lleno.  
 En el materno seno  
 Corrió á ocultar su rostro la doncella.  
 Clavó mi madre en mi sus ojos graves,  
 Y dijo: — Cuando acabes,  
 Si la mereces, Juan, vuelve por ella. —

## LXXXIV.

Marché á estudiar con redoblado brío  
 Ni el ocio ni el hastío  
 Mitigaron un punto mi ardimiento  
 No tuve un solo instante de desmayo.  
 ¡El rayo, el puro rayo  
 De su amor me encendía el pensamiento!

## LXXXV.

¡Terminé al fin!... Mas triste y abatido  
 Regresé al patrio nido,  
 Como el que nada busca mi desea.  
 A los fugaces últimos reflejos  
 Del sol, y ya no lejos,  
 Alcancé á ver la torre de mi aldea.

## LXXXVI.

Doblada lentamente la campana.  
 Anche franja de grana  
 Teñía el cielo de matices rojos  
 Sepultábase el sol en el ocaso...  
 ¡Ay! yo detuve el paso,  
 Y el llanto del dolor cegó mis ojos.

## LXXXVII.

Muy cerca del lugar, junto á la ermita  
 De la Virgen bendita  
 A cuyos muros me llegué temblando,  
 Aguardábame sola y enlutada  
 Mi madre idolatrada,  
 Que se arrojó en mis brazos sollozando.

## LXXXVIII.

La estreché desolado y convulsivo.  
 — ¡Murió! ¿para qué vivo? —  
 Grité con ansia inacabable y fiera.  
 Mi madre dijo señalando al cielo:  
 — Dios calmará tu duelo.  
 ¡Es la vida tan corta!... ¡Ora y espera!

Mayo, 1877.

## MARUJA.

Cerca de un pueblo, en la frondosa orilla  
 de caudaloso río que dilata  
 por ancha vega su raudal de plata,  
 y en medio de la paz franca y sencilla  
 con que nos brinda la apartada aldea,  
 risueño albergue, entre el follaje oscuro  
 de corpulentos árboles, blanquea.

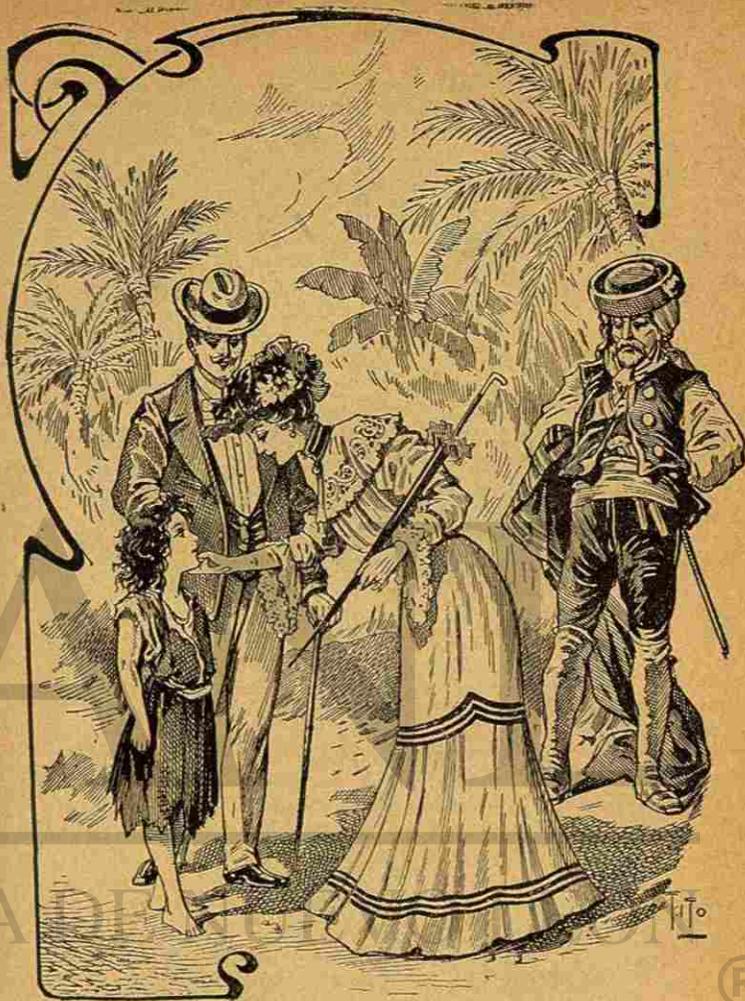
Alta y segura tapia le rodea,  
 que cierra y guarda como fuerte muro  
 el cultivado predio, en que derrama  
 pródigo Dios sus dones paternales.  
 Allí de los naranjos y perales  
 cruje y se dobla la robusta rama  
 bajo el peso del fruto; allí la higuera  
 crece en vigorosa poderío,  
 cuelga la hojosa vid en la colina  
 y el sauce melancólico se inclina  
 sobre las aguas del profundo río  
 Copudos olmos en abierta hilera  
 le dan templada sombra entrelazando  
 su verde y abundosa cabellera.  
 que el viento mueve con susurro blando,  
 y mientras que la joven primavera  
 reparte por doquier hojas y flores,  
 ocultos en los árboles del huerto  
 ofrecen los esquivos ruiseñores  
 el alma triste, arrobador concierto.

En el suave declive de una loma  
 se divisa al través de la espesura,  
 tan blanco, cual la cándida paloma  
 que en medio del vergel repliega el ala,  
 un palacio de esbelta arquitectura.  
 Por la pared el heliotropo escala  
 las altas rejas, esparciendo en torno  
 el aroma purísimo que exhala;  
 no lejos de la puerta de cristales  
 que al vestíbulo da, préstanle adorno  
 rojos tiestos de plantas tropicales,  
 y cubriendo el dintel la ardiente cepa

por las tejidas cañas y varaes  
 que la sostienen, se retuerce y trepa.  
 Un grupo escultural, Venus que abraza  
 à Adonis moribundo, orna la fuente  
 que se destaca en el jardín ameno:  
 cae el claro raudal de taza en taza,  
 dando frescura al perfumado ambiente,  
 hasta el ancho pilón, de peces lleno,  
 y por diversos cauces repartido  
 sigue su curso caprichoso y vago,  
 hasta perderse en trasparente lago  
 de pintorescas márgenes ceñido.  
 Del almo sol el vívido destello,  
 al trapasar el húmedo follaje  
 el manso lago à trechos brillanta,  
 y airoso cisne de enarcado cuello,  
 esponjando su nítido plumaje  
 por las dormidas aguas se adelanta.  
 — El sosegado albergue, la floresta  
 que la serena atmósfera perfuma,  
 los olmos que convidan à la siesta,  
 el lento río, el lago sin espuma,  
 todo suspende el ánimo y le encanta,  
 hasta la leve y azulada bruma  
 que en las distantes cumbres se levanta.

¿Quién, huyendo los pérfidos consejos  
 de la torpe ambición, que al hombre acosa,  
 en indolente placidez la olvida,  
 y de sus luchas implacables, lejos,  
 en la quietud del campo deleitosa  
 deja correr sus horas sin medida,  
 semejante à la fuente rumorosa  
 que por el césped se desliza oculta?  
 ¿Serà alguna conciencia dolorida  
 que los rudos engaños de la vida  
 en calculada oscuridad sepulta?  
 ¡Ah, no por cierto! En tan feliz asilo  
 viveel amor.

Pero el amor tranquilo,  
 santo, inefable, emanación del cielo:  
 no la indócil pasión que se desboca,  
 que nunca sacia su infecundo anhelo  
 y envenena y corrompe cuanto toca.  
 No ciego ardor que retronando pasa



Cediendo à un movimiento repentino,  
 corre à su lado, estática se queda  
 contemplando en silencio à la rapaza,  
 y una caricia cómpasiva enlaza  
 el vil harapo à la opulenta seda.

como por el espacio la tormenta;  
 no el fuego voracísimo que abrasa,  
 sino la mansa lumbre que calienta.  
 ¡La lumbre del hogar, siempre bendita!  
 —Árbol que brevemente se marchita  
 es la vida mortal. Hoja por hoja,  
 el huracán del mundo que le agita  
 de su rico ornamento le despoja,  
 y cuando seco y sin verdor le deja  
 la tímida ilusión, que en él habita,  
 tiende sus blancas alas, y se aleja.  
 ¡Feliz, feliz el árbol que á cubierto  
 de recios y continuos aquilones,  
 vive seguro en escondido huerto,  
 y hasta que rinde el natural tributo,  
 crece, sin que el furor de las pasiones,  
 le arrebate á destiempo hojas y frutos—  
 Mas no sólo el pesar ama el misterio;  
 no sólo el corazón que sufre y gime  
 romper ansia el fiero cautiverio  
 con que la torpe multitud le oprime;  
 porque también en su expansión sublime,  
 la dicha humana que tan poco dura,  
 busca en soledad, olvido y calma,  
 y es que en sus horas de mayor ventura,  
 tiene tristezas íntimas el alma.

Apartados del fausto cortesano,  
 viven allí los condes de Vitoria  
 en el reposo, del contento hermano;  
 Que Dios, premiando sus virtudes, quiso  
 á tanto amor anticipar la gloria  
 en aquel envidiable paraíso.  
 ¡Cuán ricos de color y cuán veloces  
 corren para ambos los serenos días,  
 sin que su paz altere nube alguna!  
 Arranques de pasión, supremos goces,  
 recuerdos de placer, tiernas porfías  
 que el bullicio del mundo no importuna,  
 llenan el raudó curso de sus horas,  
 y cien veces, el rayo de la luna,  
 sus pláticas de amor encantadoras  
 quiebra de pronto el ardoroso trueco  
 de ósculos y joviales carcajadas,  
 porque aquellas verdes enramadas,

cansado está de repetir el eco.  
 No hay en aquel lugar sitio ni ruta  
 que no guarde en su rústica belleza  
 cuanto le es dable ambicionar á un hombre  
 dulcemente querido; cada gruta  
 un sueño realizado, y la corteza  
 de cada tronco secular, un nombre.  
 El de ella, el de él, que en trazos caprichosos  
 por do quiera que van graban é imprimen,  
 y que imitando brazos amorosos  
 se buscan, y se alcanzan, y se oprimen.

Mediaba á la sazón el mes de Mayo  
 con su tibio calor. Atardecía.  
 El sol poniente con obliquo rayo  
 la copa de los árboles hería,  
 y de sus tintas cárdenas y rojas  
 el trémulo vislumbre relucía  
 entre las tenues y movibles hojas.  
 ¡Con qué hermosa tristeza muere el día!  
 Como el crónico enfermo, que presiente  
 cercano el fin, la luz de la esperanza  
 se dilata más viva y más ardiente,  
 así, á medida que la noche avanza,  
 es el aroma de la flor más suave,  
 más sonoro el murmullo de la fuente  
 y más sentido el cántico del ave.  
 La caricia del céfiro es tan blanda  
 como el beso de un niño, el soberano  
 disco del sol, al tramontar, se agranda  
 palideciendo, el cielo se colora,  
 medita el triste, el corazón cristiano  
 se reconcentra en el misterio, y ora  
 ¡Oh, inescrutable y doloroso arcanol  
 para hacer más sensible la partida,  
 irradia siempre en su postrer instante  
 con su más bello resplandor la vida.

Gozando de la espléndida hermosura  
 de aquel ocaso, la pareja amante  
 por los jardines discurría, en donde  
 aglomeró la conyugal ternura  
 todas las dichas de la tierra.—El conde  
 ya acostumbrado al ocio de la aldea,  
 casi tendido en la mullida alfombra

de césped floreciente, un libro hojea,  
 y á pocos pasos, á la fresca sombra  
 de un gigante almez, nido de amores,  
 desde donde con grata melodía  
 de la postrera claridad del día  
 se despiden los pájaros cantores;  
 escuchando con vago arrobamiento  
 esas confusas voces interiores  
 con que nos adormece el sentimiento,  
 y junto al lago que ondulante brilla  
 del sol á las inciertas llamaradas,  
 su noble esposa está, con la sombrilla  
 trazando en las arenas de la orilla  
 signos, letras y cifras entrelazadas.

Su airoso cuerpo la condesa  
 envuelve en blanco y vaporoso traje;  
 cubre su seno incitador, espesa  
 y nívea malla de preciado encaje  
 de donde arranca alabastrino cuello;  
 el aura leve de la tarde besa  
 una rosa prendida en su cabello  
 que cae en trenzas perfumado y blondo,  
 y en su mirada diáfana y serena  
 su corazón se ve, como en el fondo  
 del limpio lago la menuda arena.

¡Ayl ¿en qué piensa muda y distraída  
 mientras con mano indiferente, raya  
 la húmeda tierra? El sueño de su vida  
 se desliza tranquilo; pero ¿caso  
 hasta la misma dicha no desmaya  
 en medio del placer? ¿Habrà quien pueda  
 afirmar que en el fondo de su vaso  
 ninguna gota envenenada queda?  
 Dios la colmó de santas alegrías,  
 y con florido vínculo eslabona  
 el casto amor sus apacibles días;  
 no envidia, no aborrece, no ambiciona,  
 y olvidada del mundo, como un preso,  
 en su albergue escondido y solitario  
 es su pura conciencia un santuario,  
 su hogar una ilusión, su vida un beso.  
 Mas ¡ay! que alguna vez, cual fugitiva  
 nube que ofusca al sol, su ánimo embarga

una opresión tan honda como activa,  
y la invade en silencio el ansia amarga  
de un deseo imposible.

De repente  
suspende el conde su lectura, observa  
la abstracción de su esposa, y diligente,  
como quien anda á caza de un descuido,  
llega á su lado.—La esponjosa hierba  
de su ligero paso embota el ruido.—  
—¿Qué tiene su muger? ¿Qué pena grave  
atribula su espíritu? Lo ignora.  
¿No pudiera una cifra delatora  
de aquel enigma descubrir la clave?—  
Pero ¡oh sorpresa! acércase y advierte  
en la arena sutil su nombre escrito,  
y su temor en gozo se convierte,  
mientras ella, arrancada de esta suerte  
á sus vagos ensueños, lanza un grito.  
—¿Sientes placer en asustarme?—Exlama  
de su infundado miedo aún no repuesta  
y con fingida cólera la dama.—

—¡Vaya un gusto!—Perdona si indiscreto  
he querido—su esposo le contesta—  
sorprender tu secreto. —¡Mi secreto!...  
¿Le tengo acaso para tí?—Responde  
la joven más calmada.—Mentiría  
si dijese que no—replica el conde.—  
—y llevo siempre la verdad por guía.  
Como es tan suspicaz nada se esconde  
á los cuidados del amor. ¡Ay Clara!  
Tres años hace ya que al pié del ara  
rendimos la cerviz al santo lazo,  
y ha sido para mí tan corto el plazo  
como si, todo entero, se encerrara  
en el término breve de un abrazo.  
¿Es por ventura extraño, que en tu cara  
descubra tus más íntimos antojos,  
tu inquietud más secreta y contenida,  
si las mejores horas de mi vida  
paso, mi bien, mirándome en tus ojos?—  
Clara escuchaba á su entrañable dueño  
en deleitosa languidez sumida,  
como se escuchan, al través del sueño,

en el hondo silencio de la noche  
las notas de acordada serenata.  
Luego, con sôn de tiernísimo reprocho  
él siguió con ardor: ¿Callas, ingrata?

La condesa mostrábase indecisa;  
Pero venciendo su emoción primera  
prorrumpió al fin en descompuesta risa,  
acaso más nerviosa que sincera,  
y exclamó como en burla:—¡Vaya un tono  
sentimental y trágico! Le excuso  
porque mi propio amor habla en tu abono.  
—¿Tienes celos quizás?—No sé—repuso  
animándose el conde.—¿Por qué á veces  
cual si cediera el corazón sumiso  
al ansia ineludible de un deseo  
que no logras vencer, cuando pareces  
más feliz y contenta, de improviso  
la frente inclinas y en tus ojos veo  
cuajada alguna lágrima indiscreta?  
¿Por qué esa agitación latente y sorda,  
cuyo origen no sé, que no respeta  
ni la plácida paz de este retiro,  
y que á menudo, á tu pesar, desborda,  
arrancando á tus penas un suspiro,  
como un sollozo, acusador?—El hecho  
se niega á mi razón, y temo y dudo...  
¡Ay, ya no puedo más! Rómpace el nudo  
que ata mi lengua y me comprime el pecho,  
¿Por qué callas, por qué?—

Casi cenudo,  
elevando su mirada escrutadora  
en los ojos de Clara que confusa  
soportaba el agravio de la queja,  
la respuesta esperó; pues ¿quién rehusa  
fácil alivio al corazón que implora  
cuando puede mandar? Quedó perpleja  
breves instantes, ruboroso fuego  
tiño su faz, y palpité en sus labios  
talvez su confesión, tal vez un ruego  
que espiró sin nacer. Pero de sabios  
es mudar de opinión. Dominó luego  
el generoso impulso que sentía  
y prorrumpió, mostrándose enojada:  
—Pesado estás, Enrique. ¿Hay tal manfa?  
Ni sé, ni oculto, ni sucede nada.—

En el fondo del pecho, en lo más vivo del alma, donde el golpe que se asesta siempre es mortal, el conde trastornado sintió el acre dolor de la respuesta. Como traspasa rayo fugitivo el seno tenebroso de un nublado, así la suspicacia, envueta en ira, iluminó su frente borrascosa, y la frase brutal—¡eso es mentira!—retorcióse en su boca temblorosa, mas no brotó. Con ojos perspicaces notó la incertidumbre de su esposa, y exclamó reprimiéndose:—¡Mal haces, mal haces en negar á quien te ruega, lleno de amor, la excusa que le debes!— ¡Aún el recuerdo del pasado jueves me persigue tenaz! La fértil vega, que esponjaban los céfiros de Mayo, reverdecia con pujante brío, y bendiciendo á Dios, como el que acaba de salir de intensísimo desmayo, la luz, el campo, la arboleda, el río, la balsámica brisa, todo estaba alegre, meno tú. Me propusiste, tal vez para aliviar tu propio hastío, una excursión á la vecina sierra. Cedió: tu aspecto resignado y triste vencióme y emprendimos la jornada con la fuerza del sol, Tú, distraída, extraña á los rumores de la tierra, dejabas caminar, suelta la brida, al dócil potro, mustia y fatigada: y yo á tu lado, sin hablar contigo marchaba absorto, á tu abstracción creciente, buscando sin cesar causa ó pretexto. ¡Sabe Dios, á quien tomo por testigo, que no cruzó ni un punto por mi mente nada contrario á tí!—Y al decir esto miraba á su mujer severo y grave. Esenchábase Clara con la frente baja y el aire al parecer sereno, si bien un soplo imperceptible y suave levantaba el encaje de su seno.—

—Porque no es desamor ¿verdad? dí, no es desamor la pena que te aflige.

Quizás cansada ya ve con desvío en tan continua soledad,—me dije,— nuestro largo y monótono reposo.— Y con esta inquietud dentro del pecho en silencio seguimos largo trecho, desaminada tú, yo caviloso.—

Ya en terreno difícil y escabroso, —el conde prosiguió,—donde el camino por entre peñas y malezas sube, en despoblado á sorprendernos vino de las cimas bajando, oscura nube. Aquel agrio lugar donde prospera en libertad la enmarañada broza, es tan salvaje y solo, que pudiera servir quizás de ascético destierro á algún humilde y santo cenóbita. No hallamos ni el refugio de una choza. Únicamente sobre estéril cerro, divisamos, no lejos, una ermita. Pero ¿Cómo trepar á aquella altura? Por fin tras mil esfuerzos y cuidados, nos sacaron con bien de la aventura nuestros ágiles potros, avezados á caminar por trochas y montañas, y llegamos al templo de María cuando la nube, abriendo sus entrañas, en lluvia torrencial se deshacía.

La santa Virgen nos prestó su ayuda y entramos en la ermita—añadió el conde más conmovido cada vez.—Tú muda, te prosternaste ante el altar de hinojos,— ¡Es menester que sin piedad ahonde en los negros abismos de mi duda aún cuando estalle el corazón! Los ojos casi llenos de lágrimas pusiste en la divina imágen, y á mi oído llegó tu voz debilitada y triste, como el eco lejano de un gemido. ¡Ay! más desalentado que ofendido, me pregunté confuso:—¿Por qué trata á quien tan solo para amarla existe, con tan injusta prevención, la ingrata? ¿Quién causa su profundo desconsuelo

que por injuria á mi cariño tomo?—  
Hirióme el alma punzador recelo,  
y vacilé desconcertado, como  
si sobre mí se desplomara el cielo.—

Era en el conde la emoción tan viva,  
que su queja espiró como el murinullo  
del céfiro en la selva, tenue y vago.  
La ilustre dama le escuchaba atenta,  
y en pertinaz batalla con su orgullo,  
más fácil á la ofensa que al alhago,  
ni una palabra pronunció siquiera  
para calmar las dudas de su esposo,  
que á un tiempo enternecido y receloso  
trémulo prosiguió:—Cesó la lluvia,  
y al través de la rústica vidriera,  
cercó de pronto tu cabeza rubia  
tibio rayo de sol, como si fuera  
el nimbo de una Santa. ¡Oh, cuán hermosa  
ante aquel pobre altar arrodillada  
te vi, clavando con filial ternura  
en la reina del cielo tu mirada!  
Sentí como una ráfaga piadosa  
que disipaba mi mortal tristeza,  
y una voz que que bajando de la altura  
parecía decir:—¡Quien así reza  
es fiel esposa, es inocente, es pura!—

Clara no pudo más. Bajo el hechizo  
de aquella blanda queja dolorida,  
su tenaz resistencia se deshizo  
cual témpano de hielo, que líquida  
el sol primaveral.—Pues bien, confieso,  
¿á qué ocultarlo?—supiró llorosa,—  
que un afán imposible, con su peso  
mi paz conturba y sin cesar me oprime.—  
—¡Oh!—clamó el conde impacientado:—¡dime  
dime, ángel mío, el ansia que te acosas!  
¿Quién, como yo, calmartela podría?—  
—De mi amor has dudado, y te castigo.  
—Hoy, no! Mañana al despuntar el día,  
—respondió Clara—volverás conmigo  
á la escondida ermita de la sierra,  
donde los dos, con la rodilla en tierra,  
elevando las almas a María

y teniendo su imagen por testigo,  
haremos mutua confesión... ¡Ingrato!  
Entonces, cuando sepas mi secreto,  
lamentáras tu culpa y tu arrebató.  
—¿Y mañana hablarás?—¡Te lo prometo!—  
—¿No pudieras hoy mismo...—¡Punto en boca!—  
Exclamó la condesa jovialmente:  
—y puesto que vengarme determino,  
callar por hoy y obedecer te toca.—  
Iba el conde á insistir; mas de repente,  
suceso extraño á interrumpirle vino.

Por el sendero enarenado y raso  
que en caprichosa ondulación se aleja  
de aquel risueño edén, hácia la entrada,  
se iba acercando con ligero paso  
un guarda, conduciendo de la oreja  
á una niña nerviosa y asustada  
como avecilla en manos infantiles  
No el leve peso de sus ocho abriles  
rendía su vigor, pero agitada  
seguía la infeliz á la carrera,  
dando al viento su crespá cabellera,  
de su aprensor la marcha acelerada,  
cual tamo que arrebatá la corriente  
va envuelto en el turbión.—Pierde cuidado,—  
iba diciendo el rústico impaciente,  
—Pues yo haré ¡vive Dios! que no te metas  
otra vez, destrozándome el vallado,  
á robar flores y romper macetas.  
¡No volverás á tus antiguas mañas!—  
¡Perdón!—gimió la niña en su extravío,  
con el llanto cuajado en sus pestañas  
como en la flor las gotas del rocío,  
y con acento desmayado y triste,  
semejante al balido de la oveja  
que al sacrificio va.—¡Por fin caíste!—  
dijo el guarda, cebándose en la oreja  
más roja que el carmin.—Pero descuida  
que llevarás el merecido pago.—

Por el rumor creciente sorprendida  
salió de pronto la feliz pareja  
de las frondosas márgenes del lago,  
y marchando al encuentro del severo

y arriscado guardián.—¡Ola! ¡García!—  
 el conde preguntó.—¿Por qué tan fiero  
 contra esa pobre estás?—Perdone usía,—  
 contestóle, quitándose el sombrero  
 en actitud humilde.—Esa mozueta  
 se coló en el jardín, no sé por donde,  
 y ha causado más daño que una nube.—  
 —¡Bravo!—exclamó sin alterarse el conde:  
 —¿Y eso es lo que aprendes en la escuela?  
 A tiempo—siguió el viejo,—la detuve,  
 porque si tardó más, llevaba traza  
 de acabar con el huerto la chiquilla.—  
 Aproximóse el conde á la rapaza  
 y acariciando la infantil mejilla,  
 dijo con blando y apacible tono:  
 —¿Serás buena, es verdad?—Si seré buena—  
 la culpada exclamó de angustia llena.  
 —¡Pues anda!—contestóla.—Te perdono.—  
 —¡Ah, la perdonal!—De paciencia falto  
 gruñó García.—Si el señor la trata  
 con tanto mimo, en su segundo asalto  
 deja la posesión sin una mata.  
 —No tendré compasión si otra vez peca  
 —dijo el conde riendo.—Pero ahora  
 ¿qué podemos hacer de esa muñeca  
 más chica que el dedal de tu señora?—  
 —¡qué!—respondióle el guarda en un arranque  
 de bárbara energía.—¡Casi nada!  
 Darle un buen remojón en el estanque.—  
 —¡Jesús, qué atrocidad!—gritó indignada  
 la dama.—¡Si tal haces te despidol!—  
 ¡Maltratar á una pobre criatura!—

Prestando á todo perspicaz oído,  
 ya de la ansiada impunidad segura  
 la niña estaba con los ojos bajos  
 y el picaresco rostro compungido.  
 Tosca saya de míseros andrajos  
 sus delicadas formas envolvía,  
 como el capullo á la naciente rosa,  
 y animaba su cara maliciosa,  
 tostada por el sol de Andalucía,  
 con inocente y vivo centelleo  
 su mirada leal que todavía  
 no inflamó el oído ni enturbió el deseo.

¡Oh, cuán gentil con las sencillas galas  
 que piadosa le dió naturaleza,  
 parecía aquel ángel cautivadol  
 Más negro y más lustroso que las alas  
 del cuervo, relucía en su cabeza  
 el rebelde cabello enmarañado,  
 y en su labio entreabierto y encendido  
 bullían, retozones y traviesos,  
 prontos como los pájaros de un nido  
 á escapar en tropel, risas y besos.

Fijó la dama su atención en ella  
 y al través de la saya de mendiga  
 rasgada y sucia, la encontró tan bella  
 que exclamó sin pensar.—¡Dios te bendiga!  
 Un sentimiento irresistible y tierno  
 gana su corazón, siente que el llanto  
 sube á sus ojos, como el fuego interno  
 al cráter de un volcán. ¿Quién el encanto  
 resiste de aquel rostro peregrino?—  
 Cediendo á un movimiento repentino  
 corre á su lado, estática se queda  
 contemplando en silencio á la rapaza,  
 y una caricia compasiva enlaza  
 el vil harapo á la opulenta seda.

Bien conoció la niña que tenía  
 dominada á su joven protectora,  
 y radió su semblante de alegría.  
 La condesa con voz halagadora  
 —¿cómo te llamas?—preguntó.—¡Maruja!  
 contestó la chicuela dulcemente,  
 alzando el rostro interesante y bello.  
 —¡Si está más despeñada que una bruja!—  
 dijo Clara, atusándola el cabello  
 y apartando las greñas de su frente,  
 que apareció tan plácida y serena  
 como noche estival.—¡Es muy gallarda,—  
 siguió, buscando de parecer del conde,  
 testigo complaciente de la escena.  
 —Y luego, vuelta hacia Maruja—¿en dónde  
 vives?—la preguntó.—Cortando el guarda  
 la plática sabrosa, avanzó y dijo:  
 —¿En dónde ha de vivir esa bigarda?  
 Tal vez en el pajar de algún cortijo

ó en medio de una tropa de gitanos.—  
 Clará miróle desabrida y seca  
 y exclamó interrumpiéndole.—¿Qué es esto?  
 Todos, señor Andrés, somos hermanos.  
 Quedó el guarda confuso y descompuesto,  
 y Marujilla con maligna mueca  
 prorrumpió restregándose las manos:  
 —¡Rabia, rabia, gruñon! ¡Um! ¡Te detesto!—

¡Por Dios que estaba hermosa! Era su gesto  
 tan petulante y vivo, su mirada  
 tan maliciosa, y su rencor tan justo,  
 que Clara, el conde, y hasta el viejo adusto,  
 saltaron á la vez la carejada.

—¡Miren la atrevidilla, y lo que sabe!—  
 la señora exclamó, como enfadada.

—Un arapiezo que á sus anchas cabe  
 debajo de una criba, tal descarol...

Tus padres lo sabrán y ten por cierto  
 que no te irás sin la debida riña —

¡Cál Nó, no me reñirán—dijo la niña  
 con dolorosa ingenuidad. ¡Han muertol..

—¡Pobre alma mial! ¡Tan pequeña y sola!...

gritó Clara, y cogiéndola del brazo  
 movida á santa compasión, sentóla  
 con solícito afán en su regazo,

La picaruela envanecida y muda  
 se unió á la dama en apretado abrazo,  
 y en su memoria revivió, sin duda,

el amor del hogar, ese cariño  
 que es, de ternuras inefables lleno,  
 más que la leche del materno seno

fortificante y sano para el niño.

Extraña mezcla de placer y asombro  
 el semblante expresó de la inocente,  
 que con lánguida calma sobre el hombro  
 de la condesa reclinó la frente,  
 sin atreverse á respirar apénas,  
 por no turbar su interno regocijo,  
 hasta que Clara, al contemplarla, dijo  
 con blando acento.—Cuéntame tus penas.—

Y con esa charla interminable y rota  
 como niebla deshecha por el viento,

en que cada palabra es una nota  
 que llega al corazón, no al pensamiento;  
 charla con que la infancia nos domina  
 y muere con la edad cuando se clava  
 dentro del alma la primera espina;  
 dió principio la huérfana á su historia  
 como gorjea el ruiseñor su canto;  
 mas quando los sucesos que evocaba  
 iban cobrando vida en su memoria,  
 pintábase en sus ojos el espanto,  
 Como entre sueños recordó el molino  
 en donde vió del sol la luz primera,  
 el cauce bullicioso y cristalino,  
 el huerto ameno y la feraz ribera  
 por donde alegre, entre el ramaje espeso,  
 suelta como una cabra triscadora,  
 buscaba la silvestre zarzamora  
 y el higo chumbo en sus espinas preso,  
 hasta que á punto de espirar el día,  
 y cansada ya, bajo el amante beso  
 de su indulgente madre se dormía.—  
 Luego habló de la noche pavorosa,  
 de perpetua tristeza para España,  
 en que la tierra, como mar furiosa,  
 hizo temblar el llano y la montaña.  
 —Para ahuyentar del enemigo impuro  
 las asechanzas pérfidas, rezando  
 Maruja estaba en su caliente lecho,  
 aquella noche memorable, cuando  
 sintió azorada vacilar el muro,  
 crujir las vigas, deplomarse el techo,  
 á impulsos del tremendo cataclismo  
 su albergue paternal rodar deshecho,  
 como piedra que cae en el abismo.

¿Quién la arrancó á la muerte aquel día?  
 Sus hermanos, los ángeles. Desnuda,  
 dando voces de horror, entre el destrozo  
 de su perdido hogar, que engrandecía  
 aquella soledad agreste y muda,  
 la pobre niña percibió un sollozo,  
 ronco, desgarrador. ¡Era el lamento  
 de su misera madre en la agonía!  
 Confusa, atribulada, sin aliento,  
 haciendo sin cesar esfuerzos vanos

para mover las vigas con sus hombros,  
y ahondando con tal ansia en los escombros  
saltaba la sangre de sus manos.  
— ¡Madre, madre! — Gritaba respondiendo  
à la estertórea voz desesperaba  
que en lenta gradación se iba perdiendo  
en el silencio eterno de la nada  
¿Dónde dolor tan lúgubre y sombrío  
como el de aquella débil criatura,  
por la fiera catástrofe entregada  
de la lóbrega noche à la pavora,  
que con ávido afán é inútil brío,  
arañaba la tierra estremecida,  
temblando de terror, yerta de frío  
y en la implacable soledad perdida?  
«En dónde mayor lástima» — A medida  
que avanzaba el relato, la condesa  
iba sintiendo el alma enternecida  
de mil contrarias emociones presa.  
Hasta que al fin su angustia contenida  
de súbito estalló, como la roca  
que al romper un volcán, salta en pedazos,  
y con los arrebatos de una loca  
al escuchar tan trágicos sucesos,  
estrechó à la infeliz entre sus brazos  
cubriéndola de lágrimas y besos.  
No menos conmovido, ante una escena  
à un tiempo tan patética y sencilla,  
lloraba el conde, ahogándose de pena.  
Y el guarda mismo, antiguo veterano,  
refunfuñaba: — ¡Diablo de chiquilla!  
Limpiando con el dorso de la mano  
el llanto que surcando su mejilla  
iba à emboscarse en su bigote cano,  
De pronto alzó la compasiva dama  
turbando aquel silencio doloroso,  
su faz iluminada por la llama  
de santa inspiración, miró à su esposo  
al través de las lágrimas, y luego  
con acento insinuante y persuasivo,  
— ¿Quieres saber — le preguntó — el motivo  
de mi amargo y tenaz desasosiego?  
¿Lo que pedía, ante el altar postrada,  
con entrañable y fervoroso ruego

à la madre de Dios idolatrada?  
Pues como el más preciado de los bienes  
la demandaba en mi aflicción un hijo.  
¿Ves? Y la Virgen me lo otorga. — Dijo  
empujando a la niña. — Aquí le tienes! —  
Convulso el conde, y con febril anhelo  
besándola, exclamó: — ¡Bendita sea!  
Yo la recibo como don del cielo. —

¡Oh, momento solemnel La campana  
de la ruinosa torre de la aldea  
llamaba à la oración; la noche oscura  
avanzando imponente y soberana,  
su negra y estrellada colgadura  
por el inmenso espacio descogía;  
y entre el rumor de la arboleda umbría,  
en medio de su calma solitaria  
subiendo al cielo en los alados sonos  
del bronce de la iglesia, y confundidos  
en la piadosa y mística plegaria  
que alza la tierra al extinguirse el día,  
como nota de un arpa los latidos  
de aquellos generosos corazones  
vibraban repitiendo: — ¡Ave María!  
¡Consuelo de los tristes y afligidos!

## ÚLTIMA LAMENTACIÓN

DE LORD BYRON

FRAGMENTOS

I.

Otra vez incansable peregrino  
Ansioso de cruzar pueblos extraños,  
Vuelvo á emprender el áspero camino  
Que seguí errante en mis primeros años.  
Al duro peso del dolor me inclino,  
Póstranme fatigosos desengaños;  
Pero arrastrado á mi pesar me siento  
Como la hojas secas por el viento.

II.

Huérfano y solo abandoné mis lares,  
Marcando el rumbo hácia remotos climas,  
Surqué á mi antojo procelosos mares,  
Y hollé la nieve de empinadas cimas.  
Mas do quífera la hiel de mis pesares  
Vertí en acerbos y sonoras rimas;  
Por todas partes implacable y frío  
Fué detrás de mis pasos el hastío.

III.

¿Porqué, porqué desde mi abril temprano  
Molesto huésped á mi hogar se sienta,  
La copa del placer rompe en mi mano  
Y hasta en los brazos del amor me afrenta?  
¡Ayl! ¿Quién pregunta al férvido oceano  
Porqué ruge ó se aplaca la tormenta?  
Como el profundo mar, ¿no tiene el alma  
Terribles horas de angustiosa calma?

IV.

Más terribles quizá, porque en más grande  
Y en su furor satánico no tiene  
Ley que la rija, halago que la ablande,  
Ni costa que sus impetus refrene.  
Ya brusca y pavorosa se desmande,  
Ya sus olas indómitas serene,  
La causa á que obedece queda oscura  
—¿Es el poder del genio? ¿Es la locura?—

V.

¿El genio! ¿La locura!... ¿Quién decide  
Tan difícil cuestión? ¿Quién fija y nombra  
La línea imperceptible en que coincide  
La clara luz con la nocturna sombra?  
¿Dónde está nuestro juicio? ¿Quién la mide?  
¿Con frecuencia el azar! ¿Y á quién no asombra  
Ver que la humanidad cobarbe ó ciega.  
Al éxito se rinde y se doblega?

VI.

Pirámides de cráneos contra el cielo  
Levanta Tamerlan una tras una;  
Oprime el Asia sin temor ni duelo,  
Y es grande, y la lisonja le importuna.  
Locos son Catilina y Masanielo  
Porque les fué contraria la fortuna,  
Que la suerte quizás no merecida,  
Es genio, y es demencia la caída

VII.

Mas, ¡ay! ¿qué valen mis cansadas quejas?  
Con mis vanos lamentos ¿que consigo?  
Viejo es el mundo, sus desdichas viejas,  
Y en sus crímenes lleva su castigo.—  
Nunca, tedio mortal, nunca me dejas.  
Donde quiera que voy tú vas conmigo,  
Y no sé resistir cuando me envías  
Noches sin sueño y fatigosos días.

VIII.

¡Días de horrible laxitud! El cielo  
Trasparente y azul me causa enojos,  
Cubre la tierra insoportable velo  
Y el llanto nubla sin razón mis ojos.  
Como un sepulcro el corazón de hielo  
Guarda de mi entusiasmo los despojos,  
Y están en esas horas de bonanza  
Mudo el deseo y muda la esperanza.

IX.

No acierto á comprender qué afinidades  
Hay entre el mar y el pensamiento humano,  
Entre esas dos augustas majestades  
Que el abismo contienen y el arcano.

Hondas borrascas, sordas tempestades  
 Conmueven la razón y el oceano:  
 Sólo que ruge el mar cuando batalla,  
 Y el pensamiento en sus tormentas calla.

## X.

¡Venga la tempestad! Cuando resuena  
 Su fragorosa voz, y estalla el rayo,  
 Y el huracán encrespa su melena,  
 Sacude el alma su mortal desmayo,  
 Entre el horror de la sublime escena  
 Aliento, gozo, á mi placer me explayo.  
 Después... vuelve la calma abrumadora  
 Y el tedio de la vida me devora.

## XI.

Partí de cara al sol. No sé qué extraña  
 Y misteriosa fuerza me empelía  
 A esas regiones fértiles que baña  
 La fecundante luz del Mediodía.  
 Italia, Grecia, Portugal y España,  
 Pueblos gigantes cuando Dios quería,  
 Y hoy sombra nada más de lo que fueron,  
 Con sus muertas grandezas me atrajeron.

## XII.

Descendí por la rápida pendiente  
 De los agrestes Alpes, que vecinos  
 Al sol, elevan su nevada frente  
 Orlada á trechos de silvestres pinos:  
 Salvando ya el abismo, ya el torrente,  
 Ya el traidor ventisquero, por caminos  
 Que abrió el barreno en la montaña dura  
 Bajé de Italia á la feraz llanura.

## XIII.

¡Con qué consolador recogimiento  
 Yo, pobre y olvidado vagabundo,  
 Sin hogar y sin lazos como el viento,  
 Miré á mis plantas el verjel del mundo!  
 Europa en vergonzoso enervamiento  
 Yacía entonces y en sopor profundo.  
 Cual gladiador que tras penosa brega  
 Sus recios miembros al descanso entrega.

## XIV.

¡Oh, bien me acuerdol! Reposaba todo,  
 Y recogía atónita la historia  
 La sangre con las lágrimas, el lodo  
 Con la virtud, la infamia con la gloria,  
 Era pasado el trágico período  
 Que vivirá del tiempo en la memoria,  
 En que acosada el águila del Sena  
 Cayó, para no alzarse, en Santa Elena.

## XV.

¡La guerra enmudeció! Sólo el tirano  
 Que en los arduos empeños de la vida  
 Supo ser, con aliento soberano,  
 En todo grande, excepto en la caída,  
 Se revolvía en el peñon lejano  
 Con ruda y formidable sacudida:  
 El mar encadenaba su egoísmo,  
 Y era un abismo en medio de otro abismo

## XVI.

Mas, ¡ay! ¡Por qué fatalidad que aterra,  
 Por qué inconstancia de la suerte impía  
 Al hundirse el azote de la tierra  
 Más feroz despertó la tiranía?  
 Cuando cambió la asoladora guerra  
 Los destino humanos en un día,  
 La presa que las águilas soltaron  
 Mil carnívoros buitres devoraron.

## XVII.

No fué ya el despotismo del coloso  
 Que, como río de encendida lava,  
 Al avanzar rugiente y proceloso  
 Con sus olas de fuego deslumbraba.  
 El fanatismo fué torpe y mañoso  
 Que los cimientos de la fe socava;  
 Fué el miedo suspicaz, el más inundo  
 De los tiranos que soporta el mundo.

## XVIII.

No vistió nunca el militar arreo,  
 Y fué, al moverse entre la sombra oscura,  
 Su casco de batalla el solideo  
 Y el monástico sayo su armadura.

Incansable y voraz como el deseo,  
Mortal como la lenta calentura,  
Blandió contra la tierra amedrentada  
Más la cruz que la punta de su espada.

## XIX.

Si es ley que la revuelta muchedumbre  
El yugo sufra de atrevida mano,  
Que la enaltezca al meno y deslumbro  
Con sus épicas glorias el tirano:  
Y ya que con forzada servidumbre  
Pague sus culpas el linaje humano,  
El brazo vigoroso que la vengza  
Infúndale terror, y no vergüenza.

## XX.

En el nombre de Dios la heroica España  
Que al mundo despertó de su letargo,  
Como premio debido a tanta hazaña  
Sufre martirio ignominioso y largo.  
De la propia opresión y de la extraña  
Coge Italia infeliz el fruto amargo,  
Y cual botín en manos de bandidos  
Ve sus hermosos campos repartidos.

## XXI.

En el nombre de Dios los calabozos  
Abren sus anchas fauces, nunca llenas,  
Donde sólo responde á los sollozos  
Del desdichado, el són de sus cadenas;  
En el nombre de Dios viejos y mozos  
En extranjero hogar lloran sus penas;  
En el nombre de Dios fiera cuchilla  
Cercena la cerviz que no se humilla.

## XXII.

¡Todo en nombre de Dios! ¡Blasfemia horrenda!  
Yo sé que para el Dios de mis mayores  
El humo del incienso es grata ofrenda,  
No de la hirviente sangre los vapores.  
Iris de santa paz en la contienda,  
Sé que extiende sus brazos redentores  
Para estrecharnos con amor profundo  
¡Ay! pero nó para oprimir el mundo

## XXIII.

Te han calumniado ¡oh Dios! Tú oyes el grito  
Del corazón doliente y consternado,  
Tienes misericordia y no has proscrito  
La augusta Libertad. ¡Te han calumniado!  
Si la insaciable sed á lo infinito  
Que aguja mi razón es un pecado,  
Si únicamente para el mal existe,  
Responsable no soy. ¡Tú me la diste!

## XXIV.

No puede ser que viva el pensamiento  
Dentro de mí como enjaulada fiera;  
Sólo para alumbrar nuestro tormento  
La antorcha del espíritu no ardiera.  
La fe que busco, la inquietud que siento,  
El negro abismo, la insondable esfera,  
Lo invisible, lo incógnito, lo arcano,  
Todo está abierto al pensamiento humano.

## XXV.

Si congojoso afán le ofusca y ciega,  
Y alguna vez quizás, cuando le asombra  
La oscura soledad por do navega  
No te ve, no te siente, no te nombra;  
Si en aflicción te niega, ¿quién te niega?  
Un átomo, la sombra de una sombra  
En la inmutable eternidad perdida:  
Ménos que sombra: ¡el sueño de una vida!

## XXVI.

¡Desgraciada del alma que sin tino  
En alas del error su vuelo encumbra,  
Y abandonada y sola en su camino  
Niega la misma luz que le deslumbra,  
Que ve á lo lejos el fulgor divino  
Y no acierta á salir de la penumbra;  
Que avanza, confundida á cada instante,  
Siempre desesperada » siempre errante!

## XXVII.

¡Ay! Hé dudado, dudo todavía;  
Pero nunca de tí. Si te ocultaras,  
Mi ardiente convicción te encontraría  
Pueden turbas frenéticas ó ignaras

Renegar de Jesús y de María,  
 Quemar sus templos, profanar sus aras;  
 Puede en horas de espanto y desconsuelo  
 Como el Olimpo desplomarse el cielo.

## XXVIII.

Pueden, cual otras antes, nuestras vivas  
 Creencias sepultarse en el vacío,  
 Pues no porque las ondas fugitivas  
 Vayan al mar, desaparece el río,  
 Pueden transformaciones sucesivas  
 Cambiar la faz del mundo a su albedrío:  
 Tú siempre flotarás con tus eternas  
 Leyes, sobre los orbes que gobiernas.

## XXIX.

Si chocaran, haciéndose pedazos,  
 Los astros con horrible desconcierto;  
 Si rotos, ¡ay! de la atracción los lazos  
 Se desquiciara el universo muerto;  
 Si quedara al impulso de tus brazos  
 El espacio sin fin mudo y desierto  
 Y el tiempo con sus noches y sus días  
 Dejara de existir, tú existirías.

## XXX.

Mas ¿a qué esfera mi incesante anhelo  
 Me arrebatara y trasporta? A pesar mío  
 Por la excelsa región remonto el vuelo,  
 Subiendo en pos de la verdad que ansío.  
 Pero el dolor que me sujeta al suelo  
 Fuérame a descender trémulo y frío,  
 Cual ave que aletea inquieta y viva  
 Dentro de la prisión que la cautiva.

## XXXI.

¡Torno a la triste realidad! ¿Y a donde  
 Podré volver mi tétrica mirada,  
 Sin que me aflija la abyección que esconde  
 Nuestra mezquina y lóbrega morada?  
 Cuanto más sufra, cuanto más ahonde,  
 Cuanto más baje el alma infortunada,  
 Tanto mayor le mostrará la tierra  
 El abismo sin término que encierra

## XXXII.

¡Ay! ¡Yo le he visto con horror! Yo mismo  
 De incertidumbre y de terrores lleno,  
 Voy rodando hacia el fondo de ese abismo  
 Do ese amasa con lágrimas el cieno.  
 La infamia, la traición y el egoísmo  
 Me han brindado su cáliz de veneno,  
 Y he sentido al beber su última gota,  
 Rota mi lira y mi existencia rota.

## XXXIII.

¡Patrial! ¡Risueño hogar! ¡Caliente nido  
 Que nunca más veré! Turbado y mudo  
 De vosotros llorando me despido  
 Y con adiós patético os saludo.  
 ¿En dónde está la fuente del olvido,  
 Para agotarla toda? En vano acudo  
 A mi fiaco valor, y lucho en vano  
 Contigo, ¡oh mi recuerdo! ¡oh mi tirano!

## XXXIV.

¿Quién del fondo del alma te desecha?  
 Como el águila soy que lleva hundida  
 En su ala enorme la traidora flecha,  
 Y va sangrando siempre de su herida.  
 Desalentada, atónita y maltrecha,  
 Por la ancha inmensidad vuela perdida,  
 Hasta que encuentra, al desplomarse inerte,  
 En abrupto peñón oscura muerte.

## XXXV.

¡Yo también moriré!... ¿Dónde? ¡Quién sabe!  
 Desesperado y con mi herida abierta  
 Pudiera hallar mi tumba, como el ave,  
 Quizás en roca estéril y desierta.  
 No habrá, do quiera que el pesar me acabe,  
 Quién, abrazado a mí, lágrimas vierta,  
 Ni quién cierre mis ojos y recoja  
 Mi último beso, mi postrer congoja.

## XXXVI.

¡Olas del mar que con la frágil quilla  
 De mi libre bajel rompo y quebranto,  
 Corred, llegad a la britana orilla  
 Crecidas y amargadas con mi llanto!

Y allí, do triste y silencioso brilla  
Mi abandonado hogar, si alcanzáis tanto,  
Decid, junto á la lumbre, al ángel mío,  
Que estoy muriendo de cansancio y friol

## XXXVII.

¡Frio del corazón, que hasta mis huesos  
Penetra y por mis venas se derrama  
Y agolpa á mi memoria los sucesos  
De mi vida, en confuso panoramal  
Sólo el calor de tus amantes besos,  
Nó los pálidos rayos de la fama,  
Pudieran dar al alma entumecida  
de tu padre infeliz, aliento y vida.

## XXXVIII.

¡Pero jamás tu sonrosada boca  
En mí se posará! ¡Nunca el abrigo  
De tus brazos tendré! Sufrir me toca  
Errante y resignado mi castigo.  
¡Oh! Si no tienes corazón de roca,  
Cuando se cebe la opinión conmigo  
Y escarnecido mi recuerdo veas,  
Compadéceme, y gime, y non la creas.

## XXXIX.

Acaso te dirá que ingrato y duro  
Abandoné la cuna en que dormías,  
Que no tuve piedad, que fui perjuro  
Y me encenago en crápulas y orgias....  
Te engaña; nó la creas, ¡Te lo juro  
Por mí, por ti, por los fugaces días  
De amor y calma que gocé á tu lado!  
Pude imprudente ser, mas nó culpado.

## XL.

¡Llora pensando en mí! Justo es que llores  
Pues mientras dure de mi vida el hilo,  
Iré siempre á merced de mis dolores,  
Sin paz, sin esperanza y sin asilo.  
—Mas basta ya de inútiles clamores;  
Surca, velera nave, el mar tranquilo;  
Que ya ilumina el sol de la mañana  
La cima del Pentélico, cercana.

## XLI.

Al través de los diáfanos celajes  
Con que aparece la rosada aurora,  
Ante mí se despliegan los paisajes  
Que la naciente luz inunda y dora.  
¿Serás término y fin de mis viajes,  
Desolada región? Dame en buen hora,  
Si el cielo quiere que por tí sucumba,  
A la sombra de un sauce, humilde tumba:

## XLII.

O á la orilla del mar, fuera del paso  
De los mortales, donde apenas haya  
Señal de vida, y con rumor escaso  
Las olas se adormezcan en la playa.  
Sepúltame de cara hácia el Ocaso,  
Para que cuando el sol á hundirse vaya  
En las costas de Albión, lejos, muy lejos,  
Me alumbre con sus últimos reflejos.

## XLIII.

¡Ay! Esa luz incierta y fugitiva,  
Cuando á la tarde sobre mí se abata,  
Será como un recuerdo que reciba  
De mi patria orgullosa y siempre ingrata.  
Mas ¿quién piensa en morir? Grecia cautiva  
Hoy de su férreo yugo se desata,  
Y mientras libre y próspera no sea,  
Morir es desertar de la pelea.

## XLIV.

¡Grecia, Grecia inmortal! ¡Madre amorosa  
De héroes y genios! ¡Sosegada fuente  
De rica inspiración! ¡Fecunda esposa  
Del arte! ¡Eterna luz de nuestra mente!  
¡Con qué ansiedad tan fútil y piadosa  
Por vez primera respiré tu ambiente!  
Y al escuchar el són de tus cadenas,  
¡Con cuánta indignación lloré en Atenas!

## XLV.

Yo recorrí tus campos, tus sombríos  
Bosques y tus poéticas colinas;  
Templé mi sed en tus sagrados ríos  
Y me bañé en sus ondas cristalinas.

Entregado á mis vanos desvarios  
Con mudo asombro contemplé tus ruinas  
Iluminadas por el cielo heleno  
De música, y color, y aromas lleno,

## XLVI.

¡Cuál se desatan los contornos puros  
Del templo secular! La verde hiedra  
Trepando inquieta por los altos muros,  
En la hendida pared arraiga y medra.  
Mueve el aire sus vástagos oscuros.  
Colora el sol la ennegrecida piedra,  
Y parece que inmóvil en la cima  
El moribundo Partenón se anima.

## XLVII.

Allí sesteaba el balador ganado  
Paciendo en calma la reseca hierba  
Que crece al pié del templo consagrado  
A las fecundas artes de Minerva.  
El pastor perezoso y descuidado,  
A quien el sol canicular enerva,  
Duerme tranquilo en la agostada alfombra  
Del mutilado pórtico á la sombra.

## XLVIII.

Tranquilo duerme. ó vaga si objeto  
Al compás de los cantos que improvisa,  
Dulces como la miel del monte Himeto  
Que en el lejano término divisa.  
El, de una raza de gigantes nieto,  
Su heroica tierra indiferente pisa,  
Y no guarda, indolente, en su memoria  
Ni el propio origen, ni la patria gloria.

## XLIX.

Mas la conserva el mundo. En vano, en vano  
Celosos de tus inclitas empresas,  
El tiempo adusto y el rencor humano  
Redujeron tus templos á pavesas.  
En vano ¡oh Grecia! la implacable mano  
De tu opresor envilecida besas:  
Tan excelso renombre conseguiste,  
Que á la edad y á tu infamia se resiste.

## L.

¡Y nunca morirá! Puede la lumbre  
Extinguirse en tu claro firmamento;  
Puede rodar la inmensa muchedumbre  
De tus dioses, postrada y sin aliento.  
Pero los ecos de la enhiesta cumbre,  
Los rumores del bosque, el mar y el viento  
Repiten cadenciosos los gemidos  
De tus dioses olímpicos vencidos.

## LI.

Vencidos, mas nó muertos. ¿Hay alguno  
Que no viva en el mundo de la idea?  
En él fulgura Apolo, alienta Juno,  
Duerme en su concha Vénus Citerea,  
En su carro marino el dios Neptuno  
Por el undoso piélago pasea,  
Júpiter vibra el rayo ignipotente  
Y orla Baco de pámpanos su frente.

## LII.

Aún ciñendo su rústica guirnalda  
Turban nuestra memoria tus Bacantes,  
Con el cabello suelto por la espalda  
Y los desnudos pechos palpitantes;  
Aún vagan en silencio por la falda  
Del sacro Pindo, que animaron antes,  
Tristes las Musas, pero siempre hermosas,  
Coronadas de lauro, y mirto, y rosas.

## LIII.

La rabia en los mortales corazones,  
De tus negras Euménides aún dura;  
Aún surcan tus Nereidas y Tritones  
Del hondo mar la líquida llanura;  
Aún se perciben los alegros sonos  
De la flauta de Pán en la espesura,  
Cuanto ensalza y endiosa la grandeza  
De la amante y feraz Naturaleza.

## LIV.

La luminosa huella de tu paso  
Es estela que nunca se ha extinguido,  
Y conservas tu fama, como el vaso  
Guarda el aroma del licor vertido.

Se alza Homero en la cumbre del Parnaso  
Resistiéndose al tiempo y al olvido,  
Y de tus ricas artes los despojos  
Encanto son del alma y de los ojos.

## LV.

Labra el mármol con mano ejercitada  
Fidias, infúndele su fuego interno,  
Y da á la humanidad maravillada,  
De la eterna belleza el molde eterno  
La piedra por el genio fecundada  
Palpita á impulsos del amor materno,  
Y surge de su entraña endurecida  
La estatua llena de reposo y vida.

## LVI.

La ardiente inspiración del viejo Esquilo.  
Sorprendiendo el dolor de Prometeo,  
Revela al mundo en prodigioso estilo  
Las perdurables ansias del deseo.  
Jove impasible, pero nó tranquilo,  
Oye el rugir del indomable reo,  
Que encadenado á la escarpada roca  
Con renaciente furia le provoca.

## LVII.

¡No, no te asuste lo futuro ignoto,  
Comarca infortunada! Aunque tus días  
Cortase de improviso el terremoto  
Y te tragara el mar, no morirías.  
Bastaran una estrofa, el dorso roto  
De una estatua, un frontón, cenizas frias  
De tu pasado, para no olvidarte,  
¡Oh cuna de los dioses y del arte!

## LVIII.

¡Con cuán amarga indignación, con cuanto  
Dolor, presa de un déspota contemplo  
Tanta belleza incomparable, y tanto  
Recuerdo augusto, á la virtud ejemplo!  
Todo me inspira lástima y espanto:  
El arco hendido, el derribado templo,  
La columna volcada entre la hierba,  
Tus hijos degradados, y tú sierva.

## LIX.

¿Y ha de vivir en abyección profunda  
Siglos y siglos, tu escogida raza?  
No: ponte en pié, revuélvete iracunda,  
El fuerte escudo minervino embraza:  
Para romper tu bárbara coyunda,  
De Hércules toma la pujante maza,  
Acostumbrada en sus fornidas manos  
A rendir monstruos y á domar tiranos.

## LX.

Lanzas te den tus bosques, tus cadenas  
Hierro para luchar, las tempestades  
Su furor, y el recuerdo de tus penas  
Odio mortal para que no te apiades.  
Convierte tus peñascos en almenas,  
Tus campos tala, incendia tus ciudades,  
Y si ser grande y respetada quieres,  
De tí no más, la salvación esperes.

## LXI.

Recuerda ¡oh Grecial los antiguos hechos  
De tus hijos magnánimos y bravos,  
Y reconquista sola tus derechos  
Sin fiar en latinos ni en esclavos.  
Cubra la cota bélica tus pechos  
Cansados ya de amamantar esclavos,  
Y el rayo destructor tu diestra vibre,  
Que quien sabe morir, sabe ser libre.

## LXII.

Así entendieron el valor, tus bellas  
Y nobles hijas en la infausta rota  
Con que probar quisieron las estrellas  
La fe de un pueblo enérgico y patriota;  
Cuando madres, esposas y doncellas,  
Siguiendo en pos de la legión suliotá,  
Vieron, con sed inútil de venganza,  
De sus deudos la bárbara matanza.

## LXIII.

El implacable Ali, de rabia ciego  
Y ansioso de vengar viejos reveses;  
Cayó de pronto sobre el campo griego  
Como la tempestad sobre las mieses,

Y entró con furia tal á sangre y fuego,  
Azuzando á sus rudos albaneses,  
Que cuando á la salida se previno  
Le cerraban los muertos el camino.

## LXIV.

Con mudo afán y punzadora pena,  
Multitud de mujeres contemplaba  
El brutal frenesí de aquella hiena,  
Desde una roca inaccesible y brava;  
De acerbo llanto silenciosa vena  
Sus lívidos semblantes inundaba,  
Y ante aquel espectáculo sangriento  
Ni un suspiro exhalaban ni un lamento.

## LXV.

¡Cuán mortalmente á todas de rechazo  
El bronco golpe del cañón herial  
Que era el combate decisivo, el plazo  
Funesto, interminable la agonía.  
Sólo el cándido niño en el regazo  
Maternal, inocente sonreía,  
Sin comprender su desventura horrenda  
Y ajeno, el triste, á la feroz contienda.

## LXVI.

Firmes como granítica muralla,  
De sangre, y polvo, y de sudor cubiertos  
Los griegos esperaron la metralla  
De su trágico fin ni un punto inciertos.  
Pudo el turco en el campo de batalla  
Contar á los vencidos por los muertos,  
Que allí no dió cuartel, ni hubo suliota  
Capaz de resignarse á su derrota.

## LXVII.

De pié sobre la ingente cortadura  
Del agrío monte, en cuyo fondo mismo  
Espumosa torrente de agua oscura,  
La grandeza aumentaba del abismo.  
Madres, hijas, esposas sin ventura,  
Del terror en el fiero paroxismo,  
Veían con atónita mirada  
El término fatal de la jornada.

## LXVIII.

¡Todo acabó! Desgarrador lamento  
Que el eco repitió de cumbre en cumbre  
Brotó, en la angustia del postrer momento,  
De aquella estupefacta muchedumbre,  
Trastornada, convulsa, sin aliento,  
Prefriendo á la torpe servidumbre  
La palma del martirio victoriosa,  
Y á las infamias del harén, la fosa.

## LXIX.

Cual si cediese á inspiración secreta  
O á ley divina, en su furor creciente  
Abalanzóse hácia la enorme grieta  
Que daba paso al bramador torrente.  
Todo, todo yacía en paz completa:  
La tierra muda, el cielo indiferente,  
El viento adormecido, el mar en calma....  
¡Qué sola está cuando padece, el almal

## LXX.

¡Ay!—con acento entrecortado y hondo  
Clamó una madre, de ósculos cubriendo  
Al hijo de su amor:—¡yo te respondo  
De que libre serás!—Y esto diciendo,  
Despeñó al niño, que rodó hasta el fondo  
Del yoraz antro con medroso estruendo,  
Y sonó un grito de ansiedad suprema,  
Que era á la vez gemido y anatema.

## LXXI.

Y todas, ¡ay! en su dolor profundo,  
Descompuesta la faz, con el cabello  
Erizado, y la rabia, cual inmundo  
Reptil, ceñida y enroscada al cuello;  
De la vida olvidadas y del mundo,  
Y extinto en ellas el postrer destello  
De la fe que á los míseros anima,  
Dieron sus hijos á la hambrienta sima.

## LXXII.

¡Una sola faltó! De la hendidura  
Que abrió un arroyo en la caliza roca,  
Y donde acaso en su mortal pavura  
Buscó refugio atribulada y loca,

UNIVERSIDAD DE BURGOS LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Cada. 1625 BONTREY, BURGO

Sobre hermosa y dormida criatura  
Apretada la faz, boca con boca,  
Y de amarilla palidez cubierta.  
No se movió una madre. ¡Estaba muerta!

## LXXIII.

Ya consumado el duro sacrificio,  
Todas en rueda y de la mano asidas,  
Al borde del riscoso precipicio  
Giraron, por el vértigo impelidas.  
Al compás de su lúgubre ejercicio  
Iba el abismo devorando vidas,  
Y sacando sus víctimas la suerte  
De aquella horrible *danza de la muerte*.

## LXXIV.

Eran principio y fin de su camino  
La fiebre arriba y el sepulcro abajo,  
Y una tras otra en raudos remolino  
Fueron cayendo en el inmenso tajo.  
¡Confunda Dios al déspota asesino  
Que á tan sangrienta extremidad las trajo,  
Y déle, como premio á sus hazañas,  
Hijos sin fé, y esposas sin entrañas!

## LXXV.

Pero es forzoso que mi canto acabe.  
Ya llegamos al puerto: ya sumisa  
Da fondo en él la afortunada nave;  
Columpiándose al soplo de la brisa.  
Ya recoge sus alas como el ave  
Que al nido llega, y con ingenua risa  
Saluda el marinero enternecido,  
Como el ave también, su patrio nido.

## LXXVI.

¡Feliz mil veces él! ¡Cuán placentera  
Con blando afán, en la cercana orilla  
Le aguardará quizás su compañera,  
Inocente como él, como él sencilla...  
¡Ay! ¡Quién me espera á mí?... ¡Grecia me espera!  
Doblo ante su infortunio mi rodilla,  
Y mientras lllore opresa y desgarrada,  
Lira, ¡déjame en paz!... ¡Venga una espada!

(Año de 1823).

Tibio fulgor, cuyo recuerdo aún queda  
Fijo en el alma, del troyano liviano  
Iluminaba la bullente rueda,

Cual la luz que en las noches de verano  
Serpentea con lívido destello  
Sobre la sepultura y el pantano.

Tenaz angustia se enroscó á mi cuello  
Y conturbó mi juicio de tal modo,  
Que de pavor se me erizó el cabello.

Desvanecido ya, ciego del todo  
Y acometido por las sombras, iba  
Tropezando do quier como un beodo,

Hasta que al fin, agitación tan viva  
Rindió mis fuerzas y caí, cual duro  
Roble, que el huracán troncha y derriba.

Cuánto, en el bosque tétrico y oscuro,  
Postrado estuve y frío como el hielo,  
Inútilmente recordar procuro.

Sé que al volver en mí, con hondo anhelo,  
Desesperando del auxilio humano,  
Alcé los brazos y la vista al cielo;

Que busqué en mi memoria de cristiano  
La fe de mi piadosa adolescencia,  
Y que pugué por alcanzarla en vano.

¡Oh cielo, que alumbraste mi inocencia,  
De candorosas ilusiones lleno  
En tu infinita y pura trasparenca!

¡Oh cielo azul, espléndido y sereno,  
Patria inmortal del ánimo que aspira  
A dilatarse en tu profundo seno!

¡Cuánto has cambiado para mí!... ¡Mentira!  
Tú no cambias jamás. ¡Siempre tu esfera  
Es del color del alma que la miral

— ¡Por qué se asusta el ave pasajera  
Que con vuelo imprudente y atrevido  
A incógnita región partió ligera,

Si cuando torna al bosque en que ha nacido,  
Tal vez arrepentida y fatigada,  
No encuentra ya su abandonado nido?

De pronto, traspasando la enramada  
Sin conmover las hojas, como suave  
Rayo de luna en noche sosegada,

Llegó un anciano á mi pausado y grave,  
Mostrando la serena compostura  
Que sólo en almas superiores cabe.

Prestaban majestad á su figura  
El lauro de oro en la anchurosa frente,  
Y la talar y-roja vestidura.

Avancó con el firme continente  
De quien no cede á la pasión tirana,  
Ni el torpe miedo del peligro siente,

Rasgando con su vista soberana  
La densa oscuridad, como avezado  
A penetrar en la conciencia humana

Y á ver hasta en el pecho más cerrado  
La insomne incertidumbre del delito  
Y la muda vergüenza del pecado.

Mi respeto es mayor cuando medito  
En su semblante rígido y severo  
Por las vigiliás y el dolor marchito;

Cuando animar con mis memorias quiero,  
Si no la noble imágen, el esbozo  
De aquella ilustre sombra que venero:

De boca reprimida, extraña al gozo,  
Como empeñada en detener el paso  
A justa maldición y hondo sollozo;

De aguileña nariz, de rostro raso  
Y enjuto, de mirada penetrante  
Como una espada, y tan temida acaso.

Lleno de admiración vile delante  
De mí, lloré, con voz conmovedora  
Grité, cayendo prosternado:—¡Oh Dantel—

Y á este nombre la turba aterradora  
De fantasmas huyó, cual los insanos  
Sueños al leve rayo de la aurora.

—Señor—tendiendo las crispadas manos  
Exclamé con afán;—préstame auxilio,  
Que me pierdo en tinieblas y en arcanos,

—Haré por tí cuanto en mi largo exilio—  
Me contestó con reposado acento—  
Hizo por mí la sombra de Virgilio.

Será grande y terrible tu tormento  
Antes que el sol á iluminarte vuelva,  
Porque aquí se desgarrá el pensamiento

Pero al amargo trance te resuelva  
La sentencia fatal de que en la vida  
Todos pasamos por la *oscura selva*.

¡Todos pasamos, sí! Y es, á medida  
Que de su freno la razón se exime,  
Más angosta y difícil la salida.

Aquí se desespera, aquí se gime,  
Aquí se llora sangre, aquí el quebranto  
De las pasadas culpas nos redime.

Aquí no tienen en su eterno espanto,  
Ni olor las flores, ni rumor las fuentes,  
Ni las medrosasavecillas canto.

Ya verás, cuando avances, cómo sientes  
Bajo el tremendo golpe de la pena  
Crujir tus huesos y chocar tus dientes.

Aquí el aire es infecto y envenena  
Hiel el agua que bebes; aquí el hombre  
Llega á dudar de Dios, y se condena.—

—¡Oh!—recaleso pregunté:—¿qué nombre  
Tiene esta horrible selva en que me veo?  
¿A dó podré mirar que no me asombre?—

Y cuando así expresaba mi deseo,  
Sentíme herido de terror extraño,  
Como en presencia de su juez el reo.

—¿No has conocido ya para tu daño  
Respondiome el Maestro—que caminos  
Por la selva mortal del desengaño?

¿No te lo han revelado las espinas  
Que eusangrientan tus piés, y el grave peso  
De los recuerdos bajo el cual te inclinas?

No esperes que con lánguido embeleso  
Las jóvenes y alegres ilusiones  
Impriman en tu faz su ardiente beso.

No esperes que con himnos y canciones  
Aduerman tu virtud, ni con infames  
Halagos den calor á tus pasiones

Es inútil que grites y derrames  
El llanto acerbo que tu rostro escalda.  
¡Huyeron! No vendrán, aunque las llames.

Cuando tocamos en la agreste falda  
De la vejez, impuras meretrices,  
Todas nos vuelven con desdén la espalda.

¡Ay! Bienaventurados y felices  
Los que al llegar al término forzoso  
Que con estéril cólera maldices;

Cuando por todas partes el frondoso  
Bosque, sus pasos embaraza y cierra,  
Y no encuentran la dicha ni el reposo;

Cuando, como despojos de la guerra,  
Van dejando en la linde del camino  
Las breves alegrías de la tierra,

Y el hombre, fatigado peregrino,  
Hacia el negro sepulcro avanza á oscuras  
Sin saber dónde va, ni porqué vino;

No pierden en las agrias cortaduras  
Del escabroso monte de la vida,  
Sino sus miserables vestiduras,

Y llevan hasta el fin de la partida  
La luz, que el mundo al infortunio niega  
En su propia conciencia recogida!

Esa luz, cuando el ánimo se entrega  
A la insaciable duda, con su escaso  
Fulgor, si no lo alumbra, no le ciega,

Y semejante al sol en el ocaso,  
No esparce ya la claridad del día,  
Pero á la negra noche estorba el paso.

Tenne es su resplandor; mas él nos guía  
Cuando abatido el corazón despierta  
En la intrincada y azarosa vía.

¡Triste de aquel que á conservar no acierta  
Viva esa luz, y arrastra desolado  
Al través de la vida el alma muerta!

Que es como el asesino condenado  
A marchar siempre, en lobreguez envuelto,  
Con su inocente víctima cargado.—

—¡Oh Dantel—preguntéle apenas vuelto  
De mi estupor.—¿Y tu pasión, aún vive?—  
—¡Vive, y no morirá!—dijo resuelto.

—Con mayor fuerza su impresión recibe  
Mi espíritu inmortal, hoy que no siente  
Deleznable interés que le captive.—

Dijo, dobló la pensativa frente,  
Guardó silencio, y sin hablar marchámos  
Largo trecho por la áspera pendiente.

Delante de él los retorcidos ramos  
De corpulentos árboles se abrían,  
Y sin molestia ni dolor pasámos.

Pero después con ímpetu volvían  
A entrelazarse como espesa malla,  
Y dijérase á veces que gemían,

O que surgía de la inculta valla  
Que tras nosotros se cerraba, el ruido  
Temeroso de un campo de batalla.

Súbito, con acento enternecido  
Clamó alzando la frente:—¡Oh casto sueño,  
Nunca logrado y siempre perseguido!

¡Oh Beatriz, con tenaz empeño  
Busco en vida y en muerte! ¡Oh tú, que fuiste  
Y serás siempre mi imposible dueño!

¿Quién á su encanto celestial resiste?  
¿Quién, sin amarla y someterse, mira  
Su faz á un tiempo esplendorosa y triste?

¿Quién por volver á verla no suspira?  
¿Cómo olvidar su pudibunda sombra  
Si ante mí sin cesar irradia y gira?

Cuando la humana confusión me asombra  
Y vacila mi fe, su imagen bella  
Con angélica voz me alienta y nombra,

Y vamos ambos por la misma huella  
Los círculos celestes recorriendo,  
Ella en pos de la luz, y yo tras ella.

—Padre—dijo,—perdona si pretendo  
Penetrar atrevido el hondo arcano  
De esa inmortal pasión que no comprendo.

Unió tu sentimiento soberano  
Las excelencias del amor divino  
Y las miserias del amor humano.

A una mujer te encadenó tu sino  
Y extático la amaste, hasta el momento  
En que la muerte á devorarla vino.

Cayó como la flor que tróncha el viento;  
Pero al perder su túnica terrena  
Hirió con nueva luz tu entendimiento.

Sigues tras la visión que te enajena  
Con incansable afán; mas ¿de qué modo  
Obra en tí la pasión? ¿Es gozo? ¿Es pena?

¿Amas la carne vil? ¿Amas el lodo?  
¿O bien la esencia incorruptible y santa  
Del alma libre?—Y respondiome:—¡Todo!

La eterna aspiración que nos encanta  
Y llega á Dios como impalpable nube,  
Del fango de la vida se levanta.

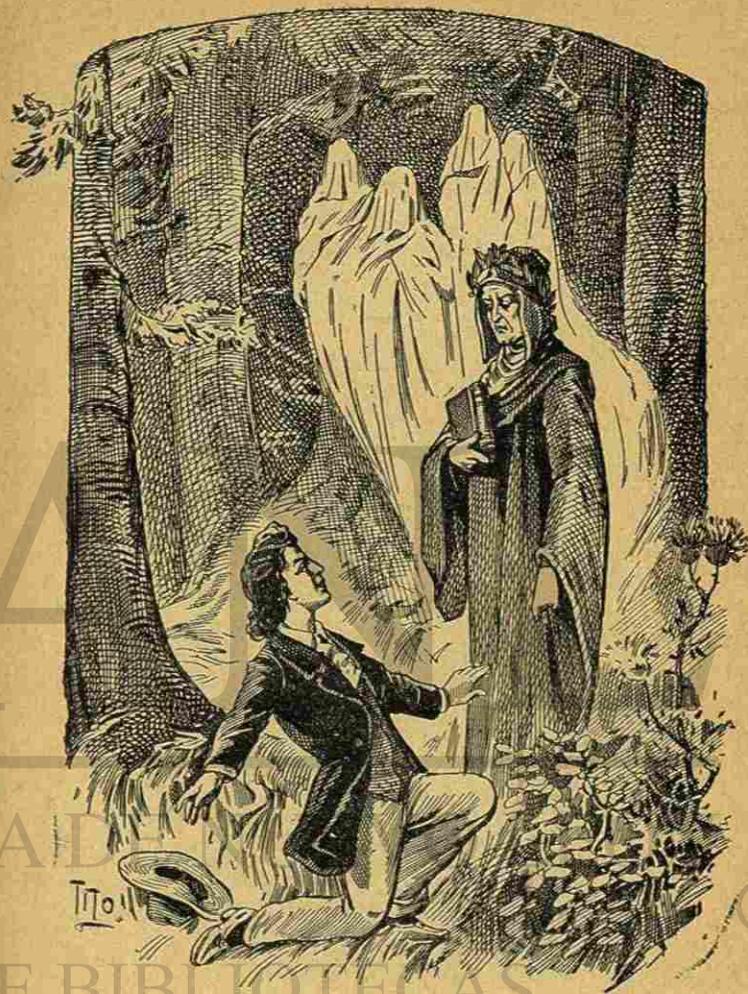
Escala es de Jacob por donde sube  
Nuestro dolor, en busca de consuelo,  
A las altas esferas en que estuve.

Es un gemido que remonta el vuelo  
A la excelsa región de la esperanza,  
Es la nostalgia mística del cielo.

—Señor—repuse:—mi razón no alcanza  
A entender los misterios que me dices,  
Y más se ofusca cuanto más avanza.

—Sabrás, sin que tu ingenio martirices,  
Lo que tu mente conocer no pudo.—  
Y así hablando, sentóse en las raíces.

Salientes y rugosas de un desnudo  
Tronco, fantasma de la selva umbría,  
Ante el cual desbordado, pero mudo  
Ancho río de lágrimas corría.



Lleno de admiración vile delante  
De mi, lloré, con voz conmovedora  
Grité, cayendo prosternado: ¡Oh Dante!

## CANTO II

BEATRIZ.

Con su profundo pensamiento fijo  
En más prósperos tiempos y lugares  
Dante Alighieri suspirando, dijo:

—¡Recordar es vivir! Paternos lares,  
Sueños de amor, quiméricos anhelos,  
Rápidos goces, íntimos pesares,

Luchas de la ambición, traidores celos,  
Sorda inquietud del alma que se pierde  
Sin hallar el camino de los cielos,

Horas de insomnio en que voraz nos muerde  
La duda el corazón, breve alegría,  
¡Desgraciado de aquel que no os recuerde!

La memoria es el faro que nos guía  
Por el humano mar embravecido,  
Desde la cuna hasta la tumba fría

¿Dónde la vida está del que ha tenido  
La lobreguez del porvenir delante,  
Si deja tras sus pasos el olvido?

¡Ay! Ya que ignore el pobre navegante  
El puerto a donde vá, conozca al menos  
Los que ha tocado, naufrago y errante.

En los días alegres y serenos  
De mi fugaz y hermosa primavera,  
A la malicia y el engaño ajenos,

Fué cuando Beatriz, que también era  
Niña inocente, en noble hogar nacida,  
Rindió mi voluntad por vez primera.

¿Qué fuerza superior, nunca sentida,  
Pudo unirnos con lazo tan estrecho  
En los castos albores de la vida?

Resguardaba la infancia nuestro pecho,  
Como resguardo a la ciudad el muro  
Contra torpe invasor, siempre en acecho.

Núñez de Arce,-10

Nuestra mutua ignorancia era un seguro  
Inexpugnable, misterioso y santo,  
Cerrado á todo pensamiento impuro.

¿Cómo ceder pudimos al encanto  
De una pasión, en la niñez ignota,  
Y cómo en nuestras almas creció tanto?

¿No viste el manantial que gota á gota  
La peña horada, y rumoroso emprende  
Su curso desde el risco en donde brota,

Que va creciendo al paso que desciende,  
Hasta que al fin con desatado brío  
Por la vega sus márgenes extiende?

Pues decir puedo que su amor y el mío  
Aumentaron también con la distancia,  
Como el arroyo al transformarse en río.

Aquel dulce cariño de la infancia  
Encerró mi ventura, como encierra  
El virginal capullo su fragancia.

Hasta creo, y mi espíritu se aferra  
A tan grata ilusión, que desde el cielo  
Amándonos bajámos á la tierra.

Bien sé que cubre impenetrable velo,  
Negro como la noche, la memoria  
De las gemelas almas sin consuelo,

Que durante su estancia transitoria  
Por nuestro valle de dolor, olvidan  
Su Edén perdido y su pasada gloria.

Mas Dios permite á veces que coincidan.  
En un mismo recuerdo, y se den cuenta  
De los misterios que en su fondo anidan.

Es fugitiva ráfaga que ahuyenta  
Las sombras de su mente, como el rayo  
Rompe la oscuridad de la tormenta.

Hoy que mi vista inmaterial explayo  
En plena luz, desde la excelsa cumbre  
A do llegué tras mi postrer desmayo,

Mi duda se convierte en certidumbre,  
Y sé que fuimos al cruzar el mundo  
Como dos chispas de una misma lumbre.

¿Dónde amor más patético y profundo  
Que el nuestro encontrarás, ni cuál ha sido  
Tan tímido, callado y pudibundo?

Siempre mi pensamiento confundido  
Llegó sin voz hasta los piés de aquella  
Que me robaba el alma y el sentido.

Jamás oyó la cándida doncella  
Concepto alguno, que asomar los rojos  
Matices del pudor hiciese en ella.

Mis penas, mis afanes, mis antojos,  
Mis secretas zozobras expresaba  
Con el mudo lenguaje de los ojos,

Y sin hablar, sin que mi lengua, esclava  
De ruin temor, se aventurase al ruego,  
Ella mi puro amor adivinaba.

Postrábame mortal des  
Ante la majestad de su hermosura  
Que me dejaba trastornado y ciego.

Pero después, cuando la noche oscura,  
De rutilantes astros coronada,  
Excitaba mi fiebre y mi locura;

Cuando solo en mi hogar, con la mirada  
Fija en el ancho espacio tenebroso,  
Do esplendía la imagen de mi amada,

Buscaba en el silencio y el reposo  
Lenitivo á mi mal, ¡cuán tristes quejas  
Exhalaba mi pecho congojoso!

Como al panal acuden las abejas,  
Volaban á Beatriz mis pensamientos  
Al través de los muros y las rejas,

Y en la noche callada, en los momentos  
En que soltaba sus cabellos de oro,  
Turbaban su quietud vagos acentos.

Era quizás que en invisible coro  
Mis ardientes suspiros á su lado  
Revolaban diciéndole — ¡Te adoro! —

Alguna vez en mi infeliz estado  
La voz del corazón secreta y honda,  
Gritábame — ¡Valor! que eres amado;

Mas no cobarde tu pasión se esconda,  
Ni quieras que la virgen inocente  
A tu silencio, impúdica, responda.—

Entonces, llena de ilusión la mente,  
De Beatriz á la mansión cercana  
Animoso corría y diligente.

Pero al llegar al pié de su ventans,  
Confuso y sin valor retrocedía  
Diciendo— ¡Es pronto! Volveré mañana.—

Y no lució jamás propicio el día  
Para mi amor, que atormentado y preso  
En mí, como un Titan, se revolvía.

Quizá sin la flaqueza que confieso,  
Se fundieran en éxtasis divino  
Nuestras dos existencia en un beso.

Mas, ¡ay! que un día inesperado vino  
A dejarme la muerte pavorosa  
Solo y triste en mitad de mi camino.

Aquella faz purísima y hermosa  
Que formaron en hora afortunada  
La nieve en competencia con la rosa;

Aquella casta frente, urna sagrada  
De virtud y de amor: aquellos ojos  
Claros como la luz de la alborada:

Aquel seno gentil, aquellos rojos  
Labios, que con su púdica sonrisa  
Templaban el rigor de mis enojos;

Aquella voz que trémula, indecisa,  
Llegaba á mí, como lejano canto  
De la noche, en las alas de la brisa;

Todo al compás de mi abundoso llanto,  
Pasó ante mí como fugaz centella,  
Y aún pienso en aquel día con espanto.

La muerte misma la encontró tan bella,  
Que al trasplantarla á mundos superiores  
Su hábito destructor no imprimió en ella.

Yo la ví á los siniestros resplandores  
De blanco cirio, al parecer dormida,  
La sien orlada de olorosas flores,

Y en su apacible faz descolorida  
Posé temblando un ósculo... ¡el primero  
Y único beso que le di en mi vida!

¡Ay! cómo pude resistir al fiero  
Y rudo embate de tan dura prueba,  
Ni lo he sabido, ni saberlo quiero,

Porque el pesar que amortiguado lleva,  
Mas no extinguido el corazón, es llaga  
Que al calor de recuerdo se renueva

Bajo el influjo de mi suerte aciaga  
Caminaba al azar y sin concierto,  
Como loco infeliz que absorto vaga.

El mundo estaba para mí desierto,  
Sin luz el sol, naturaleza muda,  
Y yo no acongojado, sino muerto.

Porque no vive el alma que desnuda  
De todo bien, frenética se lanza  
En los negros abismos de la duda.

¡Cuán desgraciado fuí! Mas ¿dó no alcanza  
La clemencia de Dios que nos envía  
Tras la sorda tormenta la bonanza?

Una noche de insomnio y agonía  
En que arrastrado por la indócil ola  
Del dolor, retorciéndome gemía;

Cuando más ciega, abandonada y sola  
Pugnaba mi razón contra la pena  
En que la fe del hombre se acrisola,

La imagen de Beatriz dulce y serena  
Apareció á mis ojos de improviso,  
De celestiales resplandores llena.

Dios de mis ansias apiadado, quiso  
Poner fin á mi inmensa pesadumbre  
Con aquella Visión del Paraíso.

Rodeada de ráfagas de lumbre  
Y envuelta en su flotante vestidura,  
Sin mancha como nieve de la cumbre,

Bajó hasta mí la virginal figura,  
Para alumbrar mi espíritu sombrío  
Con un rayo de angélica ternura.

Tres veces, en mi loco desvarío,  
Convulso incorporándome en el lecho,  
Quise abrazarla, y abracé el vacío;

Y de su imagen al través deshecho  
En un raudal de lágrimas, tres veces  
Sentí caer mis brazos sobre el pecho.

—El cielo, oyendo tus continuas preces,  
—Exclamó la Visión—volverte anhela  
El perdido reposo que apeteces,

Y torno á ti, como afanosa vuela  
El ave errante al silencioso nido  
Donde el esposo sin ventura, vela.

Porque en el seno de la gloria ha sido,  
Pensando en tu aflicción, triste mi estancia,  
Y turbada su paz con mi gemido.

Cediendo compasiva á tu constancia,  
Que no pudieron quebrantar la suerte,  
Ni el tiempo, ni el rigor, ni la distancia,

Como en debido premio acudo á verte,  
Y por orden altísima te digo  
Que tu amor ha triunfado de la muerte.

Con luz del cielo á esclarecer me obligo  
Tu espíritu gigante, y por do quiera  
Que vayas, siempre me verás contigo.

Cuando sigas la senda verdadera,  
—¡Avanzal— te diré —que el bien nos guía:—  
Y cuando empieces á dudar— ¡Espera! —

Y tu alma, en mi amorosa compañía,  
Subirá más, porque tendrá dos alas  
Para elevarse á Dios: tu fe y la mía.

Vestiré para ti nupciales galas,  
Seré tu esposa mística, y mi mano  
Te sostendrá en el mundo, si resbalas.

Te mostraré lo incógnito, lo arcano  
Tu mente llegará donde no pudo  
Llegar jamás el pensamiento humano;

Y unida á ti por invisible nudo,  
En las recias batallas de la vida  
Tú la espada serás, y yo el escudo. -

Esto dijo, y su voz siempre querida  
Vibró en mi corazón como las notas  
De un arpa por los ángeles tañida.

Despertaron en mi fuerzas ignotas  
Sentí al impulso de su acento tierno  
Las ligaduras de mi carne rotas,

Y traspasé las puertas del *Inferno*,  
Y con espanto vi de los precitos  
La fiera angustia y el suplicio eterno:

Y horripilado percibí los gritos  
Que arrancaba á las almas pecadoras  
La tremenda expiación de sus delitos.

Y cuando en aquel antro sin auroras,  
Cerrado para siempre á la esperanza,  
Donde son siglos de dolor las horas,

Invencible y tenaz desconfianza  
Sujetaba mis pies, ó el terror ciego  
Que nunca el hombre á dominar alcanza,

Virgilio, mi mentor, uniendo al ruego  
El nombre de Beatriz, romper me hacía  
Olas de sangre y límites de fuego.

Mas no tan sólo en lo región sombría  
Del llanto penetré: siempre guiado  
Por mis sueños de amor y poesías,

Subí también al círculo apartado  
Donde las almas con ferviente anhelo  
Esperan el perdón de su pecado;

Y lejos ya de la mansión del duelo,  
Visité, libre de temor impuro,  
Las esferas espléndidas del cielo. —

Dijo Dante, y alzándose del duro  
Tronco, emprendió de nuevo la jornada  
Con ánimo resuelto y pié seguro.

Yo, en lucha misteriosa y prolongada  
Con el mudo tropel de mis ideas,  
Al través le seguí de la enramada.

De repente exclamó:— ¡Bendita seas,  
Santa ilusión que nuestra pobre vida  
Dignificas, levantas y hermoseas!

Sin tí, nuestra conciencia sumergida  
En tenebroso y perdurable encierro,  
Gimiera en un abismo sin salida.

Sólo por tí, mi voluntad de hierro  
Pudo sufrir la adversidad terrena  
Y no morir de angustia en el destierro.

Sostenido por tí, subí sin pena,  
Pero no sin orgullo, los peldaños  
Tan tristes, ¡ay! de la escalera ajena.

Y en la rauda corriente de mis años,  
Soporté con firmeza soberana  
La injusticia de propios y de extraños.

¡Ay! Si al hundirme en la miseria humana,  
No columbrara en lontananza el puerto  
Y la costa segura, aunque lejana;

Si en medio del mundano desconcierto  
No hubiese á veces mi razón confusa  
Entrevisto el oasis del desierto;

Privado de la paz que no rehusa  
A las almas la fe, tú hubieras sido  
¡Oh desesperación! mi única Musa.—

Yo seguía escuchando embebecido  
Las austeras palabras del Maestro,  
Mi pasada inquietud dando al olvido.

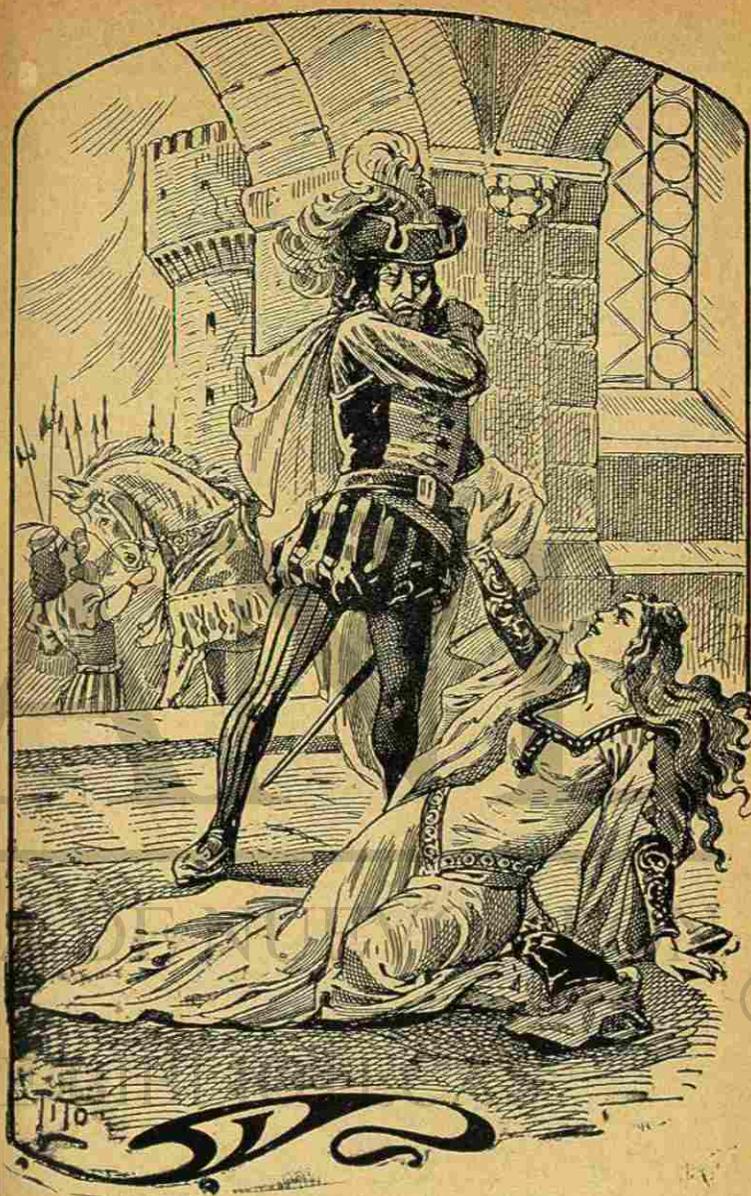
El bosque, á cada instante, más siniestro  
Se presentaba, y la escabrosa ruta  
Más estrecha y hostil al paso nuestro.

Paró por fin mi marcha irresoluta,  
Salvando de improviso los abrojos  
Que la boca cerraban de una gruta.

Feroz pantera, cuyos turbios ojos  
Relucían inquietos en la densa  
Oscuridad, como carbones rojos,

Rasgando el aire con su voz inmensa,  
Cual si estuviese contra mí en acecho,  
Descuidado cogíome y sin defensa.

Su aguda zarpa destrozó mi pecho,  
Grite azorado, y á mi propio grito  
Desperté, revolcándome en el lecho.

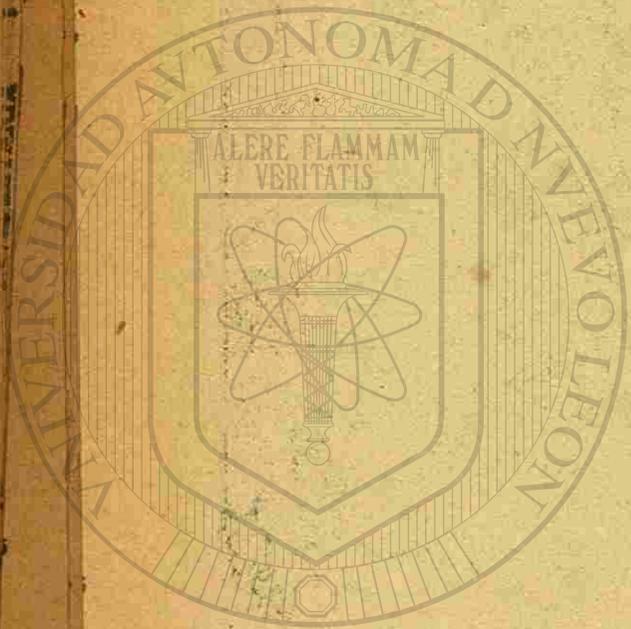


—¡Espera!  
¿No, ves si alguna compasión te inspira  
mi amor, que me asesinan tus desvíos?—  
Y el monstruo, rechazándola con ira,  
—¡Cansada estais!—le contestó—¡Moríos!

—¡Luz, dadme luz!—clamé con infinito  
Afán, con el afán del moribundo  
A quien mira su culpa de hito en hito.

—Sin el vivo calor, sin el fecundo  
Rayo de la ilusión consoladoda,  
¿Qué fuera de la vida y qué del mundo?

¡Lejos de mí las sombras que á deshora  
Llenan de espanto la conciencia humana—  
Y el decir esto, penetró la aurora  
En torrentes de luz por mi ventana.



U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



## HERNAN EL LOBO.

## CANTO PRIMERO.

## I.

En solitaria y eminente roca  
de los montes cantábricos, aliva  
rasga el espacio y en las nubes toca  
vieja torre feudal. La peña viva  
de donde arranca el resistente muro,  
con tan difícil corte el paso cierra,  
que no existe castillo más seguro  
coronando los riscos de la sierra.

## II.

El peñón que le sufre, en dos partido  
por un extremo está, cual si de un tajo  
en formidable lid le hubiera hendido  
el hacha de un Titan, de arriba abajo.  
Silvestre helecho y trepadora hiedra  
los bordes cubren de la herida piedra,  
por cuya enorme cavidad sombría  
surge espantable y prolongado grito,  
como si aquella mole de granito  
se doliese del golpe todavía.

## III.

Es la voz del torrente fragoroso  
que se despeña de escarpada altura  
y al pasar por la estrecha cortadura,  
del castillo feudal, muralla y foso,  
se arremolina, se retuerce, choca  
y salta, enfurecido y espumoso  
como el mar, por las quebras de la roca.  
Cuando acrecienta su raudal la nieve  
que derretida de las cumbres baja,  
y los cimientos sólidos conmueve  
del cerro, y piedras y árboles descuaja,  
ante aquel espectáculo sublime  
retumba el eco, la montaña gime,

con medrosa inquietud la res salvaje  
escapa sin cesar de risco en risco,  
se oculta la avecilla entre el ramaje,  
en su cueva el reptil, hasta en su aprisco  
la oveja se acobarda, y solamente  
el águila caudal, cuya pupila  
sonda la inmensidad, vuela tranquila  
sobre las turbias aguas del torrente.

## IV.

El castillo, elevándose imponente,  
como un fantasma, en el picacho escueto,  
y sobre el negro tajo por do corre  
revuelto río, el levadizo puente,  
con cadenas fortísimas sujeto,  
como un esclavo, á la almenada torre,  
todo infunde en los ánimos respeto.  
Resalta el ancho y ostentoso escudo  
sobre la puerta gótica, en la parda  
piedra por toscas manos esculpido.  
y de pie en el umbral, siniestro y mudo,  
vigila el puente y sus contornos guarda  
un soldado con aires de bandido.  
Aumentan el misterio y la pavora  
de aquel lugar inexpugnable y rudo,  
la monótona voz del centinela,  
que las traiciones de la noche oscura  
siempre temiendo, sin descanso vela;  
y en bandadas los cuervos agoreros,  
que, al volver de los próximos pinares,  
buscan las hendiduras y agujeros,  
de aquellos murallones seculares.

## V.

Era una tarde de Noviembre, helada  
como la mano de la muerte; espesa  
niebla cumbres y valles envolvía,  
y estaba el monte sumergido en esa  
confusa claridad, tenue y velada  
como el vago crepúsculo del día.  
Tan débil era y apagado el brillo  
de la pálida luz, que compartía  
su imperio con la sombra; á sus reflejos

amortiguados, en el fondo oscuro  
de la sala espaciosa del castillo,  
se destacaban sin color los viejos  
y anchos sitaliales de taltado roble  
que adornaban la estancia, y en el muro  
relucían los bélicos arneses  
el férreo casco, el colosal mandoble,  
brunido escudo y rígida coraza,  
junto á la armada testa de las reses  
que el personal valor cobró en el noble  
y arriesgado ejercicio de la caza.  
De propincuo lugar, como el ornato  
principal del salón, cuelga un tablero,  
donde inhábil pincel trazó el retrato  
del magnífico y alto caballero,  
glorioso tronco de la ilustre casa,  
y en frente de él, en su sillón de cuero,  
con los piés arrimados á la brasa  
que dejó en el hogar ardido tuero.  
manchado por la erápula y el robo,  
el Señor del castillo, *Hernán el Lobo*,  
como le llama el general espanto,  
ahogando estaba su conciencia en vino.  
Y no muy léjos su afligida esposa  
hilaba sin hablar, deshecha en llanto,  
el rubio copo de escardado lino.

## VI.

Mil amargos recuerdos en profuso  
tropel cansaban su memoria, en tanto  
que entre sus dedos resbalaba el huso.  
¡Con qué dolor! pero también ¡con cuánto  
enamorado afán clavaba ansiosa  
sus húmedas pupilas de hito en hito,  
en la faz descompuesta y borrascosa  
de aquel malsin que embruteció el delito!  
Y él, insensible á todo, el cuerpo laso,  
balbuciendo palabras desacordes,  
y una vez y otras cien vaciando el vaso  
lleno de añejo vino hasta los bordes,  
con el rostro encendido, la mirada  
atónita y vidriosa, el sentimiento  
anonadado y la razón turbada,  
mezclando sin cesar un juramento

á su insensata y bronca carcajada,  
ni aún reparaba en la infeliz aquella  
que á su maldad encadenó el destino  
para amarle y llorar, sola en el mundo;  
víctima desdichada que atropella  
indiferente y fiero en su camino,  
como la flor de las alturas huella  
el oso montaraz. ¡Con qué iracundo  
y bárbaro desden Hernán la abrumal

Mas ¡ay! hundida en su mortal congoja,  
sufré en silencio, y cual la flor, perfuma  
el pié que torpemente la deshoja.

## VII.

¡Oh! ¡si supiera odiar!... Pero no sabe.  
No sabe, nó, su espíritu sereno  
lo que es rencor, ni en su apacible seno  
la ruin pasión de la venganza cabe.  
En medio del horror que la rodea,  
tan sólo el bien su corazón desea,  
y cual la nieve que en la excelsa cima  
conserva inmaculada la blancura,  
cuanto más su conciencia se sublima,  
más se destaca inalterable y pura.  
¡Cuán suave y delicada es su hermosural  
Como el murmullo de los bosques, grata  
suena su dulce voz: la misma queja  
en sus labios de rosa es un halago.  
Toda el alma en sus ojos se retrata,  
que su pupila trasparente deja  
escudriñar el fondo, y como un lago  
la luz del cielo en su cristal refleja.  
Haz de rayos de sol es su cabello,  
que al deshacerse en ondas, ilumina  
los nobles hombros y el desnudo cuello.  
Mas ¡ay! ¿por qué misterio que no alcanza  
la mente á descubrir, tan peregrina  
beldad, pone su gloria y su esperanza  
en una bestia indómita y dañina?  
Busca el contraste el corazón humano  
con insaciable sed: la tierna Aurora  
cede á esta inclinación que la domina.  
En sus noches de insomnio intenta en vano  
torcer su voluntad, y gime y llora:

bien conoce que es pérfido, y tirano,  
y codicioso Hernan; pero le adora.  
Le adora, y sigue con amargo duelo,  
cual hoja seca que arrebata el río,  
por do la lleva su pasión bastarda.  
Mas ¿cómo no, si hasta en el mismo cielo  
tiene el sér de la tierra más impío  
un ángel que, ante Dios, le escuda y guarda?

## VIII.

Hora de los recuerdos, que en las frías  
noches en que el pesar nos enajena,  
con las gratas memorias de otros días  
no endulzas, sino agravas nuestra pena  
tú, cuya voz como invisible espada  
noz llega al corazón, ¿qué la decías?  
¿No despertaste en su abatida mente  
las muertas dichas de la edad pasada  
como una angustia más de la presente?  
¡Ay, sí! Que alguna vez, la infortunada,  
evocó, sollozando, en la infinita  
desolación del alma que la aqueja,  
los breves gozes de la ansiada cita  
en que gentil, apasionado y tierno  
Hernan, al pié de la importuna reja,  
rendido le juraba amor eterno.  
¿Cómo negar el merecido pago  
á su ruego ardoroso? ¿Cómo, esquivo,  
volver el rostro al insinuante halago,  
y cómo resistir á su embeleso,  
si eran en él cada mirada un vivo  
rayo de luz y cada frase un beso?  
Todas las tardes, cuando en la alta sierra  
desmayaba del sol la roja lumbre,  
solo y á escape en su corcel de guerra,  
al través de la lóbrega espesura  
Hernan ganaba la ríscosa cumbre.  
Sin que estorbaran su certero tino,  
ni el sitio agreste, ni la sombra oscura,  
seguro de sí propio y del caballo,  
volaba, como raudo torbellino,  
salvando abismos y cruzando breñas,  
entre las chispas que arrancaba el callo

del ágil bruto á las cortantes peñas,  
para lanzarse, al fin de su camino,  
con el impulso desatado y ciego  
con que desborba la corriente brava,  
allí donde ella, en contenido fuego,  
tímida y palpitante le esperaba.  
¡Qué sueños! ¡Qué coloquios! ¡Qué arrebatos!  
¡Qué éxtasis de pasión! ¡Qué horas aquellas  
tan venturosas ¡ay! como fugaces!  
¡Con qué fe renovaban, insensatos,  
á la indecisa luz de las estrellas,  
sus tiernas riñas y sus dulces paces!  
¡Cuántas veces la luz de la mañana,  
ni aguardada por ellos ni sentida,  
inundando de pronto la ventana,  
puso fin á su larga despedida!  
¿Cómo no comparar la pobre Aurora,  
en la noche terrible de su vida  
y en el tedio mortal que la devora,  
el bien soñado á su desdicha cierta?  
Y ¿cómo no llorar, si su esperanza,  
como paloma á quien el hierro alcanza,  
desde el cielo al abismo cayó muerta?

## IX.

Aquel Hernan que despertó en su seno  
amor tan infeliz y tan profundo,  
estaba allí, como el reptil inmundo  
que se revuelca en pestilente cieno,  
abrumado de crímenes, beódo,  
sin luz en la razón, sin fé en el alma,  
y tranquilo quizás... ¡No! que entre el lodo  
jamás conserva el corazón su calma.  
¿Quién tiene de los réprobos la clave?  
¿Engendran las blasfemias en su boca  
la impiedad ó el espanto? ¡Dios lo sabe!  
¡Nada hay estéril en el mundo! Crece  
el musgo humilde en la desnuda roca,  
entre hielos el líquen aparece;  
arraiga el pino en la rasgada grieta  
que abre la lluvia en el peñon tajado,  
sobre las tumbas el ciprés vegeta,  
y el miedo en la conciencia del malvado.

## X.

¡Cuán honda, cuán fatídica tristeza  
 inspira aquel salón! Encenagado  
 el licencioso Hernan en su torpeza,  
 y ella entregada á vanos desvarios,  
 juntos están en soledad medrosa,  
 como dos muertos que en la misma fosa  
 yacen mudos, inmóviles y fríos.

## XI.

De pronto, con estrépito la puerta  
 abrióse, y un pastor recio y membrado,  
 de torvo rostro y de expresión incierta,  
 penetró en el salón. Rústico sayo  
 de pieles sin curtir, con toscó nudo  
 ceñido á la cintura, era su traje.  
 Paróse en el umbral, miró al soslayo  
 con la inquietud curiosa del salvaje,  
 y luego, destacando su cabeza,  
 enmarañada como bosque espeso,  
 avanzó hácia Hernan. La triste Aurora  
 disimular no pudo, bajo el peso  
 de su terror, la femenil flaqueza,  
 y aturdida quedó, cual queda el ave  
 al sentir la mirada abrumadora  
 del rapaz gavilan, en ella fija.  
 Hernan, con gesto reposado y grave,  
 quiso ponerse en pié; pero en mal hora.  
 Volcó su torpe esfuerzo la vasija  
 de blanco estaño, que el licor ardiente  
 encerraba, y con cómica sorpresa  
 esparcirse le vió como un torrente  
 de rutilante sangre por la mesa.  
 —¡Cuerpo de Dios! refunfunó impaciente—  
 —el diablo en mi camino se atraviesa.—  
 Y descargando su fornido puño  
 sobre el tablón nudoso: —¡Habla, por Cristo!—  
 balbuciendo exelamó: —¿Qué pasa, Nuño?

## XII.

—¡Escuchadme y sabréis! Por la cañada  
 del puerto de las Viboras he visto  
 buen golpe descender de gente armada—  
 dijo el zafio, clavando la mirada  
 oblicua en su señor.—Son mercaderes:  
 muy precavidos van: pero no creo  
 que den pruebas de aliento en un apuro.  
 Marchan revueltos hombres y mujeres,  
 y juzgo, si no miente mi deseo,  
 la lucha fácil y el botin seguro.  
 Diez mulas llevan de poder y brío,  
 rendidas bajo el peso de los fardos  
 que en vuestras cuevas hacinar ansío,  
 y exploran el terreno dos gallardos,  
 ágiles y robustos montañeses.—

—Quisiera—exclamó Hernan—que me dijese  
 cuantos los hombres son.—Gente no falta—  
 respondióle el pastor.—Más cuando asalta  
 el lobo algún redil, ¿cuenta las reses?—  
 —Nuño, tienes razón: fuera cobarde  
 reparar en el número—repuso  
 el fiero Hernan con desdenoso alarde.  
 La vil codicia disipó el confuso  
 vapor, que sus potencias envolvía,  
 como súbito viento de la tarde  
 barre las brumas, aclarando el día,  
 y alzose con indómita energía,  
 parecido al leon, que se espereza  
 sacudiendo su crin desordenada,  
 cuando siente, al través de la maleza,  
 el resoplido de la presa ansiada.

## XIII.

Arrasados en lágrimas los ojos,  
 trémula, incierta y sin color Aurora  
 á los piés de Hernan cayó de hinojos,  
 y con la voz de la mujer que implora  
 y acaricia á la par, voz que semeja,  
 vibrando de ansiedad y de cariño,  
 del bien amado la sentida queja  
 y la inocente súplica del niño:

—¿Qué vas á hacer?—le preguntó.—[Insensato;—  
Y el mirándola airado y cejijunto,  
prorumpió con estúpido arrebató:  
—Hilad, señora, en paz, que no es asunto  
propio de flacas hembras el que trato.—  
Exhaló la infeliz sordo gemido,  
y de sus manos se escapó la rueca  
como asustado pájaro del nido.  
Volvió otra vez á interponer su ruego:  
pero con frase dominante y seca,  
tan seca como el áspero chasquido  
del azote que al siervo despedaza;  
—¡Basta!—gritóle Hernan, de rabia ciego,—  
ó juro á Dios que os pongo una mordaza.—

## XIV.

Bajo el torpe rigor de la amenaza,  
ella temblando obedeció. Profundo  
y lúgubre silencio, tan sombrío  
como el que cerca al triste moribundo,  
en la estancia feudal reinó un instante,  
que allí también desamparado y frío  
espiraba de angustia un pecho amante.  
—Casi es seguro—con feroz sosiego  
el rústico siguió—que aprovechando  
la ocasión, despojemos á mansalva....—  
Hernan miróle con fijeza, y luego  
le preguntó sin risponderle:—¿Cuándo  
pasar los viste?—[Al despuntar el alba—  
Nuño le contestó. Como la fiera  
ola del mar, que con murmullo blando  
suavemente acaricia la ribera,  
hasta que osada ráfaga de viento  
su furia excita y su quietud altera,  
Hernan alborotóse de improviso,  
y yendo hácia el pastor, que sin aliento  
le contemplaba atónito y sumiso,  
colérico exclamó: ¿Cómo, menguado,  
acudes en tal hora á darme aviso?  
Si dices la verdad, ¿dónde has estado?—  
—Tened piedad de la flaqueza mía—  
dijo Nuño, turbado como un reo  
delante de su juez, y las palabras  
temblaban en los labios del espía:

—He llegado hasta aquí, dando un rodeo,  
por donde acaso las monteses cabras  
no estamparon su huella todavía,  
y la razón de mi tardanza es ésa.—  
—¿Y por qué no venir por el atajo?—  
preguntó Hernan.—De mi valor respondo—  
el pastor replicó bajo, muy bajo:  
—Mas ¿quién se determina á tal empresa?  
¡Pasar junto al abismo en cuyo fondo  
vos!... ¡Imposible!—Y se erizó la espesa  
selva de sus cabellos.—¿Quién se arrima?  
Cuantos se adelantaron atrevidos,  
dicen que salen de la horrenda sima  
maldiciones, sollozos y alaridos.—  
Nuño calló, sus espantados ojos  
giraban en sus órbitas oscuras,  
como acosados tigres entre abrojos,  
cuando audaz cazador los acomete  
en su propio cubil.—¡Mucho aventuras!  
—gritóle Hernan.—De mi presencia véte,  
y pide á Satanás que los alcance.  
Que si por tí se nos malogra el lance,  
si tu incuria mis brazos encadena  
y vuelvo sin botín de la jornada,  
oyelo bien, te cuelgo, á mi llegada,  
para pasto de buitres, de una almena—

## XV.

Despavorido el rústico y absorto  
ante el horrible gesto y la mirada  
de aquel malvado, del infierno aborto,  
fuése alejando, hasta ganar la puerta,  
con vacilante paso y faz miedosa:  
y al encontrarla en su camino abierta,  
rápido se escurrió, como el impuro  
y cobarde reptil por la musgosa  
y húmeda grieta de vetusto muro

## XVI.

—Yo amansaré tu condición villana—  
Hernan refunfuñó.—[Mal fin te auguro!  
Y abriendo de repente una ventana,  
—¡Hola!—gritó con estentóreo acento

á la chusma del patio:—Que la trompa  
con su bélico són los aires rompa,  
que mi rojo estandarte ondula al viento.  
No quede mesnadero, ni vasallo  
que á mi formal mandato se resista,  
ó, ¡vive Dios! que sentirá mi fallo.  
Ya la caza en el término se avista.  
¡Son miserables corzos! ¡A caballo  
¡Todos en marchal! ¡Todos tras la pista!—  
Dijo, y oyóse el sordo clamoreo  
y el alegre bullicio de las gentes  
que se aprestaban al infame ojeo,  
y á poco retumbaron estridentes  
por valles y montañas, los sonidos  
de la trompa marcial. Ya en su escarceo,  
los potros al combate apercebidos,  
relinchaban fogosos, golpeando  
con sus herrados cascos la ancha losa,  
y Hernan, que estaba á la ventana, cuando  
vió soltar del rastrillo la cadena,  
se dispuso á partir.

## XVII.

Pero su esposa,  
sobrecogida de zozobra y pena,  
abrazóse frenética á su cuello  
como si el miedo la aumentara el brío,  
y casi extinto el último destello  
de su débil razón:—¿Dónde, bien mío,  
dónde vas?—prorrumpió.—¿Por qué me dejas  
sumida en esta angustia que me acaba?—  
Y reía la mísera y lloraba,  
y á la vez palpitaban en su boca,  
ayes suspiros, oscuros y quejas.  
—¡No te manches en sangre! ¡Te lo pido  
por tí, por mí!—clamaba como loca  
y era triste su voz como el gemido  
de un arpa que se rompe.—¡Ay, vida mía!  
no te condenes á suplicio eterno,  
que donde tú no estás, está mi infierno,  
y á la gloria sin tí renunciaria.—  
Escuchábala Hernan como un idiota,  
extraño á todo sentimiento, mudo  
pero sombrío, y reprimiendo el llanto,

ella con frase apresurada y rota  
por su amor, por su duelo y por su espanto:  
—¡Necia de mí!—añadía—¿por qué dudo  
de tu cariño?—Y con febril empeño  
más y más estrechaba el dulce nudo  
con que oprimía á su insensible dueño.

## XVIII.

Hernan, repuesto ya de la sorpresa  
y obedeciendo á sus instintos viles,  
desabrido exclamó:—¡Callad, señoral  
que no han de hacerme abandonar la empresa  
súplicas ni lamentos mujeriles.—  
Como animoso náufrago que implora  
inútilmente auxilio, y sólo escucha  
la voz de la borrasca bramadora,  
aunque distante de la amiga playa,  
lucha sin esperanza, pero lucha,  
y mientras tiene vida no desmaya,  
tal la inocente y desolada Aurora  
pretendió resistir de aquella fiera  
nunca saciada el sanguinario intento.  
—¡Ay!—con amargo y penetrante acento,  
gimió, abrazada á su verdugo:—¡Esperal  
¿No ves, si alguna compasión te inspira  
mi amor, que me asesinan tus desvios?—  
Y el monstruo, rechazándola con ira  
—¡Cansada estais!—la contestó—¡Morios!

## XIX.

Soltóse con tal ímpetu y coraje,  
que Aurora vino á tierra trastornada  
y más que el golpe la dólió el ultraje,  
aunque bien advirtió la desgraciada  
que por su rostro pálido corría  
la sangre con las lágrimas mezclada.  
De pronto el sol, atravesando el velo  
de la niebla sutil que la cubría,  
vertió, desde el ocaso, sobre el suelo,  
su luz, más bella cuanto más tardía.  
Un rayo melancólico y furtivo,  
pasando por los vidrios de colores,  
bañó la faz de Aurora, do su vivo

y trágico terror estaba impreso  
 como si conociendo sus dolores,  
 aquel rayo bajara compasivo  
 por mandato de Dios á darle un beso.  
 Inmóvil y tendida sobre ed duro  
 pavimento de piedra, cual yacente  
 estatua de un sepulcro, confundida,  
 cada vez más siniestro y más oscuro  
 entrevió el porvenir, y no en la frente,  
 dentro del corazón sintió la herida.  
 Abatidos sus músculos y flojos,  
 postrada la conciencia, entumecida  
 la voluntad, y en su mortal quebranto,  
 la clara luz de sus hermosos ojos  
 nublada por la sangre y por el llanto,  
 trató de incorporarse, mas no pudo,  
 y el amor, y la pena, y el despecho  
 con invisible y apretado nudo  
 ahogaron los sollozos en su pecho.  
 Desesperada, loca, en su infinito  
 y rebelde pesar, una y tres veces  
 el seno hirióse y con vibrante grito,  
 —¡Ay!—dijo, ciega de furor:—¡Maldito  
 corazón, que ni olvidas ni aborreces!  
 Iba á seguir; pero el rumor confuso  
 que levantó en el patio la mesnada,  
 término y fin á sus lamentos puso.  
 Heló sus venas de la muerte el frío,  
 y fijando en el cielo su mirada,  
 —¡Ten—murmuró, quedando aletargada—  
 compasión de ellos y de mí, Dios mío!

## XX.

Quando la bulliciosa comitiva  
 atrevesaba el puente en són de guerra,  
 ya con su luz dudosa y fugitiva  
 doraba el sol los picos de la sierra  
 y lentamente por la mística alfombra  
 de los oteros y cañadas, iba  
 subiendo y espesándose la sombra.  
 —Era ese instante de suprema calma  
 en que se extingue de la tarde el ruido  
 y en sus tristezas se recoge el alma.  
 Quando el grave y patético tañido

de la campana los espacios hena,  
 y con lengua metálica y sonora  
 dice al mortal:—suspende tu faena;  
 Dios te ofrece el descanso hasta la aurora—  
 Cuando forma y color se desvanecen,  
 baja el silencio, las tinieblas crecen,  
 y el campecino á quien el cielo avisa  
 que interumpa su rústico trabajo,  
 á la luz del crepúsculo, indecisa,  
 guía y conduce por estrecho atajo  
 su mansa yunta á la cercana aldea,  
 do amante madre ó diligente esposa,  
 solícita prepara y cariñosa  
 sano alimento en el hogar que humea.  
 Cuando en pos del repóso apetecido  
 busca el redil en el seguro prado  
 la dócil res, el labrador cansado  
 su pobre casa, el pájaro su nido,  
 y las pérdidas sombras el malvado.

## LA VISIÓN DE FRAY MARTÍN.

## CANTO I.

## I.

Era una noche destemplada y triste  
Del invierno aterido. Lentamente  
La nieve silenciosa descendiendo  
Del alto cielo en abundantes copos,  
Como sudario fúnebre cubría  
La amortecida tierra. Cierzo helado  
Azotaba los árboles desnudos  
De verde pompa, pero no de escarcha,  
Y, conmovidos por el recio choque,  
Parecían lanzar en los tinieblas  
Los duros troncos, lastimeros ayes.

## II.

La ciudad descansaba. De repente  
Turbó su sueño el lúgubre tañido  
De la campana, que con voz sonora  
Desde la torre á la oración llamando,  
En sus vibrantes notas contenía  
Todo el siniestro horror de aquella noche,  
Negra y glacial como el ingrato olvido  
De la mujer amada.

## III.

Era la hora  
De los maitines en el viejo templo  
De Padres Agustinos. Taciturnos,  
Y soñolientos, la capucha vuelta  
Sobre la faz rugosa, y con los brazos  
En las flotantes mangas escondidos,  
Por el gótico claustro del convento  
Los frailes avanzaban hácia el coro.  
Las moribundas lámparas que ardían

De trecho en trecho, el claustro iluminaban  
Con esa claridad tibia y confusa,  
Más espantable que la misma sombra,  
Y allá lejos, muy lejos, en el punto  
Do se perdían sus inciertos rayos,  
—Como en el lapso, perceptible apenas,  
En que la luz crepuscular se extingue  
Y cede el paso á las nocturnas horas—  
Próximo al muro, tosco crucifijo  
De colosal tamaño descollaba,  
Despertando en el alma esos terrores  
Vanos, pero invencibles, que el silencio  
Forja en la oscura soledad.

## IV.

El claustro  
Quedó poco después desierto y mudo,  
Y entonces un humilde religioso  
De su celda salió. Cual si cediese  
A irresistible impulso, ante la imagen  
Del Santo Redentor, que en la penumbra  
Sus enclavados brazos extendía.  
Con sorda agitación cayó de hinojos;  
Ronco gemido levantó su pecho,  
Como levanta las dormidas olas  
Del mar la tempestad; copioso llanto  
Rodó por sus mejillas descarnadas,  
Y reclinando en marmórea piedra  
Su demacrado rostro, oró un momento.

## V.

El preludeo del órgano, inseguro,  
Débil y torpe cual la voz del niño  
Que la palabra indómita balbuce,  
Súbitamente interrumpió el reposo  
Del sagrado retiro, y la profunda  
Contemplación del afligido hermano.  
Sacudió la cabeza cual sacude  
El caminante su nevada capa  
Cuando al hogar hospitalario llega,  
Y arrojando de sí los pertinaces  
Recuerdos, suspiró, besó contrito  
La helada losa, y penetra en el coro.

## VI.

El faltaba no más. Saludó el ara  
 Con fe devota, y ocupó su asiento  
 En la esbelta y tallada sillería  
 Donde esculpíó la primorosa mano  
 De hábil artista el trágico poema  
 De nuestra santa Redención. La roja  
 Y amortiguada llama de los cirios,  
 Que junto al facistol se consumían  
 Con áspero y tenaz chisporroteo  
 Alumbrada la augusta ceremonia.  
 El órgano hasta entonces vacilante,  
 Rompió, como ruidosa catarata,  
 En raudales de mística armonía,  
 Y cual aves que salen de sus nidos  
 Al llamarlas el sol, ágiles notas  
 En tropel la alta bóveda inundaron,  
 Ya graves, ya sumisas, ya imponentes.  
 Después el rezo comenzó.

## VII.

¿Quién oye  
 Sin alterarse, el recogido acento,  
 El unísono cántico que elevan  
 A Dios las almas puras, olvidadas  
 Del mundo y de sus locas vanidades?  
 ¿Quién no siente de lágrimas henchidos  
 Los ojos? ¿Quién no tiembla y se estremece  
 Cuando en la nave colosal retumba  
 Con la terrible majestad del trueno,  
 Ese coro magnífico y sublime,  
 Mitad imprecación, mitad sollozo,  
 En que parece que palpita y llora  
 Abrazado el dolor á la esperanza,  
 Como un esposo al cuerpo inanimado  
 De la mujer á quien amó rendídol

## VIII.

Los salmos de David son como el viento,  
 Que apacible y sutil el campo orea,  
 Grana la mies, y en melodiosas arpas  
 Los corpulentos árboles convierte.

Mas luego fiero y desatado troncha  
 Los más robustos troncos, las campiñas  
 Y los poblados tala, hincha los mares  
 Revolviendo las olas, y el espacio  
 Con sus bramidos espantosos llena.  
 También el canto del salterio enjuga  
 El lloro acerbo, vierte en las heridas  
 Consoladores bálsamos, conforta  
 Al débil, de vigor al oprimido,  
 Y al enfermo, salud. Mas ¡ay, si estalla  
 En sus tremendas notas el enojol  
 ¡Ay, si el céfiro blando se trasforma  
 En huracán desenfrenado! Entonces  
 Abate á los soberbios, aniquila  
 La maldad orgullosa, y hasta avienta  
 El olvidado polvo de las tumbas.  
 ¡Oh canto de piedad y de castigo!  
 Por tus sacros versículos parece  
 Como que escucha el ánimo suspenso  
 Rodar todo el estrépito del mundo:  
 Tronos que se desploman, muchedumbres  
 Que arrastra la pasión, sordo rugido  
 De la plebe sin Dios desesperadas  
 Blasfemias, estertores de la muerte  
 Todo en el arpa del Profeta vibra.  
 —Es como el mar la humanidad: ni calla  
 Ni se detiene. En su perpetuo curso  
 Cada generación lanza su queja,  
 Como cada ola su rumor. Furioso  
 El vértigo del tiempo la arrebató  
 Y clama sin cesar de siglo en siglo:  
 —¡Misericordia. oh Dios, Misericordia!  
 ¡Concentran, ¡ay! los inspirados salmos  
 Tan perdurable afán?

## IX.

Con impaciente  
 Celo, como quien busca en la plegaria  
 Fuerza para domar las tempestades  
 Del oprimido corazón, el monje  
 Recién llegado al religioso coro  
 Unió su voz entrecortada y dura.  
 Los que gemís en las mortales noches  
 De prolongado insomnio, en que vacila

La fe, se ofusca la razón, y pliega  
 La esperanza sus alas, como el ave  
 Ya próxima á espirar; los que del fondo  
 Del pensamiento, en tan horribles horas,  
 Sentís nacer la alborotada idea,  
 Grande como Luzbel, como él impía  
 Tentadora y rebelde; los que en lucha  
 Tenaz con la conciencia amedrentada,  
 Veis lentamente oscurecerse el cielo  
 Y pasar en revuelto torbellino  
 Las ilusiones y creencias, una  
 Tras otra, cual las chispas fugitivas  
 De ardiente hierro sometido al yunque;  
 Vosotros, ay! en el medroso acento  
 Y en el fervor acongojado y hondo  
 Con que el misero fraile á Dios llamaba,  
 Sentido hubierais palpar la duda,  
 La duda insana, la ansiedad suprema  
 Del naufrago infeliz que, arrebatado  
 Por las rugientes y encrespadas olas,  
 Mira á lo lejos la risueña playa,  
 Insensible á su mal. Mas de improviso  
 Calló fijando los turbados ojos  
 En el gótico altar, que en lo profundo  
 Del templo opacamente aparecía.  
 Y creyó ver que en la desierta nave  
 Como negro vapor se condensaban  
 Las palabras del salmo, los acordes  
 Armónicos del órgano, su misma  
 Voz, de zozobras llena, y hasta el eco  
 Que resonaba en los macizos muros.  
 Los bíblicos lamentos, los dolientes  
 Ayes y los versículos sublimes  
 Que del coro monástico surgían,  
 Dijérase que en pandas espirales  
 Iban á hundirse en lo profusa niebla  
 Espesándola más. Luego del seno  
 De aquella masa lóbrega, conjunto  
 De quejas, y suspiros, y clamores  
 En concertado són, cada gemido  
 Cada plegaria, cada voz, cobrando  
 Sér, cuerpo y expresión de un pensamiento,  
 De una muerta memoria ó de una pena,  
 En mezcla tumultuosa á la mirada  
 Del aturdido fraile se mostraron.

## X.

Poblóse la ancha bóveda de informes  
 Y fantásticos séres, que en horrenda,  
 Vertiginosa danza, en incesante  
 Giro, en continuo movimiento, como  
 Nocturnas aves por el aire vago  
 Agitaban sus alas no sentidas.  
 Las recónditas ansias, las pasiones  
 Dormidas, los recuerdos importunos,  
 Que hasta del claustro en el retiro humilde  
 Rompen la paz de la existencia humana,  
 En la insondable sombra revivieron;  
 Y cuantos vicios escondidos yacen  
 En lo oscuro del alma, allí en confuso  
 Turbión, tomando caprichosas formas,  
 Cruzaban cual relámpagos. La gula,  
 La codicia, el rencor, la hipocresía,  
 Larvas de humano rostro serpeaban  
 Con cárdeno fulgor en las tinieblas.  
 Y la pálida envidia, el vil recelo,  
 La iracunda ambición, el hondo hastío,  
 Monstruos disformes de aceradas garras,  
 Avidas fauces y órbitas de lumbre,  
 Con inquieto furor se retocían.  
 Como indeciso rayo de la luna  
 En tormentosa noche, contrastando  
 Con las visiones lividas, que el miedo,  
 Las pasión despechada, acaso el crimen  
 En la espantosa soledad engendran  
 La fe sencilla y crédula que busca  
 Su patria celestial, de luz vestida,  
 Los tenebrosos ámbitos sureaba.  
 Allí la voz en que el amor profano  
 Se revuelve ignorado y contenido,  
 Como el fuego volcánico en las duras  
 Entrañas de la tierra, revestía  
 Callardas formas de mujer. ¡Cuán fácil  
 Mostrábase al amor, desnudo el seno  
 Y palpitante, la febril mirada  
 Incitando al placer, y la entreabierta  
 Boca ofreciendo al corazón lascivo  
 Un ósculo sin fin como el deseol  
 Desgreñadas orgías, imposibles  
 Sueños de la abstinencia, abrumadores

Votos de castidad que en las vigili-  
 Del claustro brindan en dorada copa  
 A la sed de las almas hiel hirviendo,  
 Con satánica burla le acosaban.  
 Allí la pena, y el amor, y el odio  
 Lloraban en silencio; allí la culpa  
 Se destrozaba el oprimido pecho.  
 El gesto y la expresión de aquella hueste  
 De siniestras visiones daba espanto:  
 Lleno estaba el espacio de sollozos  
 Que se quebraban sin sonar; ni un grito,  
 Ni un suspiro, ni un ¡ay! la interminable  
 Y fantástica ronda interrumpían.

## XI.

El fraile, jadeante y confundido  
 Cual si tomara en la incesante rueda  
 Parte activa también, la deslumbrada  
 Vista alejó de la imponente nave,  
 Clavándola en el suelo. ¡Ay! Pero nunca  
 Hiciera tal. Horripilante cuadro,  
 Que heló su sangre, y de sudor de muerte  
 Cubrió sus miembros rígidos, de pronto  
 Hirió su trastornada fantasía.  
 Fríos y descarnados esqueletos  
 Recién salidos de sus tumbas, mudos,  
 Inmóviles y absortos; con los brazos  
 Tendidos, en la iglesia se agolpaban  
 De espaldas al altar, mirando al coro,  
 Y animaba sus mustias calaveras  
 Mueca infernal, incomprensible, oscura  
 ¿Lloraban? ¿Se reían? ¿Aquel gesto  
 Era de escarnio ó de dolor? Vedado  
 Está el misterio á la razón del hombre.  
 ¿Quién interroga á los sepulcros? Nadie  
 Sabrá jamás lo que en su abismo encierran.  
 ¿Es la vida? ¿Es la muerte? ¿Es el principio?  
 ¿Es el fin? ¿Es la nada?... ¡Eterno enigma!—  
 ¡Esto es el mundo! El vértigo en su altura;  
 Abajo, la bullente podredumbre,  
 Y en el altar, la sombra.

## XII.

Ante el medroso  
 Hormiguero de espectros, que ofuscaba

Su juicio y su conciencia, con lamento  
 Desesperado y penetrante, el monje  
 Pidióle amparo á Dios, y alzóse al punto  
 De las tinieblas virginal figura,  
 Hermosa y fulgurante, pero triste.  
 Larga, enlutada túnica cubría  
 Sus púdicos contornos, cual celaje  
 Que vela el blanco disco de la luna  
 Sin amenguar su resplandor; sus ojos  
 No lanzaban las ráfagas de fuego  
 Que en la núbil pupila amor enciende,  
 Pero brillaban transparentes, puros,  
 Como los astros en tranquila noche  
 De caluroso estío; su ondulante  
 Y negra cabellera, en destrenzadas  
 Hebras por la ancha espalda descendiendo  
 Con doble encanto resaltar hacia  
 La grave y melancólica hermosura  
 De la celeste aparición envuelta  
 En una claridad como de aurora.  
 Pintábase en su faz meditabunda  
 Y pálida el dolor; ese infinito  
 Dolor que azora el corazón humano  
 Cuando busca y no encuentra, cuando mira  
 Y no ve, cuando lucha y desfallece.

## XIII.

Cruzando leve el círculo movable  
 De seres impalpables, que llenaban  
 La bóveda espaciosa, la serena  
 Visión, rompiendo el aire, entró en el coro  
 Y en el respaldo del sitial labrado  
 En que convulso el fraile padecía  
 Tan tremendas angustias, silenciosa  
 Apoyó dulcemente el blando seno.  
 Vióla el monje llegar, cerró los ojos,  
 V al través de los párpados, más viva  
 La imagen percibió; sintió unos brazos  
 Que le estrechaban afanosos; luego  
 Un ósculo glacial, que á un tiempo mismo  
 Le helaba el corazón y le encendía  
 La mente; luego penetróle el alma  
 Una voz regalada y cadenciosa,  
 Como suspiro de amorosa virgen;  
 Voz que, temblando, le decía:—Deja

UNIVERSIDAD DE BURGOS  
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
 ALFONSO DE VES  
 1975

Que te abraza otra vez. ¿Quién este nudo  
Podrá ya desatar? ¡Ven! Te he besado  
Y ya eres mío, ¡para siempre mío!

## XIV.

El coro, en tanto, sus pausadas preces  
Alzaba á Dios; el órgano en *crescendo*  
Solemne y grave, el templo estremecía,  
Y la visión radiante á cada salmo  
Contenstaba con otro, cual contestan  
El eco al grito y el dolor al golpe.

## CORO DE FRAILES.

¡Ay! Bienaventurado  
El varón que se humilla  
Y no escucha el consejo del malvado,  
ni en la manchada silla  
De ciegos burladores se ha sentado.

## LA VISIÓN.

Si en seguirme consientes,  
Pide, y mi amor te colmará fecundó  
De dones y presentes;  
Tuyos serán los términos del mundo  
Y te daré por heredad las gentes

## CORO DE FRAILE.

Párate, que resbaías;  
La tentación desprecia  
Y huye de falsas y mentidas galas;  
Que si el peligro arreea,  
Te esconderá en la sombra de mis alas,

## LA VISIÓN.

¿Vacilas? Ten aliento,  
Y no el torpe recelo te confunda,  
Eleva el pensamiento,  
Y libre como el pájaro en el viento,  
Quebranta tu cadena y tu coyunda.

Rígido, incierto, atormentado acaso  
Por ocultos deseos, hasta entónces  
Nunca sentidos, y que el leve acento  
De la visión en su interior movía,  
Volvióse el fraile, y preguntó azorado:

—¿Quién eres? ¿Qué pretendes? ¿Por qué alteras  
Mi oración y mi paz?—¿No me conoces?—  
Le respondió, atrayéndole afanosa:  
—Yo soy, mirame bien, algo que vive  
Y algo que ha muerto en ti. Soy una llama  
Que surge de improviso en el abismo  
De tu inquieta razón. ¡Yo soy la duda!—  
Al oír esto, irguióse el sacerdote,  
Y acometido de mortal desmayo,  
Quiso escapar de allí, mas vino a tierra  
Como la cucina rota por el rayo.

## CANTO II.

## I.

Mientras los frailes, á piedad movidos,  
El cuerpo de su hermano recogían  
Livido, mustio, cual si el soplo helado  
De la implacable muerte hubiese roto  
Su frágil existencia, el alma libre  
Abandonaba su prisión oscura  
Breves instantes nada más, y asida  
A la flotante túnica enlutada  
De la hermosa visión, llena de asombro  
Se preparaba á levantar el vuelo,

## II.

Del mismo modo que el metal fundido  
Recibe y guarda la impresión del molde  
Que inflamado y rugiente le contuvo,  
El alma incorruptible conservaba  
La forma corporal, y como el rayo  
De luz, que aún flota en la infinita esfera  
Después de extinto el astro esplendoroso  
De cuyo seno se escapó, la imagen  
Del sér, al mismo sér sobrevivía.

## III.

Obedeciendo á superior impulso  
Como la débil hoja que arrebató  
Aura otoñal y el remolino lleva,  
Apartóse del cuerpo inanimado

Do refugiada estuvo, que en el coro  
Inerte y cadavérico yacia;  
No sin fijar en él tierna mirada  
De lástima y amor.

## IV.

Hasta el cautivo  
Llega á cobrar cariño á la cadena  
Que le sujeta el pié, si al duro peso  
Le acostumbran los años: hasta el ave  
Que encarcelada y entre hierros vive,  
Cuando quebranta su prisión, la llora,  
Y sola, triste, sin amor, sin nido,  
Lamenta, agonizando, en la espesura  
Su inútil libertad. ¿Cómo podría  
El alma desterrada, cuando vuelve  
A su patria inmortal, dejar gozosa  
Al compañero humilde que en la tierra  
Prestóle amparo y le ofreció un asilo?  
El compartió con la infeliz proscrita  
Su pobre lecho, el único que pudo  
Cederla en su miseria, el escaso  
Pan de sus breves alegrías; siempre  
Sumiso y dócil le brindó sus ojos  
Para llorar, para sentir sus nervios,  
Para pensar su mente, y su palabra.  
Y su sangre, y su acción; sin él la idea,  
Como Titán paralizado, nunca  
El monte que la agobia rompería:  
Fuera un impulso sin objeto, un rayo  
Del sol ahogado por la noche, un mundo  
En el seno del caos. Cuando le alienta  
Del entusiasmo ó de la fe la llama,  
Combate sin cesar, y si es forzoso  
Morir, se entrega al sacrificio, y muere.  
Por él tiene su mártires la angusta  
Verdad, sus nobles víctimas la ciencia,  
La caridad sus héroes, y el crimen  
Sus terrores profundos; él se arroja  
Sin temor, convencido ó resignado,  
A las fieras del Circo, á las borrascas  
Del mar, á las angustias de la vida  
Y á los abismos de lo ignoto. ¡Oh frágil  
Y deleznable arcilla donde mora  
El alma contenida, mas no esclava!

¿Cómo dejarte sin pesar? El mismo  
Dios, que te honró cubriendo su grandeza  
Con tu envoltura material, no pudo  
Separarse de ti sin hondo duelo.

## V.

Por la Visión doliente conducido  
El temeroso espíritu del fraile  
Sureó el espacio lóbrego y callado;  
Pero en la densa oscuridad sus ojos  
Incorpóreos veían, y el silencio  
Para él tenía incomprensibles voces.  
Descubrió de repente abrupta roca,  
Cuyo invisible arranque parecía  
Surgir de las entrañas del infierno,  
Y cuya cima inaccesible envuelta  
En sosegado piélago de lumbre,  
Ni el águila, que mira de hito en hito  
Del sol la intensa luz, resistiría.  
El principio y el fin del escabroso  
Y aislado risco á la razón humana  
Le está vedado conocer; ocultan  
Las tinieblas más horridas su base,  
Y defiende su cumbre el increado  
Resplandor que despide, siempre vivo.  
Con lenta gradación iba creciendo,  
Segun subía en espiral, la llama  
Profusa de la cúspide sublime  
Sus ásperos contornos escondía,  
Hasta llegar á ser, como la sombra,  
Más que la misma sombra, impenetrable  
La corona de fuego de la altura.

## VI.

El alma y la visión su raudo vuelo  
Abatieron, posándose en la cresta  
De cortadura ingente, que rasgando  
La roca escarpadísima, llegaba  
Desde los lindes de la luz difusa  
A los grados más ténues de la sombra  
Y allí de pié sobre la peña escueta  
Inmóviles se alzaban, como grupo  
Escultural sobre columna enorme,  
Cuando la tarde, al espirar, confunde  
Las formas y el color.

## VII.

Ambas tendieron  
 Hasta el confin de la penumbra inmensa  
 La vista audaz, desde el tajado pico  
 Por cuyas quiebras con fragor caían,  
 Como torrente de espumosas ondas,  
 Los siglos despeñados de la cumbre;  
 E impasibles y absortas, del linaje  
 De Adán el rumbo incierto contemplaron  
 Era la marcha fatigosa; agudas  
 Zarzas, angostos precipicios, tristes  
 Desfiladeros, páramos incultos,  
 Sin un arroyo límpido y sereno  
 En que templar la sed, sin un abrigo  
 Donde buscar reposo, embarazaban  
 La senda, que enrescándose subía  
 Por el agrio peñón, como escamosa  
 Y gigantesca sierpe. Inquieta, torpe,  
 Dejando impreso por do quier el rastro  
 Ensangrentado de sus pies desnudos,  
 O a cada paso en las breñosas puntas  
 Su desgarrada carne, aquel camino  
 La humanidad seguía, y avanzaba  
 Cayendo y levantando; pero siempre  
 La vista fija en la inmutable lumbre  
 Que irradiaba del monte.

## VIII.

Horrendas luchas,  
 Impensadas catástrofes y fieras  
 Venganzas la diezmaban de continuo.  
 En tribus dividida, y en naciones,  
 Y en imperios, y en razas, cuántas veces  
 Las tribus, las naciones, los imperios  
 Y las razas enteras, cual rebaño  
 Que ciego se derrumba y precipita,  
 Se despeñaban en tropel ¡Y cuántas  
 Desaparecían por completo, como  
 La débil nave que la mar sepulta!  
 Todo, todo se hundía en la insondable  
 Vorágine del tiempo. Leyes, usos,  
 Monumentos y gloria, hasta los mismos  
 Dioses, temblando de pavor, rodaban  
 Al fondo de la sima, nunca llena.

## IX.

Los siglos arrollaban a los siglos  
 En turbulento curso, cual las olas  
 Arrollan a las olas, y su paso  
 Era rauda y fugaz, que en su potente  
 Fermentación, naturaleza activa  
 Absorbe cuanto crea, y cuanto absorbe  
 Vuelve a crear infatigable. Todo  
 Era efímero allí, menos el Verbo,  
 El luminoso Verbo, la palabra  
 Humana, que flotaba sobre el mundo,  
 Como al romperse el caos, sobre los mares  
 Aún mudos y dormidos, el inmenso  
 Espíritu de Dios. Cuando los vastos  
 Imperios sucumbían; cuando el hondo  
 Abismo devoraba las naciones  
 Y las podridas razas; cuando viento  
 De tempestad, en polvo convertidos  
 Derribaba los dioses, el radiante  
 Verbo, sobrenadando, trasmítia  
 La herencia, el pensamiento y la memoria  
 Del pueblo muerto al pueblo que llegaba.

## X.

Pálida, sigilosa, descargando  
 Certeros golpes por do quier, la muerte  
 En pugna eterna con la vida, el aire  
 Envenenaba con su helado aliento,  
 Y en pos, blandiendo sus cortantes hoces,  
 Iban sus hijas, la ambición; la peste,  
 El hambre y la discordia. Sin reposo  
 Sobre la humana especie revolaban,  
 Como bandadas de voraces buitres  
 Que acuden al festín de la pelea,  
 Y perseguían con perenne furia  
 La vida hasta en el átomo impalpable.  
 Pero extremaban su rencor en vano;  
 Pues cual simiente que en el fértil surco  
 Cae y germina, cada ser vencido  
 En la revuelta lid, de nuevos seres  
 Origen era, y parecida a Anteo,  
 La disuelta materia renacía  
 Al tocar en la tierra, más pujante,  
 Más rica, más espléndida, más varia.

¡Oh generosa vida, que conviertes  
Hasta el sepulcro en cuna y solo entregas  
A la insaciable destrucción, la forma  
Perecedera y ruin, ¡mil veces salve!  
¡Mil veces salve! Tu ánfora divina  
Nunca se agota. Pueblas el espacio  
De incalculables mundos, y los mundos  
De incalculables seres, que revisten  
Las más diversas formas; tú fecundas  
Lo pequeño y lo grande, lo finito  
Y lo infinito, el átomo y el cielo.  
¡Vida, aliento de Dios, mil veces salve!

## XI.

Desde la enhiesta y solitaria roca  
Contemplaba el espíritu del monje  
El viviente espectáculo, que apenas  
Llegaba a comprender. Extrañas gentes,  
De distinto color de opuestos ritos  
Y múltiples costumbres, afluyen  
Al áspero sendero, como afluyen  
Los ríos a la mar. Allí el etiope  
El escita, el que acampa en los desiertos  
Del Africa recóndita, el que bebe  
Las turbias aguas del sagrado Gauges,  
El indio errante sin hogar ni patria,  
Que al través de las selvas primitivas  
Su ley, su Dios y hasta sus muertos lleva;  
El que milita en la escogida hueste  
De Cristo, el que le niega ó le desdora  
Y da su vida en holocausto impuro  
Al triunfal carro de mentidos dioses  
Por el error vencido ó por el miedo,  
En la escabrosa senda se agolpaban.  
Pero ¡oh misterio incomprensible! aquella  
Varia y revuelta multitud, que á impulsos  
De opuesta fe, de símbolos distintos,  
Y de contrarias religiones, iba  
Siempre en interna y perdurable lucha  
El humano raudal acrecentando;  
Su afán, sus esperanzas, sus temores,  
Sus pensamientos íntimos, fundía  
En una sola aspiración ¡El cielo!...  
Patria soñada de las almas, trono  
De un Dios excelso á nuestra vista oculto,

Cuyo poder, con vibración sonora,  
Celebran en la bóveda infinita  
Los átomos, los mundos y los soles!

## XII.

El cuadro era sublime. Por el fondo  
De la cuesta fragosa, do las brumas  
Iban aglomerándose, las razas  
Inferiores marchaban, con incierto  
Paso y cobarde indecisión. Las torvas  
Pasiones, los bestiales apetitos  
Y los barbaros cultos, se imponían  
Allí en la oscuridad, que, como el fango  
Crea reptiles venenosos, crea  
La ignorancia también monstruos horribles.  
—¿No es, por desdicha, el fango de la mente?—

## XIII.

A medida que el límite sombrío  
Iban salvando, y lentos se acercaban  
A las fronteras de la luz, aquellos  
Pueblos se engrandecían, como crece  
Buscando el sol, la planta trepadora  
Que arraiga en la pared. Según subían  
Hacia la viva claridad, su juicio  
Se agigantaba, sacudiendo el yugo  
Del instinto brutal, y al pensamiento,  
Dominador del mar y de la tierra,  
La fuerza primogénita cedía  
Su fuero indisputado. A Esau velludo  
Reemplazaba Jacob.

## XIV.

Por el promedio  
Del agrio monte, en donde humanos ojos  
Fijarse pueden sin cegar, los pueblos  
Avanzaban de Europa; iba delante  
Roma sacerdotal, la sacra Roma,  
Que el cetro de los Césares trocando  
Por el cayado del Pastor, cual nunca  
Era señora y árbitra del mundo  
¡Jamás autoridad más formidable  
Sobre la tierra gravitó; las almas  
Y los cuerpos, los muertos y los vivos  
El pensamiento y la esperanza, todo

Se doblegaba á su poder supremo!  
La fe le daba apóstoles y esclavos,  
La religión fervientes defensores,  
El atroz fanatismo sus verdugos,  
Sus fantasmas el miedo, sus angustias  
El corazón culpado ó receloso.

Nada en el orbe amedrentado había  
Más alto que ella; su invencible signo  
Sobre la áurea corona de los reyes  
Se levantaba abrumador; la torre  
Sobre el hogar, sobre tierra el cielo.  
¡El cielo, cayas puertas de diamante  
Se abren ó cierran á su voz! La santa  
Y redentora Cruz era el amparo  
Del débil, el valor del oprimido  
Y el espanto del réprobo. Por ella,  
Febil é insomne el déspota orgulloso  
Se revolcaba en su dorado lecho;  
Por ella el triste, el misero, el desnudo,  
El perseguido, el siervo, abandonaban  
La ingrata vida sin odiar al hombre,  
Ni renegar de Dios único y trino.

## XV.

Sobrecogida el alma de respeto,  
Oraba, viendo la Ciudad Eterna  
Que dirigía el movimiento humano  
Agitarse á sus piés. Pero de pronto  
Se estremeció de horror: rojos vapores  
De sangre hácia la cúspide ascendían,  
Y en el aire espesandose, tomaban  
De alado espectro la terrible forma  
La bestia apocalíptica que en Patmos  
Vió el inspirado Juan, la bestia enorme  
De lúrsutos piés, de coronadas astas  
Y bocas de blasfemia, sobre Roma  
Se dilataba como nube ardiente.  
Su siniestro fulgor reverberando  
En la ciudad monumental y excelsa,  
La iluminaba cual voraz incendio  
Y á su rojizo resplandor, muros,  
Arcos, porticos, templos y obeliscos  
Que en su recinto amontonó la gloria,  
Destacabanse negros, cual si fuesen  
Las calcinadas vértebras de un monstruo

Por el fuego celeste devorado  
Buscaba el alma con creciente anhelo  
La Cruz por todas partes, y por toda  
La vió rota ó volcada; parecía  
Que la Ciudad adúltera en su culto  
Reintegraba á los dioses decaídos  
¿Dónde estaba Jesús? ¿En dónde estaba  
María, madre del dolor humano  
Y estrella de los mares procelosos?  
¿En dónde estaba la verdad? ¿En dónde?  
La erudición infatigable; el arte  
Hermoso, pero idólatra; la ciencia  
Incrédula ó rebelde; los deseos  
Como sátiros, sueltos se rendían  
A la más ciega admiración pagana.  
Uniendo el sacrilegio á la torpeza,  
De *Moisés* bajo la austera forma  
Júpiter palpitaba; la afrodita  
Venus bajo las tocas virginales  
De la Madre de Dios, si es que el lascivo  
Pintor la imagen de su amor profano  
A su lienzo immortal no trasladaba.  
Las estatuas desnudas, los obscenos  
Cuadros, los libros licenciosos, eran  
Más que ornamento, escándalo y ludibrio  
De la mansión pontifical; sus muros  
Donde tan sólo resonar debían  
Místicas oraciones, en el coro  
De vergonzosas farsas retumbaban.  
Ritos, costumbres, ceremonias, usos  
De la Roma gentilica, surgiendo  
De sus clásicos antros removidos,  
Cual el hedor que de las tumbas sale,  
Apeataban la tierra, y lentamente  
Iban velando el resplandor fecundo  
De la gloriosa Cruz.

## XVI.

De espanto llena.  
Vió el ama por los ámbitos sombríos  
Hoseo cruzar y lívido el espectro  
Del papa Borja, con crispada mano  
Sacudiendo su túnica empapada  
De hirviente sangre, y vió que cada gota  
En lúgubre fantasma convertida,

Iba aumentando la legión siniestra  
De vengadoras víctimas que al monstruo  
Con sordos anatemas acosaban.  
Descubrió luego la iracunda sombra  
Del papa Julio, de áspero semblante  
Y mirada tenaz, que revestido  
De milanese cota y férreo casco,  
Con belicoso ardor, en lid sañuda,  
Rezaba y combatía, el propio tiempo  
Bendiciendo y matando con su espada.  
Y oyó tras esto el eco estrepitoso  
De las brutales risas con que Roma  
Acogió torpe la piedad severa  
Del pontífice Adriano, fugitivo  
Rayo de luz, que iluminó un momento  
Aquel antro de crímenes y orgías.

## XVII.

Ante este cuadro de ignominia, el alma  
Al cielo alzó las impalpables manos,  
Cayó de hinojos en la roca viva,  
Escondiendo su faz, y con acento  
Que en su conciencia resonó tan sólo  
Cual queja acusadora:—¡Oh Romal—dijo—  
¡Romal! ¿Qué has hecho de mi Dios?—

## XVIII.

Entonces,  
Como si su patético gemido  
Diese al fantasma portentosa vida,  
La visión imponente de la Duda  
Creció, se irguió, se dilató cual nube  
Que el claro espacio de improviso invade  
Y de sus ojos desbordó la sombra  
Como una inundación; fijó su triste  
Y amorosa mirada en el confuso  
Espíritu del monje, que en la dura  
Y estéril pena oraba prosternado;  
Y un silencio mortal reinó en la altura.

## CANTO III.

## I.

Entregada al dolor, mientras reñían  
Decisiva batalla en su conciencia  
La fe imperiosa y la razón rebelde,  
El alma en su actitud desconsolada  
Largo rato gimió.—La interna lucha  
Del pensamiento que á dudar se arroja,  
No cuesta sangre, ni ocasiona heridas,  
Pero siempre es mortal.—Acrecentando  
Del abatido espíritu la pena,  
La voz de la visión, que, como el eco  
De música lejana, dulcemente  
Del pobre monje acarició el oído,  
Así le habló con ritmo cadencioso:

## LA VISIÓN

Al cabo se cumplieron  
Las santas profecias,  
Y Babilonia impura  
Esclavizó á Israel.  
Pero contados tiene  
La iniquidad sus días,  
Y á realizarse empezar  
Los sueños de Daniel.

Sus olas cenagosas  
La corrupción extiende;  
Estallan por do quiera  
Los síntomas del mal;  
En público mercado  
La salvación se vende,  
Y cubre densa bruma  
La Cruz pontifical.

La mano que bendice  
De sangre está teñida;  
La simonía avanza  
De la soberbia en pos;  
El claustro es madriguera  
Donde la culpa anida,  
Y de sus propias aras  
Está proscrito Dios.

Atrévete, y derriba  
 Con indignada mano  
 El ídolo que usurpa  
 Su trono á la virtud.  
 Quebranta las cadenas  
 Del pensamiento humano,  
 Y rompe de las almas  
 La torpe esclavitud.

Despierta las conciencias  
 Que embrutecidas duermen,  
 Y el mundo alborozado  
 Se postrará á tus piés  
 En el profundo surco  
 Arroja el vivo germen,  
 Y los futuros siglos  
 Recogerán la mies.

No es digno de ser hombre  
 Quien en silencio llora.  
 ¿Por qué no se aventura  
 Tu firme voluntad?  
 Airado busca el cielo  
 La espada vengadora  
 Que ataje la gangrena  
 De la presente edad.

La imprenta infatigable  
 Te prestará su ayuda  
 Contra el poder que eclipse  
 Los tímbrs de la Cruz.  
 Que el Verbo, antes hundido  
 En servidumbre muda,  
 Por Guttemberg librado  
 Ya es voz, ariete y luz.

El mal en sus entrañas  
 Oculto el cáncer lleva,  
 Y al más ligero impulso  
 Deshecho rodará,  
 Que si en la muerte sólo  
 La corrupción se ceba,  
 Todo lo que aparece  
 Podrido, muerto está.

Calló la voz, el alma consternada  
 Sintió, vencida en interior combate,  
 Su fe heredada vacilar, cual suele  
 Peñón movable en eminente sierra  
 Retemblar por los vientos sacudido.  
 ¡Ay, que no es fácil arrancar del fondo  
 Del corazón humano, las memorias  
 De la edad infantil! Sencillas preces  
 Que amante madre en su regazo tierno  
 Nos enseñó á rezar, ¿quién os olvida?  
 El templo angusto do por vez primera,  
 con religiosa admiración, alzamos  
 El pensamiento á Dios; la pila, el ara,  
 El Crucifijo humilde, santa herencia  
 De la familia, que en el trance duro  
 De la agonía, el postrimer aliento  
 De los que fueron recogió; la torre  
 De la natal aldea, á cuya sombra  
 Se cobijan los rústicos hogares,  
 Cual tímidos polluelos en su nido,  
 Bajo el ala materna; la solemne  
 Y monótona voz de la campana,  
 Que en otro tiempo al despuntar la aurora  
 Y al declinar la tarde, parecía  
 Invitarnos á orar,—dulces recuerdos  
 Son de la casta infancia, y sobreviven  
 A la extinguida fe; que puede el rayo  
 Echar por tierra el centenario roble,  
 Mas no arrancarlo de raíz.

## II.

¡Cuán fiero,  
 Cuán amargo es el tránsito del alma  
 Que deja el seno de la fe, y se acuesta  
 En el lecho de espinas de la dudal  
 Penas, insomnios, sombras y terrores  
 Le asaltan en montón, y son sus días  
 Negros como el pesar; la sed le abrasa  
 Y no encuentra caudal que la mitigue;  
 Su pensamiento es un puñal que lleva  
 En la conciencia hundido, y tiembla y llora.  
 Quiere rezar y su rebelde labio  
 Se niega á la oración, alza los ojos  
 Y ve el cielo sin luz, demanda auxilio  
 Y muerto el eco á su clamor parece:

Es como nave náufraga perdida  
 En proceloso mar y noche oscura,  
 A punto ya de sucumbir. El triste  
 Y atormentado espíritu del fraile  
 Sintió esta angustia punzadora. En vano  
 Quiso escapar del riesgo: fuerte nudo  
 Le sujetaba al empinado riseo  
 Cual si arraigase en él. Sobre su frente  
 La visión melancólica extendía  
 Su abrumadora diestra, á cuyo peso  
 La débil alma se doblaba, como  
 Endeble ramo bajo el propio fruto.  
 Con hondo horror del polvo de los siglos  
 Alzarse vió las osamentas rotas  
 De cien generaciones, que en revuelto  
 Y animado tropel le amenazaban,  
 Fijando en él sus órbitas vacías  
 Y gritando con ira inextinguible:  
 —¡Apóstata, traidor!

## III.

Bajo el influjo  
 De tan contrarios sentimientos, ciega  
 Y trastornada el alma soñadora,  
 Perdió el sostén, y con pasmoso estruendo  
 Rodó de la alta cumbre en que se erguía  
 De roca en roca, como alud que baja  
 De inaccesible monte derrumbado,  
 Con ímpetu cayó no conocido  
 Hasta los bordes de la inmensa sombra  
 Que llenaba el abismo pavoroso  
 Bajo sus piés abierto. ¡Oh perdurable  
 Y terrible caída, que recuerda  
 La de Luzbel desvanecido! ¡Nunca  
 Llegará el alma despeñada al fondo  
 De la insondable sima! ¿Tiene acaso  
 La duda fin y límite el anhelo?  
 En vano el monje en las cortantes grietas  
 Buscaba apoyo, y contener quería  
 Su rápido descenso como el ave  
 Que herida en el espacio y moribunda,  
 Con las últimas ansias aletea.  
 A la presión de su insegura mano  
 Los peñascos cediendo, con medroso  
 Estrépito tras él se desprendían,

Cual si al romper su agobiadora cárcel  
 El ígneo monstruo que oprimido gime  
 En las entrañas de la tierra, el mundo  
 Hecho pedazos á su Dios lanzara.  
 Aquella ingente mole de granito  
 Aglomerada por los siglos, obra  
 Del misterio y la fe, con ronco estrago  
 Se estremecía en su inmutable asiento,  
 Y el alma al par con las hendidas peñas  
 Que arrancaba de cuajo la convulsa  
 Revolución del monte, desolada  
 En la noche sin fin se sumergía.  
 Los enormes fragmentos de la roca  
 Que á su paso saltaban, impelidos  
 Por fuerza oculta en progresión creciente,  
 Ante su vista atónita tomaban  
 Fantásticos contornos, y en el aire  
 Cambiaban sin cesar. Góticos templos,  
 Labrados claustros, foscas esculturas,  
 Altares y sepulcros, en ruidoso  
 Remolino de escombros le seguían,  
 Como si el orbe todo desquiciado,  
 Detrás del alma al precipicio fuera  
 Llevado por el vértigo.

## IV.

En su rudo  
 Y estéril batallar, oyó en la altura  
 Una gran voz que, dominando el sordo  
 Frigor de la catástrofe, clamaba:  
 —¡Venci, venci, venci! ¡La tierra es mía!  
 Al escuchar tan formidable grito,  
 Que como el són de la final trompeta  
 Retumbaba en la tierra y en los cielos,  
 Cayó el doliente espíritu en insano  
 Y profundo estupor, cerró los ojos,  
 Para no ver la temerosa ruina  
 Donde iba envuelto, y desde aquel instante  
 Nada vió, nada oyó.

## V.

Mas, ¡ay! apenas  
 Se sobrepuso á su mortal congoja,  
 Preso en el cuerpo que dejó en el coro  
 Abandonado como prenda inútil,

Se halló otra vez, absorto y confundido.  
 En el húmido lecho de su celda  
 Postrado estaba el misero, y los monjes  
 Con solícito afán le rodeaban.  
 Incorporóse con terror, clavando  
 En ellos la mirada escrutadora,  
 Como el que, salvo del peligro, empieza  
 A darse cuenta de él—¿Dónde estoy, dónde?—  
 Tímido preguntó, Sereno y grave  
 Llegósele el Guardián:—Dad, hijo mío,  
 Gracias á Dios—le respondió apacible—  
 Que os apartó del borde de la fosa.  
 Habeis estado como muerto.—Y muerto  
 Estuve ¡oh Padre!—el infeliz repuso—  
 ¡Ya no soy lo que fui Pesa en mis hombros  
 La grosera cogulla, y me avergüenza  
 Mi antigua sumisión. ¡Rompo mis lazos  
 ¡Cobro mi libertad! ¡Nazco á la vida!  
 —Calla, blasfemol—el superior gritóle  
 Con alterada voz, mientras dudosos  
 Los frailes se alejaban repitiendo:  
 —¡Loco debe de estar!—Mudo y sombrío  
 Inclino el triste la rugosa frente  
 Y quedó en su dolor como abismado.  
 Hasta que al fin alzando de improviso  
 La vista hácia el Guardián, que al pié del lecho  
 Con paterna inquietud le contemplaba,  
 —¡Padre,—le dijo—el hábito me quema  
 Y le arranco de mí ¡Dios me ilumina!—  
 Despavorido y trémulo el anciano  
 Con voz entrecortada por el lloro,  
 —¿Qué intentas, di?—le preguntó.—Y el fraile  
 Irguiendo la cabeza en són de lucha,  
 —¡Vencer á Roma!—contestó.—¡Eso quiero!—  
 El venerable religioso entonces  
 Tendió sobre él la mano temblorosa  
 Y con torvo ademán gritó:—¡Anatemal  
 Ya que indomable orgullo te desliga  
 De nuestra santa fe, ¡siglos y siglos  
 La maldición del cielo te persiga!

## LA PESCA.

## I.

Cuántas veces sentado en tu ribera,  
 ¡Oh mar! como si oyera  
 La abrumadora voz de lo infinito,  
 Ha despertado en la conciencia mía  
 Honda melancolía,  
 Tu atronador, tu interminable grito!

## II.

Todo enmudece y cae en el misterio:  
 El poderoso imperio  
 Que la tierra asoló con sus batallas;  
 Hasta los dioses que de polo á polo  
 Temidos son; tú sólo  
 Sientes rodar los siglos, y no callas.

## III.

No callas, y hasta al alto firmamento  
 Sube tu ronco acento,  
 Y cuando revolviéndote en ti mismo  
 Ruges furioso, en tus entrañas late  
 El horror del combate  
 Que empeña el huracán con el abismo.

## IV.

Sólo alcanza poder tan soberano,  
 El pensamiento humano  
 Como tú grande, como tú profundo,  
 Que alzando sin cesar su voz de trueno,  
 Forja en su ardiente seno  
 Las glorias y catástrofes del mundo.

## V.

¡Ay si decir pudieras en tanto sabes!...  
 ¿Qué hiciste de las naves  
 Con que surcó tu inmensidad, la aciaga  
 Y trágica ambición? ¿Adónde han ido?  
 Como el mortal olvido  
 Tu oscuro fondo hasta el recuerdo traga.

Se halló otra vez, absorto y confundido.  
 En el húmido lecho de su celda  
 Postrado estaba el misero, y los monjes  
 Con solícito afán le rodeaban.  
 Incorporóse con terror, clavando  
 En ellos la mirada escrutadora,  
 Como el que, salvo del peligro, empieza  
 A darse cuenta de él—¿Dónde estoy, dónde?—  
 Tímido preguntó, Sereno y grave  
 Llegósele el Guardián:—Dad, hijo mío,  
 Gracias á Dios—le respondió apacible—  
 Que os apartó del borde de la fosa.  
 Habeis estado como muerto.—Y muerto  
 Estuve ¡oh Padre!—el infeliz repuso—  
 ¡Ya no soy lo que fui Pesa en mis hombros  
 La grosera cogulla, y me avergüenza  
 Mi antigua sumisión. ¡Rompo mis lazos  
 ¡Cobro mi libertad! ¡Nazco á la vida!  
 —Calla, blasfemol—el superior gritóle  
 Con alterada voz, mientras dudosos  
 Los frailes se alejaban repitiendo:  
 —¡Loco debe de estar!—Mudo y sombrío  
 Inclino el triste la rugosa frente  
 Y quedó en su dolor como abismado.  
 Hasta que al fin alzando de improviso  
 La vista hácia el Guardián, que al pié del lecho  
 Con paterna inquietud le contemplaba,  
 —¡Padre,—le dijo—el hábito me quema  
 Y le arranco de mí ¡Dios me ilumina!—  
 Despavorido y trémulo el anciano  
 Con voz entrecortada por el lloro,  
 —¿Qué intentas, di?—le preguntó.—Y el fraile  
 Irguiendo la cabeza en són de lucha,  
 —¡Vencer á Roma!—contestó.—¡Eso quiero!—  
 El venerable religioso entonces  
 Tendió sobre él la mano temblorosa  
 Y con torvo ademán gritó:—¡Anatemal  
 Ya que indomable orgullo te desliga  
 De nuestra santa fe, ¡siglos y siglos  
 La maldición del cielo te persiga!

## LA PESCA.

## I.

Cuántas veces sentado en tu ribera,  
 ¡Oh mar! como si oyera  
 La abrumadora voz de lo infinito,  
 Ha despertado en la conciencia mía  
 Honda melancolía,  
 Tu atronador, tu interminable grito!

## II.

Todo enmudece y cae en el misterio:  
 El poderoso imperio  
 Que la tierra asoló con sus batallas;  
 Hasta los dioses que de polo á polo  
 Temidos son; tú sólo  
 Sientes rodar los siglos, y no callas.

## III.

No callas, y hasta al alto firmamento  
 Sube tu ronco acento,  
 Y cuando revolviéndote en ti mismo  
 Ruges furioso, en tus entrañas late  
 El horror del combate  
 Que empeña el huracán con el abismo.

## IV.

Sólo alcanza poder tan soberano,  
 El pensamiento humano  
 Como tú grande, como tú profundo,  
 Que alzando sin cesar su voz de trueno,  
 Forja en su ardiente seno  
 Las glorias y catástrofes del mundo.

## V.

¡Ay si decir pudieras en tanto sabes!..  
 ¿Qué hiciste de las naves  
 Con que surcó tu inmensidad, la aciaga  
 Y trágica ambición? ¿Adónde han ido?  
 Como el mortal olvido  
 Tu oscuro fondo hasta el recuerdo traga.

## VI.

Todo perece en ti sin dejar huella  
 El barco que se estrella  
 Contra el peñón, la armada que devoras,  
 Los continentes que iracundo invades,  
 Las sordas tempestades  
 Que avanzan en tus olas bramadoras.

## VII.

La tierra, en cuyo seno te reclinas,  
 Mantiene en pie las ruinas  
 Que las ciegas catástrofes dejaron.  
 Tú, con dèden soberbio, las rechazas:  
 Por ti pueblos y razas  
 Como sombras efímeras pasaron.

## VIII.

El furor de los tiempos, que venciste,  
 Sólo tu voz resistió:  
 Tu acento fué, como clamor de guerra,  
 El que la humanidad oyó primero,  
 ¡Ay! y será el postrero  
 Que en su agonía escuchará la tierra.

## IX.

Pero más, mucho más que cuando inmolas  
 Y abismas en tus olas  
 La insolencia del fuerte á quien humillas  
 Mi espíritu conturbas y enajenas  
 Con las tristes escenas  
 Que esparcen el terror en tus orillas.

## X.

No lejos de un peñón agrio y salvaje  
 Que con recio oleaje  
 El cantábrico mar bate y socava,  
 Al través de los árboles blanquea  
 Casi ignorada aldea,  
 Sobre la costa inabordable y brava.

## XI.

Mirando al mar de frente al Oceano,  
 Que sacudiendo en vano  
 La roca estéril sin cesar se agita,  
 El horizonte corta y se alza enhiesta  
 Sobre la calva cresta  
 Del picacho granítico, una ermita.

## XII.]

¡Con qué placer la gente pescadoras,  
 Que al despuntar la aurora  
 Por entre escollos á la mar se lanza,  
 Del sol poniente al último vislumbre,  
 Ve lucir en la cumbre  
 Aquel faro de amor y de esperanzal

## XIII.

Quando, salvo de innúmeros azares,  
 Torna á los patrios lares  
 El marinero audaz ¡con qué alegría,  
 Con qué ferviente fe, descalzo y roto,  
 Corre á colgar su voto  
 En aquel pobre templo de Maríal

## XIV.

¡Maríal que del piélago y del alma  
 Las tempestades calma;  
 Que recoge en sus brazos y consuela  
 Al náufrago del mar y de la vida  
 Bálsamo á toda herida,  
 Puerto á toda aficción. ¡*Maris stella!*

## XV.

Desde el peñón desnudo y solitario  
 Que el blanco santuario  
 Con su apacible majestad abruma,  
 Contempla por do quiera la mirada  
 La costa acantilada  
 Donde se estrella con fragor la espuma.

## XVI.

Y al dilatarse por el mar, divisa  
 En la línea indecisa  
 Do se juntan las nubes y las olas,  
 Rauda vapor, que con la crin al viento,  
 Acelera el momento  
 De arribar á las costas españolas.

## XVII.

Luego, á medida que la luz desmaya,  
 Con rumbo hácia la playa  
 Cuyos contornos borra la neblina,  
 Se ven llegar las pescadoras naves,  
 Como tímidas aves  
 Que al nido vuelven, cuando el sol declina.

## XVIII.

El faro, al descender la noche oscura,  
 En la empinada altura  
 De negro promontorio centellea,  
 Y su destello intermitente oscila  
 Cual la roja pupila  
 De un Titán, que en las sombras parpadea.

## XIX.

Están, desde la cúspide del monte,  
 El mar y el horizonte  
 A la absorta mirada siempre abiertos,  
 Y al otro lado, en la vertiente opuesta  
 De la escarpada cuesta,  
 Reclinado el lugar entre sus huertos.

## XX.

Silvestre hayas y robustos pinos  
 De los cerros vecinos  
 Orlan y ciñen la brumosa frente,  
 Por cuyas quiebras rueda y se desata,  
 Como líquida plata,  
 El sonoro raudal de alguna frente.

## XXI.

Y allí, donde de pronto se despliega  
 La pintoresca vega,  
 Siguiendo los contornos desiguales  
 De la verde montaña, resguardado  
 Por el peñón tajado  
 De recios y furiosos vendavales;

## XXII.

Bajo el amparo de la Iglesia santa,  
 Sobre la cual levanta  
 Sencilla cruz sus brazos redentores,  
 Sin que la sed de la ambición le adija,  
 Humilde se cobija  
 Aquel pueblo de honrados pescadores.

## XXIII.

Por entre los repliegues de una loma,  
 Rústico albergue asoma  
 Al margen de un arroyo cristalino,  
 Cuyo limpio caudal, abriendo calle  
 Por el fondo del valle,  
 Mueve después las piedras de un molino.

## XXIV.

Fresca arboleda en sus orillas crece,  
 Y cuando el viento mece  
 Con leve impulso sus tupidas frondas,  
 Parece, reflejándose en el río,  
 Que el ramaje sombrío  
 En el espacio tiembla y en las ondas,

## XXV.

Junto al arroyo que la miendo pasa  
 Las tapias de la casa,  
 Un joven pescador de piel curtida  
 Por el viento del mar, áspero y rudo,  
 Iba nudo por nudo  
 Recorriendo su red, al sol tendida,

## XXVI.

Para coger los puntos de la malla,  
Que en su postrer batalla  
Rompió, saltando el pez, vencido y preso  
En la jornada del pasado día,  
Cuando la red cruja  
De la copiosa pesca bajo el peso.

## XXVII.

Agraciada mujer, viva y morena,  
En la ingrata faena  
Le acompañaba, y con secreto gozo,  
A menudo, ligera como el rayo,  
Mirándole el soslayo  
Orgullosa pensaba: — ¡Es un buen mozo! —

## XXVIII.

Y él, al fijarse, de impaciencia lleno,  
En el redondo seno  
Que el ceñido jubón reprime y tapa,  
Suspendiendo de pronto su trabajo,  
Decía por lo bajo  
Con aire vencedor: — ¡Es que eres guapa! —

## XXIX.

Entonces, dibujándose indecisa  
En sus labios la risa,  
Contemplábase, muda de embeleso,  
La dichosa pareja enamorada,  
Y era aquella mirada,  
Una promesa, una caricia, un beso.

## XXX.

Los dos nacieron para amarse. Es Rosa,  
Como su nombre, hermosa:  
Arde en sus ojos del placer la llama.  
Su fresca boca, que al halago brinda,  
Es dulce cual la guinda  
Que el pájaro voraz pica en la rama.

## XXXI.

No tiene la blancura de la nieve,  
Que se deshace en breve:  
Negros sus ojos son, negro el cabello  
Competir en su rostro parecía  
La noche con el día;  
Pero ¿acaso el crepúsculo no es bello?

## XXXII.

Cayó en las redes de su amor cautivo  
Miguel, el más activo  
Y arriesgado patrón de aquella playa,  
Que ágil en el timón, fuerte en el remo,  
En el peligro extremo  
Ni tiembla, ni se aturde, ni desmaya

## XXXIII.

Adiestrado en el impropio ejercicio  
De su penoso oficio,  
Por la abierta camisa muestra el pecho  
De fuerte y musculosa contextura,  
No á la molicie impura,  
Sino á las fieras tempestades hecho.

## XXXIV.

Bajo su tosca y natural corteza  
Oculta la nobleza  
De un corazón resuelto, pero sano.  
Tan sólo Rosa conquistó la palma  
De someter un alma,  
Que no logró domar el Océano.

## XXXV.

Santificó su paz y su ventura  
La bendición del cura.  
Tres meses hace que al sagrado lazo  
La ya vencida voluntad rindieron,  
Tres meses, que se dieron  
El primer beso y el primer abrazo

## XXXVI.

Nunca vió la cantábrica montaña,  
Honor y prez de España,  
Dos almas en sus gustos más unidas,  
Ni con casto ardor el himeneo  
En un mismo deseo  
Fundió dos corazones y dos vidas.

## XXXVII.

En su hogar deslizábanse veloces  
Las horas y los goces.  
Ignoraba los usos cortesanos  
Su amor tan inocente como vivo:  
Pero el beso furtivo,  
La franca risa, el apretón de manos,

## XXXVIII.

El íntimo y verboso cuchicheo,  
Semejante al gorjeo  
De alegres aves, el falaz desvío  
De que mimada joven alardea,  
Sólo el tiempo que emplea  
En decir su amador:—¡Dulce bien mío!—

## XXXIX.

La voz, el gesto, la expresión, el modo  
De contemplarse, todo  
Trastornaba sus almas, pues ¿qué idioma  
Por inculto que sea y por grosero,  
Para el amor sincero  
No es tierno como arrullo de paloma?

## LX.

Juntos en deleitable compañía  
Trabajan á porfía  
Repasando la red, y tan molesta  
Como pesada operación sazona  
La burla retozona,  
La aguda chanza ó la atrevida fiesta.

## XLI.

Reconcentrados en su amor profundo  
¿Qué les importa el mundo?  
Los sueños de ambición dan al olvido.  
A su cariño sin temor se entregan  
Y juegan, como juegan  
Los pájaros incautos en su nido.

## XLII.

No lejos, en el término de un prado  
Donde manso ganado  
Con la hierba otoñal su gula aplaca,  
La madre de Miguel, limpia y risueña,  
Tranquilamente ordeña  
Las llenas ubres de fecunda vaca.

## XLIII.

Con frecuencia, á hurtadillas, clava en ellos  
Tan jóvenes, tan bellos  
Y tan rendidos á su mutuo encanto,  
Los dulces ojos, que la edad apaga,  
Y por sus labios vaga  
Leve sonrisa, tierna como el llanto.

## XLIV.

¡Con qué inefable paz la pobre vieja,  
A quien tan sólo deja  
Vanas memorias la cansada vida,  
Con qué intenso y profundo recogijo  
Siente y ve en aquel hijo  
Reverdecer su juventud perdida!

## XLV.

Él la hace recordar tiempos mejores,  
Con sus castos amores,  
Sus ansias, sus placeres y congojas,  
Es como tronco roto, que aún resiste,  
Y el mes de mayo viste  
De nuevas ramas y de nuevas hojas.

## XLVI.

Fijóse en ella embebecido el mozo,  
Y desbordando el gozo  
Que en sus plácidos ojos centellea,  
Dijo, llamando la atención de Rosa:  
—Mírala qué hacendosa  
Y entretenida está. ¡Bendita sea!

## XLVII.

—¿Qué puede apetecer? ¡Nos ve felices!—  
Rosa exclamó:—Bien dices—  
Respondióla Miguel:—¡Quieran los cielos  
Para colmar la dicha de esa anciana,  
Concederle mañana  
Inocentes y hermosos netezuelos!—

## XLVIII.

La joven, con el seno palpitando,  
Mostrando en su semblante  
El vívido color de la amapola,  
Al cuello se colgó de su marido,  
Y murmuró á su oído  
Una tímida frase ¡una tan solal!

## XLIX.

Mas de poder tan penetrante y hondo,  
Que removió hasta el fondo  
El alma de Miguel, como la ardiente  
Lumbre del sol que las campiñas dora  
Hace, germinadora,  
Estallar en el surco la simiente.

## L.

—¡Madrel ¡madrel!—gritó falto de aliento  
Y pronta al llamamiento,  
Con creciente ansiedad la anciana vino.  
—¿Qué es esto?—preguntó sobresaltada.  
—¿Qué es esto? ¡Pues es nadal!—  
Contestóle Miguel fuera de tino.

## LI.

—¡Que avanza mi ventura á toda vela!  
¡Que vas á ser abuelal!  
¡Que mis sueños de amor alcanzo y toco!—  
Y hablada cada vez menos tranquilo,  
Levantándola en vilo,  
Locuaz y descompuesto como un loco.

## LII.

Por fin la anciana desasirse pudo  
Del apretado nudo,  
Y no vuelta del pasmo todavía,  
Haciendo á Rosa malicioso guiño,  
Con maternal cariño,  
—¡Ah bobol! prorrumpió—¡si lo sabíal!

## LIII.

Y no cabiendo el júbilo en su pecho  
En íntimo, en estrecho,  
En entrañable abrazo confundidos,  
Mezclaron sus sencillos corazones,  
Anhelos, ilusiones,  
Lágrimas, esperanzas y latidos.

## LIV.

Como de la fortuna en el mareo,  
Se anticipa el deseo  
Con sus alas de rosa al bien distante,  
Miguel dijo soñando:—Si no muda  
El tiempo, y Dios me ayuda  
La pesca del atún sera abundante.

## LV.

Se la consagro al niño, y con su importe,  
A Castro.... ¡no! á la corte  
Iré en seguida, y si en las tiendas hallo  
Cosa de gusto, volcaré el bolsillo,  
Y le traeré un hatillo  
De príncipe... ¡y un sable!... ¡y un caballo!—

## LVI.

Y añadió enternecido, sonriendo:  
— ¡Si casi le estoy viendo  
Con su carita colorada y fresca,  
Y sus gracias alegres y sencillas,  
Sentarse en mis rodillas  
Para escuchar los lances de la pesca!

## LVII.

¡Verás cómo retoza por la playa  
Cuando á buscarme vayal  
Y cuando se acostumbre, al lado mío,  
Al olor del carbón y de la brea,  
¡Verás cómo gatea  
Por los palos y jarcias de un navío!

## LVIII.

Será— siguió diciendo satisfecho,—  
Un mozo de provecho  
Más resistente y firme que una entena.  
Iremos juntos, y se hará á mis mañas.—  
— ¡Hijo de mis entrañas!—  
Rosa le interrumpió con susto y pena.

## LIX.

¡El, expuesto al peligro de los mares!...  
¿No bastan los pesares  
Que me afligen por tí? ¡Vaya un empeño!  
No lograrás vencerme, te lo digo,  
Harto sufro contigo  
Sin que nueva inquietud me robe el sueño.—

## LX.

— ¡Bravo! exclamó Miguel:— ¡Famosa ideal  
Pues ¿qué quierés que sea?—  
Y mirándole Rosa con ternura,  
— ¡Cura!— le respondió. ¡Cómol— repuso  
El pescador confuso.  
— ¡Y un mozo tan cabal ha de ser cura!—

## LXI.

— ¡Si, sí! Para que ruegue noche y día  
A la Virgen María,—  
Respondió con tiernísimo arrebató,  
— Por cuantos mueren en la mar traidora,  
Por la infeliz que llora  
Su mísera viudez... y por tí ¡ingrato!

## LXII.

— Pues no me harás cejar.— Ni á mí tampoco.  
— Vayamos poco á poco —  
Dijo, cortando la incipiente riña  
La madre de Miguel.— Pues yo no paso  
Por que apuréis el caso  
Sin contar con el huésped. ¿Y si es niña?—

## LXIII.

Quedóse el pescador mudo y perplejo:  
— Arrugó el entrecejo  
Contrariado tal vez: pero de pronto,  
A compás de ruidosa careajada  
Prorrumpió: ¡Nada, nada,  
Madre tiene razón! ¡Es que soy tonto!...

## LXIV.

— Si es niña, ya sabéis, no la recibo,  
Aún cuando sea el vivo  
Retrato de mi adusta morenita.—  
Y con franca efusión abrazó á Rosa,  
Que entre esquiya y gozosa  
Dijo, evitando sus cariños:— ¡Quital—

## LXV.

¿Quién ve tanta ventura indiferente?  
¡Santa y perenne fuente  
Del amor paternal, que en nuestro anhelo  
En misteriosas ondas repartida,  
Para endulzar la vida  
Y templar nuestra sed, bajas del cielo!

## LXVI.

¡Sentimiento purísimo del alma,  
Que turbas nuestra calma,  
Y con ritmo jamás interrumpido  
Despiertas los estímulos que duermen,  
Haces vibrar el germen,  
Subir la savia y palpitar el nido!

## LXVII.

A tu voz la inmortal naturaleza  
Suspende la fiereza  
Del oso hurano y del león hirsuto,  
Y tu fuego vivaz que do quier arde,  
Impetu dá al cobarde,  
Vigor al débil y razón al bruto.

## LXVIII.

Todo, sujeto á inexorable norma,  
Se muda, se transforma,  
Y en este inmenso impenetrable abismo  
Que la infinita variedad encierra,  
Tan sólo tú, en la tierra,  
En el cielo y el mar, eres el mismo.

## LXIX.

Pero ¡oh suerte importuna! En el momento  
De su mayor contento,  
Asomando al través de los maizales  
Que encubren la vereda del molino,  
Un marinero vino  
A turbar sus ensueños paternales.

## LXX.

Era Roberto, amigo y camarada  
De Miguel. Alma honrada  
Que á su pesar apasionado culto  
Consagra á Rosa; amor inofensivo,  
Pero puazante y vivo,  
En lo más hondo de su pecho oculto.

## LXXI.

—¿Ya vienes á buscarme? Es muy temprano.—  
Con tono afable y llano  
Dijo al verle Miguel.—Bien se conoce  
Que tienes—contestó—la paz en casa,  
Y que el reló se atrasa  
Para quien vive á gusto. ¡Son las doce!

## LXXII.

¿A qué esperamos, pues? El tiempo es bueno,  
El cielo está sereno  
Y el mar tranquilo y manso. Con que puedes  
Calcular el aguante de tu malla,  
Pues hoy, ó todo falla,  
Van con las pesca á reventar las redes.

## LXXIII.

¡No es lícito á los pobres el regalo!...  
El año ha sido malo...—  
—Cierto—Miguel repuso, y necesito  
No perder la ocasión, porque mi esposa...—  
Iba á hablar; pero Rosa  
Dijo, abrazando al imprudente:—¡Chito!

## LXXIV.

—Si mi franqueza tu disgusto labra,  
No diré una palabra,—  
Contestóle Miguel. Mientras Roberto  
Rendido al golpe de su ardiente pena,  
Contemplaba la escena,  
Lívido y silencioso como un muerto.

## LXXV.

Quién en lo oscuro de su pecho esconda  
La herida viva y onda  
Que sangra sin cesar, de un desdichado  
Amor, y tenga para más tortura,  
El sueño de ventura  
Que nunca logrará, siempre á su lado;

## LXXVI.

Quién de los celos pertinaces sienta  
La mordedura hambrienta,  
Y finja indiferente y satisfecho  
Ver su imposible bien en otros brazos,  
Mientras quiere á pedazos  
El corazón saltarse del pecho;

## LXXVII.

Quién amando en silencio hasta el delirio,  
No tenga en su martirio  
Ni aún el triste consuelo de la queja,  
Podrá tan sólo comprender el fiero  
Pesar del maruero,  
Ante el placer de la gentil pareja.

## LXXVIII.

Miguel de pronto profirió: ¡Al avío!—  
Con desenvuelto brío  
La fuerte red plegando. Diligente,  
Y según su costumbre cariñosa,  
Iba á ayudarle Rosa,  
Cuando él le dijo amedrentado:— ¡Tente!

## LXXIX.

¡Por Dios! ¿Qué vas á hacer? Pues bueno fuera  
Que un esfuerzo cualquiera...  
¡No me des qué sentir! Y á más, te aviso,  
Que hoy la felicidad me presta aliento.  
¡Hasta capaz me sienta  
De cargar con la barca, si es preciso!—

## LXXX.

Entre risas, y plácemes y fiestas  
Miguel echóse á cuestras  
La recogida red, diciendo:— ¡Vaya!  
Nada hacemos aquí.— Y él y Roberto,  
En íntimo concierto  
Tomaron el sendero de la playa.

## LXXXI.

Marchaba el ágil mozo con presteza,  
Volviendo la cabeza  
A cada instante hácia su hogar cercano,  
Desde donde en señal de despedida,  
La joven conmovida  
Le mandaba sus besos con la mano.

## LXXXII.

Y hasta que casi al fin de la jornada,  
Su prenda idolatrada  
Se internó en las revueltas del camino,  
No apartó, con dulcísima porfía,  
Del rumbo que él seguía,  
Ni el corazón ni el rostro peregrino,

## LXXXIII.

Viendo, no sin nublársele el semblante,  
Cada vez más distante  
Al dueño de su vida y de su casa;  
Que la ausencia en amor, aún la más breve,  
Cual nubecilla leve  
Oscurece los cielos mientras pasa.

## LXXXIV.

— ¡Ah! ¡cómo no quererle si es tan buenol...—  
Dijo, oprimiendo el seno  
Maternal, con tan blando y dulce nudo,  
Que, de la dicha de su hogar ufana,  
La enternecida anciana  
Contener una lágrima no pudo.

## LXXXV.

En tanto, los alegres marineros  
Perdiéronse ligeros  
Tras un peñón que hácia la senda avanza,  
Y al fin de cuya estrecha cortadura  
La indómita llanura  
Del vasto mar á descubrir se alcanza.

## LXXXVI.

Desde allí se divisan de repente,  
Su grandeza imponente,  
Su augusta calma ó su furor sublime,  
A con su regia majestad á solas,  
Oyese de sus olas  
La voz tonante que amenaza ó gime

## LXXXVII.

En coloquio jovial entretenidos  
Van, de la mano asidos,  
Hácia donde, á merced de la marea  
Que su ancha curva en las arenas raya,  
Cual reina de la playa  
La barca de Miguel se balancea.

## LXXXVIII.

¡Qué es verla, el separarse de la orilla,  
Con atrevida quilla  
Surcar graciosa el líquido elemento,  
Y mar afuera, inquieta y juguetona,  
Tender la blanca lona  
A las caricias pérfidas del viento!

## LXXXIX.

¡Qué es ver cómo al peligro se aventura,  
Cuando la sombra oscura  
Se precipita sobre el mar de Atlantel  
Y cuando viento duro el golfo riza,  
¡Qué es ver cual se desliza  
Por la espalda ondulosa del gigantel

## XC.

Nunca el riesgo imprevisto la acobarda,  
Y hiende tan gallarda  
La inmensidad del piélagos bravo,  
Que no deja tras sí, rápida y suave,  
Ni aun la huella que un ave,  
Rozando con el ala, abre en el río.

## XCI.

El noble pecho de Miguel se ensancha  
Ante la airosa lancha  
Que su fortuna y su ambición encierra,  
Y le presta solícito el cuidado  
Con que el bravo soldado  
Mima y atiende á su corcel de guerra.

## XCII.

Un mancebo, que estaba de atalaya,  
Gritó á los de la playa:  
—¡El patrón!—Y animosa la cuadrilla  
A la dura jornada se dispuso.  
Sólo absorto y confuso  
Un pescador permaneció en la orilla.

## XCIII.

Sentado en un montón de húmeda arena,  
Extraño á la faena  
Ocultaba su rostro entre la manos,  
Mostrando sólo en su actitud doliente  
La ancha y curtida frente  
Orlada á trechos de cabellos canos.

## XCIV.

Cual no maduro fruto, que la helada  
Malogra, su hija amada  
Cayó marchita al soplo de la muerte,  
Y se le sale, sin sentir, del pecho  
El corazón deshecho,  
En las acerbas lágrimas que vierte.

## XCV.

Quién ha sufrido la mortal congoja  
Que, sin piedad, deshoja  
Como agostada flor nuestra ventura  
En ese instante de terrible prueba,  
En que voraz se lleva  
Parte de nuestro sér, la sepultura:

## XCVI.

Cuando con lenta gradación se apaga  
La luz dudosa y vaga  
Que colora la faz del moribundo,  
¡Ay! y á medida que en sus ojos crece  
La sombra, nos parece  
Que va cayendo en lobreguez el mundo;

## XCVII.

Cuando vencidos en estéril lucha,  
Nuestra impotencia escucha  
El tremendo estertor de la agonía,  
Y con angustia alborotada y loca  
Posamos nuestra boca  
Sobre otra boca descompuesta y fría,

## XCVIII.

Casi cerrada en su letal reposo  
Al ritmo fatigoso  
Que el pecho cadavérico le presta,  
Y que ya de la muerte bajo el peso,  
Ni al anhelante beso,  
Ni al tierno abrazo, ni á la voz contesta;

## XCIX.

Cuando aún tibios los míseros despojos,  
Vemos con turbios ojos  
Toda nuestra ilusión desvanecida,  
Y en medio del pesar que nos destroza  
Sentimos cual se goza  
Traidor recuerdo en enconar la herida!

## C.

Cuando envuelto en su fúnebre mortaja,  
Negra y medrosa caja  
El bien amado para siempre encierra,  
Y siente el corazón despavorido  
El ruido, el sordo ruido  
Que hace al cubrir el féretro la tierra:

## CI.

¡Ay! quien tenga grabada en su memoria  
Esa trágica historia,  
Sin cesar repetida y siempre nueva,  
Verá, evocando su dolor pasado,  
El dardo envenenado  
Que el triste padre en sus entrañas lleva.

## CII.

Al verle presa de aficción tan viva,  
Con frase compasiva  
Le interrogó Miguel franco y abierto.  
Alzó el viejo la faz deseneajada,  
Y con voz desmayada,  
—¿No sabes?—sollozó—¡mi Juana ha muerto!—

## CIII.

El sentimiento concentrado es mudo,  
Mientras un choque rudo  
No sacude el marasmo que le embota,  
Porque entonces el ansia comprimida,  
Como por ancha herida  
La hirviente sangre, atropellada brota.

## CIV.

Y cuando el corazón rompe su valla,  
En el dolor que estalla  
Se mezclan y amalgaman con espanto  
Como fundidos por el mismo fuego,  
La imprecación y el ruego,  
Y el gemido, y la cólera y el llanto.

## CV.

Tal la voz de Miguel, blanda y serena,  
Exasperó la pena  
Que al tosco anciano lo apretaba el cuello  
Y exaltándose al cabo poco á poco,  
Con la rabia de un loco  
Maldiciendo y mesándose el cabello,

## CVL

—¡Ayl de pronto exclamó con ceño adusto:—  
 ¡Mentira! Dios no es justo  
 Cuando se goza en aumentar mi cuita.  
 Tienen en buena paz muchos bribones  
 Tierras, barcos, millones....  
 ¡Yo, una pobre muchacha.... y me la quita!

## CVII

¿Qué mal hacía la infeliz doncella?  
 ¿Cómo vivir sin ella?...—  
 Y se apagó la voz en su garganta.  
 —Mas sin justicia ni razón me quejo,—  
 Gimió el honrado viejo:  
 —¡No nació para el mundo! ¡Era una santa!—

## CVIII

Miguel, tendiendo al afligido anciano  
 La encallecida mano,  
 —Vuelve á casa—le dijo—y llora y reza  
 Junto á la amada prenda que perdiste.  
 —¡No!—contestóle el triste  
 Moviendo gravemente la cabeza.

## CIX

—Aunque me falta el sol de la alegría  
 Conservo todavía,  
 Gracias á Dios, mi voluntad de hierro.  
 ¿Por qué te he de mentir, si eres mi amigo?  
 Saldré á la mar contigo.  
 ¡Necesito el jornal para su entierro?

## CX

Quiero comprarle, si tenemos suerte,  
 Las galas de la muerte:  
 Una cruz, un sudario y una palma.—  
 Guardó breve silencio el desdichado  
 Y luego desolado  
 Clamó con bronco acento:—¡Hija del alma!—

## CXI

Su misma voz, que reprimir no pudo,  
 Como puñal agudo  
 Clavósele en el pecho, y tan activa  
 Creció en su corazón la angustia fiera,  
 Cual la insaciable hoguera,  
 Que cuanto más devora, más se aviva.

## CXII

Enternecido ante infortunio tanto,  
 Y conteniendo el llanto  
 Miguel le respondió:—Tu pobre Juana  
 Tendrá lo que tu anhelo solicita:  
 La humilde cruz bendita,  
 La palma virgen y el sayal de lana.

## CXIII

Pero vuelve á tu hogar, porque no quiero  
 Que un bravo compañero  
 A su propio tormento contribuya.  
 No serás, si te niegas, buen amigo,  
 Y atiende á lo que digo:  
 Hoy pesco para ti. ¡Mi parte es tuya!—

## CXIV

Cayó, cual dulce bálsamo, la oferta  
 Sobre la herida abierta  
 Del triste anciano, y mitigó su duelo  
 Llanto reparador, tranquilo y suave.  
 Siempre para quien sabe  
 Sentir, la gratitud es un consuelo.

## CXV

—¡Que Dios te colme de mercedes, hijo!—  
 Con blando acento dijo,  
 Las lágrimas secando en su mejilla.  
 Miguel para ocultar su sentimiento;  
 Ligerero como el viento  
 A la barca saltó desde la orilla.

## CXVI.

Toda su gente al tráfago dispuesta,  
Con ansia manifiesta  
Esperaba no más la voz de mando.  
Dióla el patrón; y con vigor supremo  
El resistente remo  
En las arenas de la playa hincando,

## CXVII.

Puso á flote la lancha embarrancada,  
Que lenta y sosegada  
Siguió después por la canal angosta,  
Única vía, franca y descubierta,  
Entre la barra incierta  
Y las tajadas peñas de la costa.

## CXVIII.

La roca, á modo de ciclópeo muro,  
Inabordable, oscuro,  
Desde la playa misma se adelanta,  
Hasta la punta del siniestro Cabo  
Do el mar potente y bravo  
Con sorda intermitencia se quebranta.

## CXIX.

Varias cruces sencillas de madera,  
En pavorosa hilera  
Resaltan del peñón de trecho en trecho,  
Señalando en el áspero arrecife,  
El sitio en que un esquife  
Quedó, á los golpes de la mar, deshecho.

## CXX.

Recuerda cada cruz alguna escena  
De horror y espanto llena.  
Más de un pobre marino halló su fosa  
Entre el medroso y formidable estruendo  
De la borrasca, oyendo  
Los desolados ayes de su esposa.

## CXXI.

Donde la punta del peñón termina,  
Por mísera y mezquina  
Pudírase decir que el mar desdena,  
Aunque á veces su presa le disputa,  
Una abrigada gruta  
Labrada por las olas en la peña.

## CXXII.

Gratas para las lanchas pescadoras,  
Las apacibles horas  
Trascurren sin sentir. Con los reflejos  
De la luz que en las aguas reverbera,  
El mar, como si fuera  
De inflamado metal, brilla á los lejos.

## CXXIII.

Miguel, desde la popa de su barca,  
Con la mirada abarca  
El golfo en que indolente se aventura.  
Está á sus piés sumiso y reposado  
Como león cansado,  
Y la atmósfera azul, diáfana y pura.

## CXXIV.

Lánguida brisa, replegando el ala,  
Mansamente resbala  
Sin conmover el piélago sereno,  
Como el aliento sosegado y leve,  
Que apenas alza y mueve  
De una virgen dormida el casto seno.

## CXXV.

El barco, al apartarse de la playa,  
Como argentada raya  
Deja en las ondas su espumosa estela,  
Y al avanzar con suave balanceo,  
Va como si el deseo  
Le sirviese de estímulo y de vela.

## CXXVI.

Del tiempo, más que del trabajo, avara,  
La gente se prepara,  
El remo suelta, y su esperanza funda  
En la corriente azul del Oceano,  
Como el dolor humano,  
Amarga, sí, pero también fecunda.

## CXXVII.

Tres veces por el ámbito marino  
Con provechoso tino  
Tiende la fuerte red, y las tres veces  
Al recogerla, abrigó su trama,  
La refulgente escama  
Que en vívido montón lucen los peces.

## CXXVIII.

—¡Te lo anuncié, Miguel! Ya ves si es cierto.—  
Dice alegre Roberto,  
Mientras que sujetando por la agalla  
Con diligente mano desenreda  
Al pez, que presó queda  
En los hilos nudosos de la malla.

## CXXIX

Y con aire triunfal alzando á pulso  
Un sollo, que convulso  
Entre su férreos dedos se torcía,  
Regocijdo exclama:—¡Brava presa!  
No se pone en la mesa  
Del rey, cosa mejor. ¡Este es gran día!—

## CXXX.

El sol empieza á declinar. La gente,  
A medida que siente  
Su ganancia crecer, redobla, el celo,  
Y sin cejar un punto en su tarea,  
Quién en la red se emplea,  
Quién, sentado en la borda, echa un anzuelo,

## CXXXI.

Quién al em rme pez, que agonizante  
Colea, en un instante  
Con implacable actividad remata;  
Y de la pesca el acre olor parece  
Que alienta y fortalece  
Al marinero en su existencia ingrata.

## CXXXII.

A poco, tenue y vaporoso velo  
Fué enturbiando del cielo  
La limpia claridad. Oscura nube  
Desde el confín remoto se avecina,  
Sorbando la neblina  
Que de las ondas impalpable sube.

## CXXXIII.

A medida que llega va aumentando:  
El mar plácido y blando  
Por momentos se encrespa y alborota.  
Estremécese el viento, antes dormido,  
Y hácia el agreste nido  
Tiende el medroso vuelo la gaviota.

## CXXXIV.

De improviso un racha fugitiva  
Del oleaje aviva  
El impetu naciente. Las espesas  
Nubes marchan en giro apresurado,  
Y al fin rompe el nublado  
En gotas tan escasas como gruesas.

## CXXXV.

—¡Hum!—exclama frunciendo el entrecejo  
Un pescador ya viejo:  
—¡El tiempo muda, la borrasca avanza!—  
Y otro añade después:—¡Se agó la fiesta!—  
—¡Ah, cobardes!— contesta  
Miguel en tono de amistosa chanza:

## CXXXVI.

—¿Os asusta una nube de verano?—  
 —¡Sí!— responde el anciano.  
 —¡La galerna está encima!— No discuto—  
 Le interrumpió el patrón. —Mas Juana ha muerto  
 Y yo no vuelvo al puerto  
 Si no llevo á su padre para el luto.—

## CXXXVII.

Y la pesca siguió con mayor brío,  
 Sin que del mar bravío  
 La sorda turbación los contuviera.  
 Pues ¿quién fuerza al lebrej cuando en la pista  
 la ansiada res avista,  
 A pararse en mitad de su carrera?

## CXXXVIII.

Mas de golpe la lluvia se desata  
 Cual rauda catarata;  
 El huracán sus ráfagas sacude  
 Como un corcel la crin; al llamamiento  
 Del alterado viento,  
 La ola, bramando de furor acude.

## CXXXIX.

Y se empeña otra vez con recio embate  
 El eterno combate  
 Que presencian los siglos confundidos,  
 En que, después de trágicos horrores,  
 Los fieros gladiadores  
 Ceden cansados, pero no vencidos.

## CXL.

Quédase muda de estupor la gente.  
 Negra, inmensa, rugiente  
 Rueda la tempestad; con ciego empuje  
 Cual fogoso bridón que se desboca,  
 La ola adelanta, choca  
 Contra la barca, retrocede y ruge.

## CXXI.

—¡Hola!— grita Miguel.— ¡Cortad la cuerda  
 Aunque la red se pierda!  
 Aún habrá tiempo de llegar el faro.  
 ¡Animo, chicos! y forzad las remos,  
 Que pronto arribaremos.  
 ¡La santa Virgen nos dará su amparo!

## CXLII.

El endeble timón Miguel aferra  
 Y á la cercana tierra  
 Dirige el rumbo como buen marino,  
 Mientras la gente, ante el peligro absorta,  
 Con ágil remo corta  
 La indócil ola, abriéndose camino.

## CXLIII.

Como acosado por la voz del trueno,  
 El mar su turbio seno  
 Con resonante convulsión agita;  
 Cual irritada fiera el lomo enarca  
 Y hácia la fragil barea  
 Sus gigantescas olas precipita.

## CXLIV.

A merced de la mar arrolladora,  
 La lancha pescadora  
 Los golpes sufre, pero no desmaya.  
 Y los vecinos del lugar, en tanto  
 Vuelan llenos de espanto,  
 En confuso tropel hácia la playa.

## CXLV.

Mozos, ancianos, niños y mujeres,  
 Imploran por los seres  
 Que amenaza el furor del mar sombrío,  
 Y ardiente quejas, alteradas voces  
 Revueltas y veloces,  
 Pueblan el aire en ronco griterío.

## CXLVI.

Luégo el tropel desordenado y vario  
 Invade el santuario  
 Que la escarpada cúspide corona,  
 Donde al pié del altar, una y cien veces  
 Con dolorosas pías,  
 Pide auxilio á su cálica Patrona.

## CXLVII.

Joven esposa sus cabellos mesa,  
 Otra en silencio besa  
 Desesperada á un pírulo inocente,  
 Un débil niño en su pueril despecho,  
 Golpeándose el pecho,  
 En el polvo del templo hunde su frente,

## CXLVIII.

Otro ofrece á la Virgen con devoto  
 Fervor, sencillo voto;  
 Y de concurso general, movido  
 Por el temor, la angustia y el deseo,  
 En alto clamoreo,  
 ¡Ay! más que una oración, es un gemido.

## CXLIX.

En el lugar más arduo de la costa,  
 Hacia la boca angosta  
 Del canal, siempre al marinero aciaga  
 Búlle otra multitud, dando á los vientos  
 Sus ayés y lamentos,  
 Que el recio són del temporal apaga.

## CL.

Pintándose en su faz el extravío,  
 Por medio del gentío,  
 La madre de Miguel, como una sombra,  
 Se mueve sin cesar: Corre, pregunta,  
 Reza, las manos junta,  
 Y al hijo amado, inconsolable nombra.

## CLI.

Rosa trémula y muda la acompaña;  
 Copioso llanto baña  
 Sus claros ojos que oscurece el duelo  
 Tiene el lívido rostro de una muerta,  
 Y la razón cubierta  
 De tormentosas nubes como el cielo.

## CLII.

Todos enternecidos la abren paso.  
 ¿Conocerán acaso  
 La noticia fatal? La incertidumbre  
 De Rosa, surge á tan horrible idea,  
 Y con terror pasea  
 Su vista por la absorta muchedumbre.

## CLIII.

Aquel silencio lúgubre la mata.  
 Frenética, insensata,  
 A una amiga se acerca:—¿Dónde, dónde  
 Esta Miguel? ¡Ten lastimal—solloza.  
 La sorprendida moza  
 Mirala estupefacta, y no responde.

## CLIV.

—¡Ha muerto!—añade acongojada.—¡Ha muerto—  
 Pero un marinero experto  
 En los trances del mar, compadecido  
 De la atroz inquietud que la enajena,  
 Para templar su pena  
 Dícele con amor:—¡Cobra el sentido

## CLV.

¿A qué viene apurarse de esa suerte?  
 ¿Qué sacas con ponerte  
 En el último extremo? Cuando tarda  
 La barca en presentarse, conjeturo  
 Que ya en lugar seguro,  
 Tan sólo el fin del temporal aguar la

## CLVI.

¡Eal Enjuga tus lágrimas: no llores,  
 Porque riesgos mayores  
 Ha vencido Miguel, que es tan resuelto.—  
 —Mas ¿le viste volver?— pregunta Rosa  
 Turbada y anhelosa,  
 Y le contesta el pescador:— No ha vuelto.—

## CLVII.

Entonces trepa á la escarpada cima,  
 Al borde se aproxima  
 Del saliente peñón, como una idiota,  
 Y expuesta á peligroso paroxismo,  
 Avanza hácia el abismo  
 La descompuesta faz, que el viento azota.

## CLVIII.

En medio del pesar que la anonada,  
 La atónita mirada  
 Hunde en la inmensidad, y es su porfía  
 Tan profunda y tenaz, que si pudiera,  
 La mar rebelde y fiera  
 Con sus ávidos ojos sorbería.

## CLIX.

¡Ay! ¡si lograrse traspasar la brumal...  
 ¡Si entre la blanca espuma  
 Viese al mortal por quien suspira y ruegal..  
 Cuando divisa un barco en lontananza,  
 Renace su esperanza  
 Y clama, llena de ansiedad: ¡Ya llega!

## CLX.

¡Estéril impacient! ¡Vano empeño!  
 ¿En donde está su dueño  
 Que no acude á su voz? ¿Por qué no viene?  
 Su amante madre la acaricia y calma.  
 ¡Compadece al alma  
 Que da consuelos ¡ay! y no los tienel

## CLXI.

Allá en la playa un grupo generoso,  
 Sin tregua ni reposo  
 Anuda cuerdas y apareja un bote,  
 Sometido al mandato soberano  
 De respetado anciano,  
 Mezcla de marinero y sacerdote.

## CLXII.

Viril arrojo en sus pupilas arde  
 Sin ostentoso alarde,  
 Y aunque á los años la cerviz inclina,  
 Presta vigor á su cabeza cana  
 La fortaleza humana,  
 Templada al fuego de la fe divina.

## CLXIII.

Al cabo por la estrecha cortadura,  
 Luchando á la ventura  
 Con el viento y las olas, impelida  
 Por la borrasca hácia el difícil paso,  
 En donde puede acaso  
 Quedar á salvo ú perecer hundida,

## CLXIV.

Entre el fragor que por momentos crece,  
 Intrépida aparece  
 La barca de Miguel; pero ¿en qué estado!  
 Cual gladiator que tras inútil prueba  
 Huye vencido, lleva  
 Cien heridas de muerte en su costado.

## CLXV

Resistiendo la cólera salvaje,  
 Del soberbio oleaje,  
 La gente fuerzas del peligro cobra;  
 Y aunque la lancha, como leve pluma,  
 Entre montes de espuma  
 Parece á caua instante que zozobra.

## CLXVI.

Cien veces con impavido heroísmo,  
Resurte del abismo  
Obediente á la mano que la guía.  
Ninguna voz en su interior se escucha,  
Que el riesgo de la lucha  
Tiene una majestad muda y sombría.

## CLXVII.

¡Oh! ¡van á perecer!—¿Queréis seguirme?—  
Con voz entera y firme  
Pregunta el cura.—¡A vuestro amor apelo!  
Arrancaremos á la mar su presa,  
Y si en tan santa empresa  
Morimos, ¿qué es morir? ¡Ganar el cielo!—

## CLXVIII.

El religioso impulso que le mueve  
Su aliento dobla, leve  
Cual fornido mancebo, al bote salta.  
El peligro conoce y no le esquiva:  
Pues ¿á quién, si arde viva  
La fe en su pecho, el ánimo le falta?

## CLXIX.

Todos se aprestan á seguir su suerte,  
Que aquel combate á muerte  
De generosa emulación los llena.  
¡Oh humanidad, tan pronta al sacrificio,  
Podrá mancharte el vicio  
y ofuscarte el error; pero eres buenal

## CLXX.

El bote listo ya, con seis remeros  
Hábiles y ligeros.  
Abrirse paso hácia el canal ensaya.  
¡Vana ilusión! ¡La mar embravecida  
Con fuerte sacudida,  
Pedazos hecho le arrojó á la playal

## CLXXI.

—¡Señor! Tus altos juicios no escudriño!—  
Llorando como un niño,  
Gimió en su angustia el viejo venerable.  
—Pero no hay tiempo que perder. ¡Subamos,  
Hijos! Tal vez podamos  
Desde el mismo peñón echar un cable.—

## CLXXII.

Respondiendo á su voz, según costumbre,  
A la empinada cumbre  
El grupo corre, y con empeño lanza  
El recio cabo á la corriente llega  
Mas ¡hay! che nunca llega  
Al naufrago batel. ¡No hay esperanza!

## CLXXIII.

¡No hay esperanza! El cura consternado  
Increpa al mar airado.  
Sin freno alguno que su empuje venza,  
La tempestad incontrastable brama.  
Y el noble anciano exclama:  
—¡Hijos míos! ¡Yo acabo, y Dios comienza!—

## CLXXIV.

¡No hay esperanza! Y la barquilla aún flota  
Desgovernada y rota.  
Aún los pobres remeros, más audaces  
Cuanto más la borrasca se acrecienta  
Lidian con la tormenta  
Desesperados, sí, pero tenaces.

## CLXXV.

¿Dónde tender la salvadora amarra?  
¿Cómo cruzar la barra  
Que el paso cierra del canal estrecho,  
Si ya tiene la barea pescadora,  
Quebrantada la prora,  
El casco hundido y el timón deshecho?

## CLXXVI.

El avariento mar la presa ansia.  
 ¡Ya es suya! Todavía,  
 Resistiendo en los frágiles despojos  
 Del roto barco, en su ansiedad suprema,  
 La gente rema, rema,  
 Rema, y nublan las lágrimas sus ojos.

## CLXXVII.

¿Qué busca? ¿A dónde va? ¿Por qué se afana?  
 Su resistencia es vana.  
 ¡Ay! la esperanza al corazón se aferra  
 En los casos adversos é infelices.  
 Aún más que las raíces  
 A las duras entrañas de la tierra.

## CLXXVIII.

—¡Juan, lárgame una estacha!—grita el bravo  
 Miguel, —y por un cabo  
 Atala pronto y bien, que si consigo  
 Con el otro nadar hasta la orilla,  
 Podrá nuestra barquilla  
 En la gruta del faro hallar abrigo.—

## CLXXIX.

Dobló la frente oscurecida y grave.  
 ¿En qué pensaba? ¿Cabe  
 Dudarlo en punto? En el edén perdido,  
 En su infeliz mujer, en el risueño  
 Ángel, que vió en un sueño,  
 Huérfano ¡ay trístel aún antes de nacido.

## CLXXX.

De pronto grita Juan:—¡Ahí va la estacha!—  
 Miguel la frente agacha  
 Para esquivar el golpe: mas Roberto,  
 Cogiéndola en el aire de improviso,  
 Prorrumpo: No es preciso:  
 Yo llegaré á la costa, vivo ó muerto.—

## CLXXXI.

La pasión que alimenta su ternura,  
 Y en él, como la pura  
 Lámpara de un altar, arde escondida,  
 Le inspiró, en su postrera llamarada,  
 Ofrecer á su amada  
 Non sólo el corazón, sino la vida.

## CLXXXI.

De su mojado traje se desnuda,  
 Y á su cintura anuda  
 La retorcida cuerda. Intenta en vano  
 Resistirse Miguel en són de queja,  
 Y se obstina, y forceja  
 Y arrancársela quiere de la mano.

## CLXXXIII.

—¡Quita!—Roberto exclama:—¡Si en un credo  
 Ganar la costa puedo!  
 ¡Es inútil que chilles: no te escuchol  
 Esto sería asesinar á Rosa.—  
 Y con voz temblorosa  
 Dice, saltando al mar:—¡Quiérela mucho!—

## CLXXXIV.

Hácia el negro peñón el rumbo guía,  
 Y sin temor confía  
 A sus robustos brazos su defensa.  
 Pero de pronto, en turbio remolino,  
 A trastornarle vino  
 Ola veloz, arrolladora, inmensa.

## CLXXXV.

Sobre su frente de improviso estalla,  
 Y en desigual batalla  
 La revuelca, le arrastra y le sofoca.  
 Desaparece el desdichado, juega  
 La onda con él, y ciega  
 Le estrella al fin contra la enorme roca.

## CLXXXVI.

Ante aquel espectáculo de muerte,  
Desencajada, inerte,  
De pie sobre la mole de granito  
Que sacude la mar tempestuosa,  
Lanzó de pronto Rosa  
Un grito aterrador. ¡Qué horrible grito!

## CLXXXVIII.

El ¡ay! desgarrador, como una espada,  
De quien no espera nada;  
¡Ay! que del corazón en lo más hondo  
Las heces amarguisimas remueve  
Del cáliz en que bebe  
La humanidad, para el dolor sin fondo.

## CLXXXVIII.

Cual mies que cede al impetu del viento,  
Convulsa, sin aliento,  
Levantando sus manos, ya inactivas,  
La humilde multitud se postra en tierra,  
Y con fervor que aterra  
Eleva á Dios sus preces afflictivas.

## CLXXXIX

¡Oh momento solemnel Austero y triste  
La majestad reviste  
De su angusta misión el sacro anciano,  
Y humedeciendo el llanto sus mejillas,  
Se dobla de rodillas  
Ante la inmensidad del Oceano.

## CXC.

Su mano extiende trémula y cansada,  
Levanta la mirada  
A la celeste bóveda, testigo  
Mudo de tanto horror, y con acento  
Parecido á un lamento:  
— ¡Hijos!—grita,—¡Os absuelvo y os bendigo!

## CXCI.

¿Qué vió después la multitud? Ver pudo  
El cielo siempre mudo,  
Desierto el mar, la barca destruida,  
Y una hermosa mujer, rígida y yerta,  
Lo mismo que una muerta,  
En el estéril peñascal tendida.

## CXCI.

Un año ha trascurrido. La alta cumbre  
Con su postrera lumbre  
Baña fulgido sol desde el ocaso,  
Y en hora tal de paz y de misterio,  
Al santo cementerio  
Una débil mujer dirige el paso.

## CXCI.

¡Cuán sola está, cuán pobre, cuán cambiada!  
Rosa de pronto ajada  
En mitad de su alegre primavera,  
Bajo el vivaz recuerdo que la excita,  
Aquella flor marchita  
¡Ni sombra es ya de lo que entonces fueral

## CXCI.

Abraza y besa con febril cariño  
A un escualido niño  
Nacido entre miserias y trabajos.  
El hatillo de príncipe, que un día  
Soñó la fantasía  
Del infeliz Miguel, era de andrajos.

## CXCI.

Recrudesciendo el duelo que la enerva,  
Entre la fresca hierba  
Dos fosas busca, se prosterna y ora.  
Y cobrando calor de un seno amante,  
El desvalido infante  
Sus manecitas mueve, y también llora.

## CXCVI.

¡Ay! ¿Podrá ser que el leño de la selva  
A engalanarse vuelva?  
¿Renovará sus cánticos el ave  
Que dejó la borrasca, herida y muda?  
¿La infortunada viuda  
Olvidará algún día? ¡Dios lo sabel

## CXCVII.

Todo lo gasta y borra el tiempo ingrato:  
El ardiente arrebató  
Del amor, la ilusión que se deshoja,  
La fe que espira, el gozo y el tormento:  
Que el hondo pensamiento,  
Como el mar, sus cadáveres arroja.

## CXCVIII.

Mas quando alguno en nuestra mente queda,  
Quando tenaz se enreda  
Al débil corazón, y en él dilata  
Su raíz, come hiedra trepadora,  
Entonces nos devora,  
Porque el triste recuerdo, ó muere ó mata

## POEMAS CORTOS

## EN EL CREPÚSCULO VESPERTINO.

(EL PRIMER BESO DE AMOR)

## I.

Al morir el invierno, el mundo siente  
renacer su agostada lozania  
y cobra de improviso la energia  
con que despierta el alma adolescente.

Corre la savia, como oculta fuente,  
por el árbol, sin hojas todavía,  
y so la tierra aletargada y fría  
palpitan el insecto y la simiente.

Cuando sus auras germinales lleva  
Marzo ventoso hasta el sepulto grano,  
todo se anima y todo se remueva.

Sólo, como un sarcasmo de la vida,  
en el marchito corazón humano  
¡ay! no retoña la ilusión perdida.

## II.

Amorosos y tiernos desvaríos  
que encendisteis la sangre de mis venas  
ya tan lejanos de mi edad, que apenas  
tengo valor para llamaros míos,

## CXCVI.

¡Ay! ¿Podrá ser que el leño de la selva  
A engalanarse vuelva?  
¿Renovará sus cánticos el ave  
Que dejó la borrasca, herida y muda?  
¿La infortunada viuda  
Olvidará algún día? ¡Dios lo sabel

## CXCVII.

Todo lo gasta y borra el tiempo ingrato:  
El ardiente arrebató  
Del amor, la ilusión que se deshoja,  
La fe que espira, el gozo y el tormento:  
Que el hondo pensamiento,  
Como el mar, sus cadáveres arroja.

## CXCVIII.

Mas quando alguno en nuestra mente queda,  
Quando tenaz se enreda  
Al débil corazón, y en él dilata  
Su raíz, come hiedra trepadora,  
Entonces nos devora,  
Porque el triste recuerdo, ó muere ó mata

## POEMAS CORTOS

## EN EL CREPÚSCULO VESPERTINO.

(EL PRIMER BESO DE AMOR)

## I.

Al morir el invierno, el mundo siente  
renacer su agostada lozania  
y cobra de improviso la energia  
con que despierta el alma adolescente.

Corre la savia, como oculta fuente,  
por el árbol, sin hojas todavía,  
y so la tierra aletargada y fría  
palpitan el insecto y la simiente.

Cuando sus auras germinales lleva  
Marzo ventoso hasta el sepulto grano,  
todo se anima y todo se remueva.

Sólo, como un sarcasmo de la vida,  
en el marchito corazón humano  
¡ay! no retoña la ilusión perdida.

## II.

Amorosos y tiernos desvaríos  
que encendisteis la sangre de mis venas  
ya tan lejanos de mi edad, que apenas  
tengo valor para llamaros míos,

surgid de mi pasado, y luego hundíos  
en el profundo abismo de mis penas,  
come las ondas claras y serenas  
que en el inmenso mar vuelcan los ríos.

Rasgad la negra noche de mis males,  
cual atraviesa repentino lampo  
las nubes más cerradas y sombrías.

Y sed como las lluvias otoñales,  
que hacen brotar en el desnudo campo,  
quemado por el sol, flores tardías.

## III.

Huyeron ya mis años de pelea,  
y de la ardiente lucha retraído,  
sólo á mis vagos pensamientos pido  
la calma que mi espíritu desea.

Soy como el veterano que, en la aldea  
donde ignorado vive y escondido,  
en contar los azares que ha corrido  
sus veladas inútiles emplea.

¿Quién os puede borrar de la memoria,  
sueños de la ambición, locos deslices  
de la edad juvenil y ansias de gloria

si, como las honrosas cicatrices,  
para siempre fijáis en nuestra historia  
el recuerdo de tiempos más felices?

## IV.

Quiero buscar reparador abrigo  
bajo mi antigua y olvidada tienda,  
que intervenir en la social contienda  
no es ya honor para mí, sino castigo

¿En dónde, en dónde están los que conmigo  
se aventuraron en la lid tremenda?  
Dejando voy por la escarpada senda,  
uno tras otro, al dendo y al amigo.

Fué nuestra vida atormentada y triste,  
amargo el pan y la labor penosa;  
pero el templo que alzamos aún subsiste.

Y una voz inefable y misteriosa  
me dice ya:— Con tu deber cumpliste.  
Tienes derecho á descansar; reposa.—

## V.

Viviré, ni envidioso ni envidiado,  
en la quietud que el cielo me conceda,  
y nada habrá que importunarme pueda  
como lo que he sentido y he pensado.

¿A qué seguir con paso acongojado  
de le fortuna la mudable rueda?  
Toda mi vida á mis espaldas queda  
y flota, como un sueño, en lo pasado.

¿Por qué, teniendo al fin de la jornada  
la luz detrás, la lobreguez delante,  
no tornar á otros tiempos la mirada?

Vuelva hácia tí mi corazón amante  
¡oh aurora de mi vida immaculada,  
más luminosa cuanto más distánte!

## VI.

De mi niñez la dócil compañera,  
abrasada en la fe de sus mayores,  
iba, llena de místicos temores,  
á recibir su comunión primera.

La luz de anticipada primavera,  
quebrándose en los vidrios de colores,  
con nimbo de irisados resplandores  
coronaba su rubia cabellera.

Quando al pie del altar, con la creciente  
exaltación de su cristiano celo,  
rindióse á Dios la virgen inocente,

me pareció que en sosegado vuelo,  
agolpándose en torno de su frente,  
la besaban los ángeles del cielo.

## VII.

Nunca gozó la tierra castellana  
más gentil y perfecta criatura.  
Era su tez tan sonrosada y pura  
como el nítido albor de la mañana.

Tenia su mirada soberana  
el brillo de un incero en noche oscura,  
y exhalaba su púbera hermosura  
el fresco aroma de la flor temprana.

Comó el gorjeo halagador del ave  
que canta en libertad, era su acento,  
á un tiempo mismo, arrebatado y suave.

¿Quién competía, en el risueño coro  
de alegres niñas, con aquel portento  
de ojos azules y cabellos de oro?

## VIII.

Ajenos al temor y á la tristeza  
crecimos cual los frutos de una rama,  
y aún alumbra el confuso panorama  
de mi vida, su cándida belleza.

Mas quando la inmortal Naturaleza  
dice á la juventud:—¡Despierta y ama!—  
y alcanzamos la edad en que la llama  
de la pasión á embriagarse empieza,

su genio se volvió, para mi daño,  
cayendo en singulares extravíos,  
suspicaaz, melancólico y hurano.

Ya extremaba, impaciente, sus desvíos  
y ya, sumida en estupor extraño,  
no apartaba sus ojos de los míos.

## IX.

A veces se escapaba de su pecho  
forzado gozo y sin razón reía;  
otras, entre sus manos escondía  
su hermoso rostro, en lágrimas deshecho.

Siempre alterado y nunca satisfecho,  
yo con ávidos ojos la seguía,  
que era su angustia causa de la mía  
y origen su esquivéz de mi despecho.

¿Quién, turbando de pronto las serenas  
horas de nuestra paz íntima y santa,  
rompió nuestras dulcísimas cadenas

Preguntádselo al pájaro que canta,  
labranto el nido, sus ocultas penas,  
y al insecto, y al germen, y á la planta.

## X.

Los dos, un día, en solitario huerto,  
nos vimos con placer, fingiendo en vano,  
junto á un almendro, que se alzaba ufano  
de vigorosa floración cubierto.

Ya del invierno entumecido y yerto  
presentía la tierra el fin cercano,  
y de verde matiz vistiendo el llano  
esmaltaba la mies el surco incierto.

Cruzáronse al azar nuestra miradas,  
llenas de fuego, como en lid reñida  
centellando se cruzan dos espadas.

Y envolvió nuestras almas de tal modo  
aquel desbordamiento de la vida,  
que, sin hablar, nos lo dijimos todo.

## XI.

No sé qué impulso irrestible y rudo  
me sacó de mi extático embeleso:  
sé que en su casta boca estampé un beso  
y la abracé con apretado nudo.

La pobre niña, que evitar no pudo  
de mi pasión el temerario exceso,  
vaciló, temblorosa, bajo el peso  
de aquel ósculo ardiente, intenso y mudo.

Haciéndome sentir de sus enojos  
el noble arranque, con nervioso brío  
mis impetus contuvo y mis antojos.

Pero ¿cómo ofenderme su desvío,  
si el amor, asomándose á sus ojos,  
á traición me entregaba su albedrío?

## XII.

¡Ay! ¡No era para mi ventura tanta!  
Tenaz dolencia arrebatome aleve  
de mi tierna ilusión la dicha breve,  
que aún muerta en mi memoria se levanta,

Del seno virginal de aquella santa,  
como nube de incienso undosa y leve  
voló el alma tan pura, cual la nieve  
que no manchó jamás humana planta

Cuando en su casto lecho, con profundo  
recogimiento, el pan de eterna vida  
recibió, despidiéndose del mundo,

clavó en mí su mirada entorpecida  
con el supremo afán del moribundo,  
y quedó, al parecer, como dormida.

## XIII.

Han pasado los años, y aún la veo.  
Aún; dejando tras sí radiante huella,  
surca la obscuridad su imagen bella,  
como fulguración de mi deseo.

Cuando en la lucha del deber flaqueo  
y el brutal desengaño me atropella,  
Fijo el cansado pensamiento en *ella*  
y, como en tiempos venturosos, creo.

Hoy que, ceñido el corazón de espinas,  
del sol poniente al resplandor escaso,  
me siento á meditar sobre mis ruinas,

por vez postrera, apresurando el paso,  
¡Ay! Llega con sus tintas matutinas  
á templar las tristezas de mi ocaso.

## EL ÚNICO DÍA DEL PARAISO

## I.

En la bóveda azul, antes sombría,  
el fulgor de la gloria reverbera,  
y es el mundo en su breve primavera  
todo amor, todo paz, todo armonía.

¡Con qué infantil y extática alegría  
alzan su vista á la insondable esfera  
Eva y Adán, cuando por vez primera  
abren los ojos á la luz del día!

Rinden al hombre, sazonado fruto  
la tierra, el cielo su vital fluido,  
música el bosque y obediencia el bruto.

Todos vienen á un signo de su dedo,  
que, en brazos del dolor, aun no ha nacido,  
de las entrañas de la culpa el miedo.

## II.

Despliega el sol, que por Oriente asoma  
con regia majestad, su intensa llama  
y el calor de la vida desparrama  
por la extendida vega y fértil loma.

Gustando, incautos, la madura poma  
cuyo jugo sus picos embalsama,  
juntos se posan en la misma rama  
el halcón y la tímida paloma.

Por el llano, feraz sin que la reja  
le desgarré inclemente, en paz bendita  
pastan en lobo y la sufrida oveja.

Y en el Edén florido, que palpita  
como un seno fecundo, se refleja  
la calma de los cielos infinita.

## III.

Eva, que aspira en el jardín ameno  
el húmedo frescor de la alborada,  
ve su casta hermosura retratada  
de manso arroyo en el cristal sereno

Céfiro besa, de perfumes lleno,  
su cabellera, como el sol, dorada,  
que cae en leves ondas desatada  
sobre el ebúrneo y delicado seno.

Quédase un punto atónita, indecisa,  
quiere luego abrazar la imagen pura  
que en la corriente trémula divisa,

y, al ver rota en el agua su figura,  
lanza á los ecos su vibrante risa  
perdiéndose al través de la espesura.

## VI.

La muda soledad del firmamento,  
como un lago, tranquila y transparente,  
el murmullo apacible de la fuente,  
la rumorosa ondulación del viento,

de la vida el perpetuo movimiento  
que Adán, embelesado admira y siente,  
todo sume su espíritu inocente  
en grave y religioso arrobamiento.

Con el llanto agolpándose á sus ojos,  
sobrecogido ante grandeza tanta,  
postrase, en tierna adoración, de hinojos.

Y es, bajó el solio del espacio inmenso,  
la primera oración que á Dios levanta,  
para cual nube de oloroso incienso.

## V.

Eva, por la serpiente seducida,  
cede al funesto ardor que la devora  
y vuelve á Adán, confusa y tentadora,  
de su belleza virginal vestida.

Por gustar de la fruta apetecida  
que despierta sus ansias en mal hora,  
suplica humilde, apasionada llora  
y en su inquietud febril de Dios se olvida.

Fuego devorador y repentino  
de Adán enciende el contenido celo  
y abre á su infausta rebelión camino.

Y cuando en lucha con su propio anhelo,  
sucumbe al dulce halago femenino,  
va el sol llegando á la mitad del cielo.

## VI.

¡Cuán tremendo el estigma del pecado  
sobre sus almas consternadas pesa  
al ver pasar, como fugaz pavesa  
barrida por el viento, el goce hurtado!

Núblase el cielo de repente, el prado  
se agosta, el canto de las aves cesa  
y huyen rugiendo por la selva espesa  
las fieras en tropel desordenado.

Como vagas imágenes de un sueño  
brillan y se deshacen de improviso,  
las dichas del Edén, antes risueño.

Y en la gran dispersión del Paraíso,  
sólo queda á las plantas de su dueño,  
aullando de terror, el can sumiso.

## VII.

—«¡Gemid, gemid por vuestra infausta suerte  
—truenas la voz de Dios desde la altura;—  
la paz del mundo en negra desventura  
vuestra soberbia ingratitud conviertel

Tú, Adán, tú labrarás, como más fuerte,  
desde hoy la tierra, á tus esfuerzos dura,  
y será siempre tu progenie impura  
esclava del dolor y de la muerte.

Salid, hasta que en hora venidera,  
el pie de una mujer inmaculada  
la frente aplaste de la sierpe artera».—

Dijo, y blandiendo su fulminea espada,  
el ángel del Señor echólos fuera  
del mustio Edén, y les cerró la entrada.

## VIII.

La tarde empieza á declinar. Con paso  
medroso y torpe, la infeliz pareja  
de aquel lugar de perdición se aleja,  
dirigiendo su rumbo hácia el caso.

El tímido pudor ante el fracaso  
de la ventura humana, huye y los deja,  
y con rígida piel de blanca oveja  
cubren su cuerpo macilento y laso.

Cada vez es más áspero el camino:  
difusa franja de matices rojos  
arrebola el celaje vespertino

Avanzan, y al través de los abrojos  
con susto ven, del animal dañino  
que está en acecho, relucir los ojos.

## IX.

La rencorosa culpa que con ellos  
marcha invisible, sus conciencias muerde  
para que el bien pasado les recuerde  
el dolor, y se ericen sus cabellos.

Ya la tierra, á los pálidos destellos  
de amortiguada luz, sus galas pierde  
y no muestran el monte, ni la verde  
selva, ni el cielo azul tonos tan bellos.

La tristeza aumentando del paisaje  
oyen, por donde van, lúgubre y queda  
la voz de su delito que los nombra.

Y lejos, por los troncos y el follaje  
de la intrincada y tétrica arboleda  
ven flotar los fantasmas de la sombra.

## X.

El sol, al trasponer la última cumbre,  
su disco agranda y por instantes crece,  
y está tan encendido que parece  
el rojizo horizonte un mar de lumbre.

—¡Oh Dios! Bajo su enorme pesadumbre  
se precipita el sol. ¡Todo fenecer!—  
Eva temblando grita y desfallece,  
presa de su mortal incertidumbre.

—¡Es el incendio, es el incendio!—gime  
desesperado Adán.—¡Tal vez la llama  
que purifica el alma y la redime!—

Y alzando al alto cielo que se inflama  
la faz inquieta, en su terror sublime,  
—¡Dios que ofendí, misericordia!—clama.

## XI.

Rendidos por la angustia y el espanto  
caen en honda congoja, y mientras dura  
su lánguido sopor, la noche oscura  
cubre los cielos con su negro manto.

¡Ay! al volver de su estupor, ¡con cuánto  
afán, mezcla de asombro y de pavor,  
clavan en las tinieblas de la altura  
su mirada tenaz, que ciega el llanto!

Con el aura que calla el ruido expira.  
Un astro sin calor, por el sombrío  
y mudo espacio, amarillento gira.

Y, abrazándose á Adán en su extravío,  
Eva balbuce sollozando:—¡Mira!  
¡Es el sol que se muere! ¡Siento frío!—

## XII.

Y la celeste bóveda enlutada  
es para su creciente desconcierto,  
urna de un mundo desquiciado y muerto  
que toca en los confines de la nada.

Llenos de horror, con la razón turbada  
y el semblante de lágrimas cubierto  
por aquel vasto y lóbrego desierto  
van á tientas siguiendo su jornada.

Su propio pensamiento los hostiga,  
la sombra todos los caminos cierra,  
y es mayor por momentos su fatiga.

Hasta que el susto embarga sus sentidos  
y dan, como cadáveres, en tierra  
por su medrosa ofuscación vencidos.

## XIII

¡Oh claridad del alba, precursora  
de un día inesperado! Tú viniste  
á libertar á Adán de aquella triste  
noche, como el pecado, abrumadora.

Despiértase la vida, el sol colora  
la tierra, el cielo de fulgor se viste,  
y en jubiloso core cuanto existe  
canta el himno sublime de la aurora.

Desde que, envuelto en santa poesía,  
un rayo matinal tenue y fecundo  
calmó de nuestros padres la agonía,

Para el misero, el pobre, el moribundo,  
en el primer destello de aquel día,  
¡tú, Esperanza inmortal, bajaste al mundo!

## LEYENDO EL MONÓLOGO DE HAMLET,

## HAMLET.

¡Ser ó no ser! ¡La alternativa es ésta!  
Si es á la luz de la razón más digno  
sufrir los golpes y punzantes dardos  
de suerte horrenda, ó terminar la lucha  
en guerra contra un piélago de males.  
Morir; dormir. No más. Y con un sueño  
pensar que concluyeron las congojas,  
los mil tormentos de la carne herencia,  
debe término ser apetecido.  
Morir; dormir, ¿Dormir? ¿Soñar acaso!  
¡Ah! la remora es esa; pues qué sueños  
podrán ser los que acaso sobrevengan  
en el dormir profundo de la muerte,  
ya de mortal envuelta despojados,  
suspende la razón: ahí el motivo  
que á la desgracia da tan larga vida.  
¿Quién las contrariedades, el azote  
de la fortuna soportar pudiera,  
la sinrazón del déspota, del vano  
el ceño, de la ley las dilaciones,  
de un amor despreciado las angustias,  
del poder los insultos, y el escarnio  
que del menguado el mérito tolera,  
cuando él mismo su paz conseguiría  
con un mero punzón? ¿Quién soportara  
cargas, que con gemidos y dolores  
ha de llevar en vida fatigosa,  
si el recelo de un algo tras la muerte,  
incógnita región de donde nunca

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BUENOS AIRES  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Cada. 1975. BUENOS AIRES, MENDOZA

vuelve el viajero, no turbara el juicio,  
haciéndonos sufrir el mal presente,  
antes que en busca ir de lo ignorado?

SHAKESPEARE (*Hamle, acto II, escena I*)<sup>(1)</sup>

¿Quién, sin morir, en el obscuro abismo  
de lo ignorado penetrar pudiera,  
saber la suerte del torrente humano  
qu el impulso del tiempo, hora per hora,  
vuelca en la muda eternidad, y luego  
volver al mundo, iluminar las almas  
y disipar la tenebrosa duda  
en que, siglo tras siglo, se consumen?  
Mas Dios no quiere que mortales ojos  
profanen, atrevidos, el misterio  
donde, como en un templo, están ocultos  
el principio y el fin de cuanto alienta.  
Y á la manera con que frágil orla  
de leve arena el ímpetu contiene  
del proceloso mar, así la tumba  
dice el soberbio y loco pensamiento:  
—¡No pasarás de aquí!

Si no arraigara  
en nuestra mente la tenaz idea  
de un *más allá* sin fondo y sin orillas,  
do reparten el premio y el castigo  
la Justicia absoluta, el Bien supremo  
y la excelsa Verdad; si nuestra vida  
fuese como el relámpago, que nace  
y muere en las entrañas de la nube,  
sin dejar de su paso huella alguna,  
y no tuvieran ulterior destino  
ni el bien ni el mal, ni el sacrificio santo,  
ni la torpe ambición; si el mismo sueño  
durmiesen en el lecho de la nada,

(1) Me he permitido copiar el monólogo de Hamlet, por parecerme el que más se ajusta al texto original, de la excelente traducción castellana que ha hecho de las obras dramáticas de Shakespeare el distinguido literato y poeta D. Guillermo Macperson. Pido perdón á mi illustre y estimadísimo amigo por la libertad que me he tomado, contando de antemano con su proverbial benevolencia.

indiferente, inalterable y ciega,  
el déspota y el siervo, el noble mártir  
y el verdugo feroz, el alma pura  
y el corazón dañado, no serías  
¡oh Sumo Dios, en quien adoro y creol  
ordenación, y providencia, y eje  
del universo que en tu amor descansa.

Pero es, Señor, tan grande la tragedia  
de los hijos del hombre, tan profundo  
é incurable su mal, y la aparente  
complicidad de los callados cielos  
con tal pujanza á la razón se impone,  
que á veces ¡ay! hasta la fe más viva  
vacila temerosa y desespera,  
semejante á la roca que, azotada  
por el vaivén continuo de los mares,  
retiembla en sus cimientos de granito.  
Cuando desde las cumbres de la Historia  
el abatido espíritu, rompiendo  
la densa lobreguez de lo pasado,  
contempla absorto la intrincada ruta  
que, manchada de lágrimas y sangre,  
la humanidad ha recorrido, siente  
como un vago terror, y en el silencio  
de la noche, en las páginas del libro  
sobre el cual, melancólico, medita,  
piensa escuchar, como el fragor confuso  
de un mar, oculto á la mirada, el ronco  
grito de espanto, el lúgubre lamento  
de cien generaciones ya sepultas.  
Desde que el hombre amaneció en la tierra,  
hacia la huesa inescrutable y fría  
revueltos van esclavos y señores  
torciéndose de angustia, atormentados  
de misterioso afán y siendo todos,  
en la incesante y bárbara pelea,  
á la vez vencedores y vencidos.  
Allá van los asiáticos imperios  
con su abominación; con sus crueles  
iniquidades, sus atroces fiestas  
y sus infamias la cesárea Roma.  
Allá van razas, tribus y naciones  
al fraude y á la fuerza sometidas,  
y en lo más hondo de su negro seno.

sin pan el pobre, sin clemencia el rico,  
sin el alivio de su pena el triste,  
y todos sin amor. Así ¡oh desdichal  
fueron y van, tras la impalpable sombra  
de su ilusión, los míseros mortales,  
arrastrando en su curso tumultuoso  
hacia el voraz sepulcro, sus ensueños  
de gloria, sus quiméricas grandezas,  
las breves y ostentosas creaciones  
de su incierta razón, hasta los vanos  
dioses, que en las catástrofes del mundo,  
incrusta el miedo en la flaqueza humana;  
tal como lleva desbordado río,  
entre sus turbias aguas, los despojos  
de las comarcas fértiles que asuela.  
Así fueron é irán, hasta que el tiempo  
toque en su plenitud y el sol se apague,  
todos los seres de mujer nacidos,  
siempre elevando el pensamiento, y siempre  
cayendo en un dolor sin esperanza.  
¡Revuélcate en tu inmundo estercolero,  
Job sin paciencia ni virtud, y lloral  
¡Llora, pues nunca te dará la tierra  
la soñada ventura que persigues!  
¡Viniste sólo á combatir, combate  
y sangra sin cesar, hasta que llegue  
la muerte redentora y te desnude  
de la gran podredumbre de la vidal

Mas ¿y después? ¡Después!... La luz excelsa  
para el ciego, la paz consoladora  
para el vencido, el lauro para el mártir  
y el eterno dolor para el verdugo.  
¡No, Dios, mil veces no! ¡Tú no has creado  
el espacio infinito en donde giran  
con firme ritmo innumerables estrellas,  
para entregar á las monstruosas fauces  
de un insaciable azar, tanta hermosura!  
Ni has ornado de vivos resplandores  
el pabellón cerúleo, que cobija  
la humilde tierra, ni con franca mano  
das á los prados floreciente alfombra,  
verdor á las frondosas arboledas,  
ondas de plata diáfana á los ríos,  
nieve á las cumbres y olas á los mares,

para que tan magnífico escenario  
sea tan sólo el campo de batalla  
donde en inútil lucha se devoren,  
sin paz ni tregua, los humanos seres  
engañados por ti. ¡Caiga mi lengua;  
como fruto podrido de la rama,  
antes que lance contra tí, Dios mío,  
tan vil calumnia y tan horrendo ultrajel

### MINIATURA.

(JULIETA Y ROMEO)

Pronto á partir, temiendo que la aurora  
á sus contrarios delatarle pueda,  
de pie en la escala de torcida seda,  
suspira el joven con pesar;—¡Ya es hora!—

Y envuelta en la hojarasca trepadora  
que por los vidrios del balcón se enreda,  
con voz, la dama, entrecortada y queda  
retiene al dulce bien que le enamora.

Tan sólo el canto, precursor del día,  
de la impaciente alondra, quebrar pudo  
del furtivo coloquio el embeleso.

—¡Ya va el alba á llegar; vete, alma mía!—  
allá gimió, y en el silencio mudo  
de la vencida noche, estalla un beso.

## LA ESFINGE.

## I.

La caravana por camino incierto  
con recelosa indecisión avanza,  
temiendo á cada paso la asechanza  
de las nómadas tribus del Desierto.

Por todas partes el espacio abierto  
se pierde en fatigosa lontananza,  
y donde quiera que la vista alcanza  
todo está triste, desolado, muerto.

Ni verde selva, ni azulado monte  
el mar limitan de infecunda arena  
en que el dócil camello hunde su planta,

y sólo al fin del diáfano horizonte,  
brillando al sol, inmóvil y serena,  
la misteriosa Esfinge se levanta.

## II.

Sembrado está de huesos, que calcina  
sol inclemente, el árido contorno,  
y por el aire, ardiente como un horne,  
no cruza ni una humilde golondrina.

Alza polvo sutil densa neblina  
de la cansada caravana en torno  
que, rindiéndose al peso del bochorno,  
con soñolienta postración camina.

Nada su sed inextinguible aplaca,  
antes se irrita más, cuanto más finje  
gratos oasis el febril anhelo.

Y en la remota línea se destaca  
la gigantesca mole de la Esfinge,  
impenetrable y muda como el cielo.

## III.

Buscando alivio á sus atroces penas  
en su camello el árabe dormita;  
mas ¡ay! de pronto se incorpora, y grita,  
y siente hervir la sangre de sus venas.

Es que el *simun*, rompiendo sus cadenas  
obscurace la bóveda infinita  
y con terrible convulsión agita  
el vasto mar de libicas arenas.

El monstruo asolador todo lo arrasa,  
arrolla en desatado torbellino  
la caravana sin ventura, y pasa.

Y cuando vuelve á sosegar el llano,  
allá ciega y brutal como el Destino,  
corta la Esfinge el término lejano.

## GRANDEZA HUMANA.

«¿Quién contra mí? Con el misterio en guerra,  
nada resiste á mi potente anhelo:  
Esclavizo la luz, escalo el cielo,  
bajo al fondo del mar, reino en la tierra.

De los secretos que Natura encierra  
voy desgarrando el tenebroso velo,  
y cuando, en mi ambición, remonto el vuelo

¡Cuán grande soy! Dispongo del estrago.  
Los mismos dioses que adoré en mi aurora,  
hoy, con desdén sacrilego, deshago....»

—¡Bah! No tu loco orgullo se desmande:  
el átomo invisible que devora  
tu vida y tu soberbia, ése es más grande.

## LA ESFINGE.

## I.

La caravana por camino incierto  
con recelosa indecisión avanza,  
temiendo á cada paso la asechanza  
de las nómadas tribus del Desierto.

Por todas partes el espacio abierto  
se pierde en fatigosa lontananza,  
y donde quiera que la vista alcanza  
todo está triste, desolado, muerto.

Ni verde selva, ni azulado monte  
el mar limitan de infecunda arena  
en que el dócil camello hunde su planta,

y sólo al fin del diáfano horizonte,  
brillando al sol, inmóvil y serena,  
la misteriosa Esfinge se levanta.

## II.

Sembrado está de huesos, que calcina  
sol inclemente, el árido contorno,  
y por el aire, ardiente como un horne,  
no cruza ni una humilde golondrina.

Alza polvo sutil densa neblina  
de la cansada caravana en torno  
que, rindiéndose al peso del bochorno,  
con soñolienta postración camina.

Nada su sed inextinguible aplaca,  
antes se irrita más, cuanto más finje  
gratos oasis el febril anhelo.

Y en la remota línea se destaca  
la gigantesca mole de la Esfinge,  
impenetrable y muda como el cielo.

## III.

Buscando alivio á sus atroces penas  
en su camello el árabe dormita;  
mas ¡ay! de pronto se incorpora, y grita,  
y siente hervir la sangre de sus venas.

Es que el *simun*, rompiendo sus cadenas  
obsurece la bóveda infinita  
y con terrible convulsión agita  
el vasto mar de libicas arenas.

El monstruo asolador todo lo arrasa,  
arrolla en desatado torbellino  
la caravana sin ventura, y pasa.

Y cuando vuelve á sosegar el llano,  
allá ciega y brutal como el Destino,  
corta la Esfinge el término lejano.

## GRANDEZA HUMANA.

«¿Quién contra mí? Con el misterio en guerra,  
nada resiste á mi potente anhelo:  
Esclavizo la luz, escalo el cielo,  
bajo al fondo del mar, reino en la tierra.

De los secretos que Natura encierra  
voy desgarrando el tenebroso velo,  
y cuando, en mi ambición, remonto el vuelo

¡Cuán grande soy! Dispongo del estrago.  
Los mismos dioses que adoré en mi aurora,  
hoy, con desdén sacrilego, deshago....»

—¡Bah! No tu loco orgullo se desmande:  
el átomo invisible que devora  
tu vida y tu soberbia, ése es más grande.

## A UN AGITADOR.

## I.

En vano mueves la opinión, y en vano  
tu palabra de fuego centellea.  
Para que llegue á germinar la idea  
que arrojaste en el surco, aún es temprano.

Fundiendo el tiempo en un crisol humano  
razas y tribus, las naciones crea.  
¿Hay, por ventura, alguna que no sea  
lenta labor de su invisible mano?

Por más que ceda á la presión del hecho,  
no sacrifica un pueblo dócilmente  
su fe, su tradición y su derecho.

Y cual río caudal, cuya corriente  
cambiando avanza por su antiguo lecho,  
siempre es el mismo y siempre diferente.

## II.

Cuando la nieve que el invierno frío  
en las abruptas cumbres aglomera,  
licuada por la tibia primavera,  
baja de peña en peña al valle umbrío,  
el revuelto turbión que afluye al río,  
márgenes rompe, y la corriente fiera,  
dilatando el estrago por doquiera,  
lánzase al mar con indomado brío.

El soberbio raudal devasta el llano.  
arrebata los rústicos hogares,  
descuaja el bosque y la ciudad inunda:

hasta que Dios, con inflexible mano,  
le reduce á sus cauces seculares,  
y las campiñas que asoló, fecunda.

FIN.

## ÍNDICE

## PARTE PRIMERA.

## Poesías.

	Pág.
¡Treinta Años! . . . . .	5
La Duda . . . . .	8
En el Monasterio de Piedra . . . . .	15
A Darwin . . . . .	16
Las Arpas Mudas . . . . .	21
A Voltaire . . . . .	24
Miserere . . . . .	25
A la muerte de Don Antonio Ríos Rosas . . . . .	31
A Emilio Castelar . . . . .	34
Tristezas . . . . .	37
La Inundación . . . . .	41
A la Patria . . . . .	42
Elegía. A la memoria del insigne historiador y poeta portugués Alejandro Herculano . . . . .	45
Al Dolor . . . . .	51

## PARTE SEGUNDA.

## Poemas.

Raimundo Lulio. — A un amigo de la infancia . . . . .	55
Idilio . . . . .	74
Maruja . . . . .	87
Ultima Lamentación de Lord Byron. — Fragmento . . . . .	104

	<i>Pág.</i>
El Vértigo . . . . .	121
La Selva oscura . . . . .	138
Hernán el Lobo . . . . .	154
La Visión de Fray Martín . . . . .	168
La Pesca . . . . .	193

**Poemas Cortos.**

En el Crépusculo vespertino. . . . .	233
El Único Día del Paraíso . . . . .	239
Leyendo el Monólogo de Hamlet . . . . .	245
Miniatura . . . . .	249
La Esfinge . . . . .	250
Grandeza humana . . . . .	251
A un agitador . . . . .	252

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Obras editadas por la Casa

Ediciones económicas de 320 pag.  
con tapas cromo

Obras Poéticas de Espronceda

Misterios de la Familia Bonaparte

Noche de Bodas

Historia Natural del hombre y la mujer

CON LUSTRACIONES

POR PAUL E. KOCK

La Mujer y el Amor

Noche de Novios

En existencia permanente, hay una colección  
de 500 Payadores diferentes.